

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

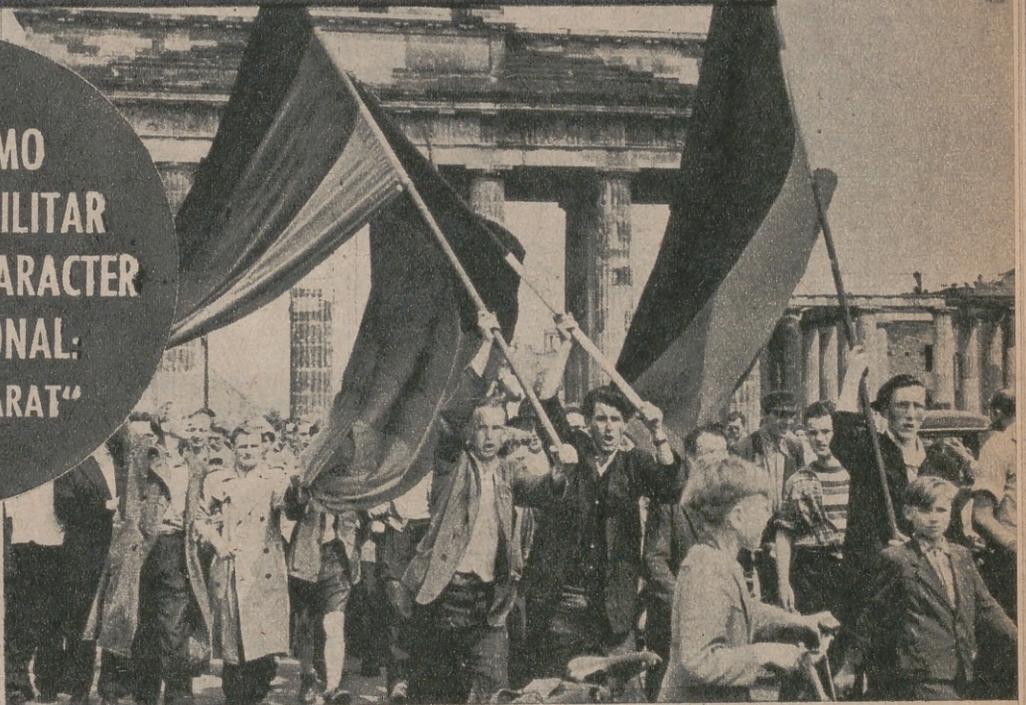
Madrid, 27 diciembre 1953, 2 enero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 265

LA QUINTA COLUMNA ES NECESARIA

UN
ORGANISMO
POLITICO - MILITAR
SECRETO DE CARACTER
INTERNACIONAL:
EL "AM-APPARAT"

CONTINUA LA
OPERACION

LA OFICIALIDAD DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES



LA QUINTA COLUMNA ES NECESARIA

La guerra de 1914 dió a luz un monstruo: la Rusia Soviética. Hasta entonces el comunismo sólo había sido un poder de conspiración. Desde 1917 tuvo una base, una sede, una fuerza: toda la inmensa Rusia de los Zares, con sus cientos de millones de hombres sumisos a cualquier despotismo, y con sus recursos económicos infinitos e inagotables, muchos de ellos totalmente vírgenes aun.

La guerra de 1941 ha consolidado suicidamente el poder material de Rusia y ha acrecentado el del comunismo con el prestigio de una victoria, que si fué realmente la de las armas rusas, por cierto muy acompañadas «desde fuera», cuando ha convenido a la propaganda se ha cedido el mérito al credo, a la idea y al partido, presentándolos como los solos y grandes triunfadores, para su mayor glorificación y expansión.

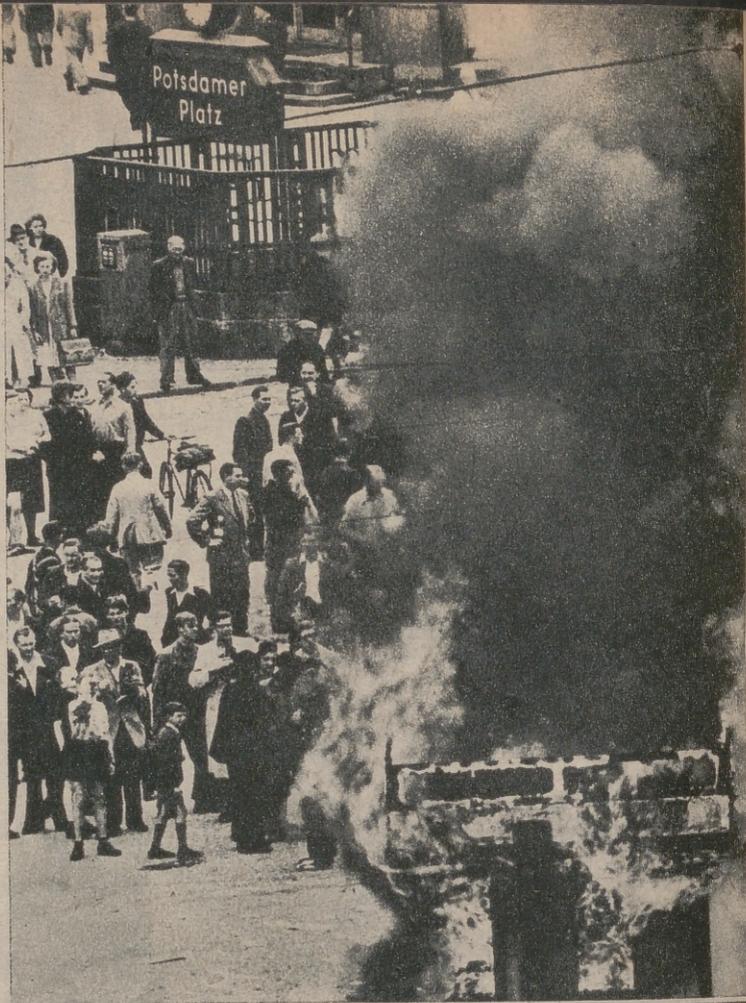
El monstruo ha crecido; es tremendamente fuerte y voraz; carece de una mínima capacidad de convivencia; desconfía de todo y de todos, y es agresivo por atavismo y, lo que quizá sea más peligroso, por miedo. No es que le sobre conciencia; es que le falta fe en la indulgencia ajena para lo pasado y lo presente.

Así ha llegado el mundo al último episodio, el de ahora: esta guerra fría, que es un ensayo final de «doma». Si fracasa habrá que matar a la bestia indomable. Terrible rectificación de dos guerras con otra más.

Ahora bien, conviene definir exactamente lo que es la guerra fría, sin confundir las palabras y los hechos. Campañas de Prensa, declaraciones de hombres públicos e incluso polémicas en asambleas internacionales, por mucha que sea su acritud de forma y hasta de fondo, ya no impresionan a nadie. La sensibilidad española ante la agresividad verbal es una excepción, muy de capa y espada, pero pasada de moda en otros climas. Casi en todos.

LA TENSION ACTUAL

Son los hechos, unos evidentes y otros sospechados, los que crean la tensión actual. Y estos hechos se llaman: invento y ensayo de nuevas armas, fabricaciones en masa de éstas y de todos los demás artefactos de guerra, acopio de municiones, construcción de bases, constitución de grandes unidades al completo de efectivos de guerra, obras para la instalación de depósitos en la magnitud inmensa que requieren los grandes ejércitos, devoradores insaciables de todo; perfeccionamiento y ampliación de vías de transporte; conferencias continuas de Altos Mandos; maniobras que suman u oponen a grandes unidades de banderas



El pueblo libre de la Alemania occidental sirve a los ideales de su país haciendo arder un puesto de propaganda roja en Berlín. Corresponsales de todo el mundo recogerían este golpe de mano

distintas, hecho inédito hasta ahora en tiempo de paz, etc., etcétera.

Esto antes era el preludio de la guerra a secas, sin adjetivos «térmicos». Una gran parte entraba de lleno en el concepto «movilización»; pero como el vocablo es históricamente demasiado alarmante se ha disfrazado con ese título de guerra fría, que parece dejar cierto respiro si se interpreta como una especie de contienda blanca, como un «amagar sin dar» en que el plazo para empezar «lo contundente» pueda alargarse a voluntad hasta el infinito total, o, por lo menos, hasta que ese egoísta «infinito personal» de cada opinante, que es el límite de vida a que cree posible llegar.

Los viejos trámites de las dos anteriores se han recorrido ya para la tercera guerra mundial, y si la bondad divina no la cierra el paso, ni se desplegarán las fuerzas de cobertura en las fronteras, ni unos embajadores enlevitados irán a pedir sus pasaportes. La primera batalla, en toda su acepción táctica, se refirirá antes de que los reservistas acudan a sus depósitos y a sus cuerpos, antes de que los almacenes y parques vistan y armen a las masas de movilizados y antes de que se inicien las marchas clásicas de concentración de lo que fuera a ser el ejército de primera línea, preludio obligado del choque de

grandes unidades en la guerra de antaño.

La cobertura ya estará en su sitio mucho antes de la hora H; es la observación constante desde el aire y los ojos del radar desde tierra, a la vez que las grandes unidades motorizadas, con su punta de acero de las divisiones blindadas, se hallarán atentas a cruzar en horas, desde sus bases de partida, el terreno de nadie o a caer sobre el adversario que se le anticipe en la ofensiva, y mientras en el cielo se disputará rudamente su dominio, aunque no sea más que fugaz, para explotarlo a fondo en la retaguardia contraria y en ayuda, quizá decisiva, para la primera batalla de las unidades de tierra.

UNA CARETA DEMASIADO TRANSPARENTE: LA GUERRA FRÍA

Y para todo esto, para alcanzar, cueste lo que cueste, la primera ventaja, la potencia y la velocidad son los factores primarios, y ninguno de ellos puede esperar a la parsimonia ordenada y minuciosa de la movilización clásica. Por eso hoy a ésta se la ha disfrazado de guerra fría; pero la careta es demasiado transparente para que ningún Estado Mayor, por poco avisado que sea, se deje engañar.

No quiere decir esto que la operación movilizadora desaparezca totalmente; se movilizará, desde luego y en grandes masas, todo



Los quintacolumnistas de la libertad del pueblo alemán presencian el crepitar del fuego de lo que antes fué una estación de propaganda roja

el personal necesario para la defensa pasiva, y con arreglo a la nueva moda, grandes contingentes femeninos para las vastas organizaciones sanitarias que será preciso crear, y para sustituir en funciones burocráticas, e incluso otras menos sedentarias, a los hombres llamados a filas. Naturalmente, también se constituirán nuevas unidades para reemplazar a las totalmente agotadas o para ir cubriendo su desgaste, y hasta para actuar como reservas activas si la «fase relámpago» de la guerra da tiempo a emplearlas.

Se ha escrito aquí «fase relámpago» y no guerra porque ésta, hasta hoy, no ha existido. Han sido fases relámpago, lo mismo la llegada al Marne de los alemanes en 1914 como su conquista casi total de Europa en 1939 y en 1940; pero la guerra del 14 duró cuatro años, y la del 39, casi seis. No hay que pensar en que si la tercera estalla, por rápida y extensa que sea su fase relámpago, se ha de resignar el primer invadido a abandonar la partida, y con su inmenso poder todo el Occidente el uno, todo el Oriente el otro—va a renunciar para siempre a la recuperación y la revancha.

LA QUINTA COLUMNA, COMBATIENTE

Pero de todos modos la fase relámpago, con no ser la decisiva de la guerra, sumergirá ex-

tensiones enormes y naciones enteras, y ante esa evidencia ningún dirigente militar puede prescindir de la continuación de la lucha en el propio territorio ocupado. Entran en escena entonces las quintas columnas.

Si la preparación y puesta a punto de todos los elementos de combate se ha hecho al socaire de la guerra fría, mucho más necesaria es esa anticipación para crear, organizar, dar una consigna y una técnica a ese modo de lucha que exige la más alta calidad moral en sus combatien-

tes, porque en ella el factor humano es el arma en sí, sin perrechos complicados ni onerosas dotaciones. Su fuerza está en el coraje y el amor a la Patria hasta el paroxismo. Su entrada en fuego, el primer instante en que el suelo nativo sufra la injuria del pie del invasor.

En terreno ocupado, las quintas columnas se fraccionan en dos partes: la que puede llamarse combatiente y la sedentaria o informativa.

La quinta columna combatiente es nuestra vieja guerrilla, cuya formación ha de estar prevista desde tiempos de paz. La constituyen hombres todavía sujetos al servicio militar, pero, sobre todo, voluntarios, pues valen y hacen más unos pocos decididos que masas con poco ánimo para el tremendo empeño. Las armas para ellos están previamente almacenadas en los centros urbanos, a cargo de organismos del ejército, y en el campo se confía normalmente su custodia a las fuerzas de policía rural, como la gendarmería u otras de análoga función, para ser distribuidas en el instante preciso.

Los jefes deben estar elegidos y nombrados, y las instrucciones para su actuación, así como el enlace y las transmisiones, perfectamente previstos, tanto para los momentos en que aquellos lugares sean todavía teatro de lucha de fuerzas regulares como cuando por el azar de la guerra la retirada amiga vaya a dejar aislada la quinta columna, batiéndose «por su cuenta» en la retaguardia del invasor.

EL ATENTADO Y EL SABOTAJE

La quinta columna no combatiente tiene ante sí todo el amplísimo campo de la información cuando no de la acción directa, en la que la parte más elemental es el atentado y el sabotaje, que de modo inteligente pueden herir material y moralmente al enemigo.

Un invasor a largo plazo necesita ineludiblemente de los naturales del país, no sólo para mantener la vida civil de éste, sino para sus propios servicios, muy especialmente los de comunicaciones, transportes y abastecimientos. La mano de obra llega incluso a requisarse para trabajar en la propia tierra enemiga. Hay así un contingente cuan-

Los héroes de la puerta de Brandenburgo han arriado la bandera comunista que ondeaba sobre las piedras



tiosísimo de ciudadanos del país invadido en contacto con todo el armazón económico e incluso militar del contrario, y unas posibilidades, por tanto, de saber de él y de hacerle daño. Un mando organizado, una distribución amplia de funciones, unos medios de enlace y comunicación, estudiados e incluso montados desde tiempo de paz, pueden dar a esta quinta columna estática un rendimiento maravilloso.

En la zona libre de invasión, mientras exista, la quinta columna no permanecerá inactiva, realizando entonces una función defensiva en vez de agresora. Téngase la certeza de que, tal como se dibuja una posible guerra, cada adversario tendrá aliados ideológicos en el bando del otro; que en algunos casos, como los partidos comunistas del Oeste, se contarán por millares y hasta por millones—si se atiende a votaciones muy recientes—, muchos de ellos con vocación, ya confesada, de traidores. Frente a este peligro, hombres hábiles, discretos y de una lealtad a toda prueba habrán de crear a su alrededor una red de observación y vigilancia que evite a toda costa en la retaguardia amiga la misma acción informativa y corrosiva que la quinta columna propia realiza en la enemiga.

LO PRIMERO, «MARCAR» AL ENEMIGO

Esta vigilancia deberá estar en todas partes, porque en todas partes podrá haberse infiltrado el enemigo, y a toda costa es preciso observarlo, acosarlo, inutilizarlo, marcarlo, con toda la discreción, el cuidado y la precaución necesarios, para no dejarse, a su vez, marcar por él, en previsión de que los vaivenes del frente puedan convertir aquella zona libre en invadida. Y perdónese el barbarismo de campo de fútbol en gracia a que todo el mundo lo entiende.

Colaboradores naturales de esta quinta columna interior serán los que ya clásicamente y de modo más o menos voluntario actúan al servicio de las policías de todo el mundo, reclutados en

tre porteros, serenos, taxistas, dueños y camareros de bares y cafés, carteros, empleados de puestos de gasolina, e incluso los agentes de los servicios de gas, luz, agua y teléfonos, ante quienes todas las puertas se abren sin necesidad de mandamiento judicial. La selección de los mejores, para asumir mandos subalternos en esa copiosa red, deberá estar también hecha desde tiempo de paz.

Nuestra guerra de Liberación fué el primer ensayo de eficacia de esta conjunción de esfuerzos del ejército combatiente y de unos aliados, fieles y sin miedo, tras la línea de fuego.

Nacidas espontáneamente, por acción y contactos individuales, bajo una vigilancia y una persecución atroces, sin unidad de mando, ignorándose a veces los nombres y los grupos, o desconociendo, por el contrario, entre sí, cuando no separados por mínimas rivalidades locales, nuestras bravas quintas columnas, pese a todo ello, rindieron directa o indirectamente servicios memorables. Recuérdense sólo éstos, por ser los más notorios:

* Informaciones militares. Movimientos de tropas. Planes enemigos. Copias de órdenes de operaciones, de boletines de información, de documentos cartográficos, de planos de fortificación, etc., etc.

* Captura de buques con valiosos pertrechos de guerra.

* Desmoralización del campo enemigo. Propagación de falsas noticias. Siembra de recelos, discordias y rivalidades entre los mandos rojos.

* Destrucción de vías de comunicación y depósitos de municiones.

* Socorro a las víctimas del terror rojo. Salvamento a través de las líneas de multitud de perseguidos, especialmente oficiales del Ejército.

* Custodia y salvamento de obras de arte, joyas y metales preciosos en España y localización de lo enviado al extranjero, gran parte de lo cual si no pudo rescatarse fué por la protección oficial que en ciertas naciones se otorgó al saqueador.

DE SUMANDO A MULTIPLICADOR

Nada más, ni nada menos; pero si este balbuceo del nuevo elemento sumó en nuestra guerra un breve tanto a la victoria, téngase la total certeza de que creado, organizado, reforzado y dirigido desde ahora por el mando supremo militar en cualquier país de los abocados a una nueva contienda, ha de pasar de la modesta categoría de sumando a la de un fuerte multiplicador.

Así debe ser. Esos grandes directores de las fuerzas armadas de las naciones en riesgo de guerra, no hay que dudar de que tienen ya sitio y misión en sus planes para ese nuevo ejército silencioso—ni uniformado, ni armado—, confundido y disimulado entre la masa civil ciudadana, pero siempre vigilante y dispuesto a entrar en liza, sin ya más orden previa ni señal ejecutiva que la primera campanada de la hora H.

¡Alerta, pues, a esa hora, quintas columnas!

General UNGRIA

CONTINUA LA PREPARACION DE LA OFICIALIDAD QUE MANDARA LAS BRIGADAS INTERNACIONALES



La técnica inhumana del comunismo no se para en recursos sentimentales cuando se trata de acorillar al pueblo sometido para el entrenamiento de sus oficiales

LA revolución comunista aspira a trastocarlo todo. De aquí su odio a la historia y a la tradición. De aquí también que incluso el concepto clásico de la estrategia tampoco convenga al comunismo. La III Internacional aspira, en efecto, a imponerse al mundo según métodos de violencia totalmente originales. Por ello se incurre en grave torpeza cuando se juzga el poder militar soviético como otro potencial bélico más, cuando es, en realidad, un potencial de excepción. Si es verdad que en el comunismo todo es revolución, en realidad deberíamos de añadir aquí que esta acción revolucionaria está organizada y metódica hasta el límite.

El dilema soviético está claro: o la U. R. S. S. impone el comunismo al mundo o la revolución roja no prosperará. Esta es la disyuntiva que Moscú se tiene planteada desde Lenin a Malenkov, pasando por Stalin. De aquí también la obsesión constante de Rusia para decidir la victoria en la batalla, que de hecho libra ya desde hace tiempo, contra el mundo entero. El arma de esta política es una estrategia «sui generis», que si comprende hoy la «guerra fría»—la acción genuinamente política—, mañana, desgraciadamente, puede implicar también la guerra armada, la lucha real en el campo de batalla. De momento, las armas de la guerra fría rusa más eficaces son la propia osadía de Moscú y

EL ESPAÑOL

ha publicado en sus páginas novelas de

Concha Espina,
Federico García Sanchiz.
Eduardo Aunós.
Noel Claraso.
Tomás Borrás.
Carlos Rivero.
Luis Romero.
Ana María Matute.
Roberto Molina.
Ignacio Aldecoa.
F. García Pavón.
Miguel Delibes.
Alfonso Sastre.
Juan Antonio de la Iglesia.



Apátridas de todo el mundo componen esos «famosos» cuadros de oficiales que mandaran las no «menos célebres» Brigadas Internacionales, conocidas de sobra en nuestra Patria

las diferencias y prudencias ajenas. Los propios partidos comunistas extranjeros colaboran al éxito de esta fase tan importante de la lucha. Para la guerra armada Rusia operará estratégicamente empleando, de una parte, su propio colosal Ejército—el de las 175 divisiones de tiempo de paz (1) y el de las 500 ó 600 divisiones que la U. R. S. S. podrá movilizar quizá—para ponerse en pie de guerra—, además de lo que pudiéramos llamar fuerzas comunistas extranjeras o, si se quiere, usando de nuestro propio vocabulario de guerra, las Brigadas Internacionales, a cuyo complejo militar hay que añadir aún ese Ejército invisible que integran los comunistas repartidos por los países de acá del «telón de acero», un arma terrible, como apuntaremos en seguida.

No importa aquí, a nuestros efectos, hablar del Ejército rojo como institución militar, sino el referirnos brevemente a su neta inspiración partidista. El Ejército rojo es, sobre todo, eso: no un Ejército al estilo de los demás, sino el Ejército de la Revolución. De aquí la intensidad que en él tiene la instrucción política. Por eso le es esencial el Cuerpo de comisarios, que se instruye en academias especiales y que se recluta únicamente entre afiliados del partido y «konsomoles».

LA INSTRUCCION POLITICA DEL SOLDADO ROJO

El soldado del Ejército rojo es instruido en política desde el instante mismo en que ingresan en filas pese a la instrucción y a la educación netamente comunista que en Rusia se da a la población entera. Y no sólo el recluta recibe ya esa instrucción política, sino que la reciben, desde el mismo momento, sus padres y padres. Durante siete horas el recluta, ya convertido en soldado, recibirá luego instrucción diaria, pero dos de aquéllas se reservarán, precisamente por la mañana, para las lecciones de los comisarios. Esta instrucción se divide en dos cursos, cada uno de un año. El pri-

mero se consagra a enaltecer el Ejército rojo y contar su historia y sus hazañas, detallar su organización y también explicar los riesgos de agresión de la patria del proletariado por parte de las potencias capitalistas (1). Se explican asimismo, las fuerzas exteriores que representan los amigos de Rusia y las secciones comunistas en el extranjero. El segundo curso desarrolla temas económicos, para ser más exactos, ensalza la obra de los planes quinquenales. Los dirigentes de tales enseñanzas son los comisarios, en cuyos centros de instrucción se consagran tres quintas partes del tiempo de estudios a temas políticos y sólo dos quintos a los propiamente militares. Aún, durante las horas de asueto, en tiempo de paz, los soldados rojos reciben educación política a través de los «Casinos Regimentales», encargados, entre otras cosas, de redactar los periódicos para la tropa y de los llamados «Cursos de Lenin».

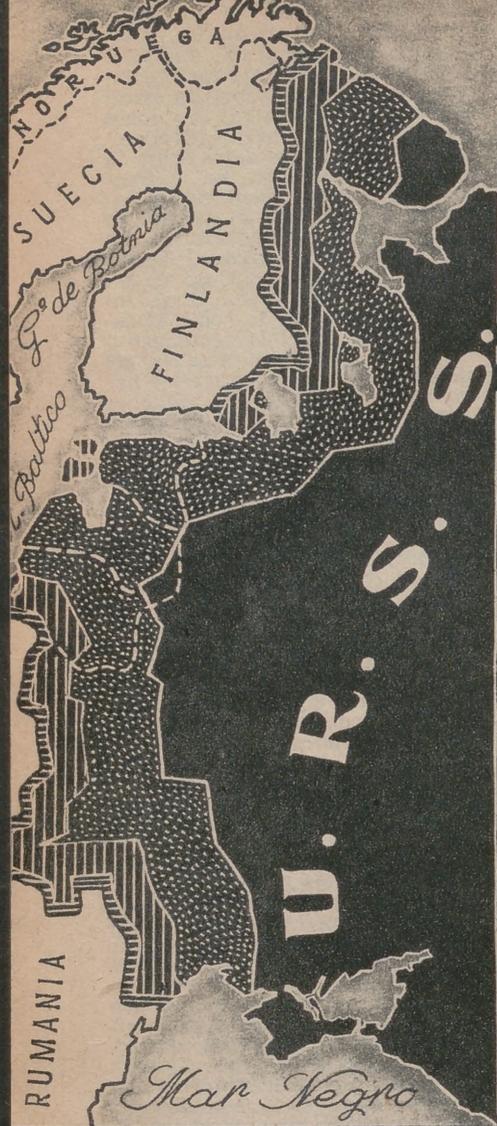
Es posible que alguien, entre nuestros lectores, se extrañe de que aludamos a los comisarios políticos, a los «Politrucks» del Ejército rojo, cuando el Gobierno de Moscú anunció hace algunos años, en plena guerra mundial, la abolición de este cuerpo. Pues bien, sí, aludimos a los comisarios porque aquella decisión soviética de disolverlos fué, como tanta otra cosa, una mentira para la exportación. Bien es sabido que la mentira, a decir del apóstol rojo Lenin, es lícita cuando conviene a los intereses de la revolución. Y de que aquella formal declaración fué mentira, sin duda, tenemos la prueba terminante en mis propias notas personales de la División Azul. Algún tiempo después, en efecto, de haber sido proclamada semejante disolución—exactamente el 5 de octubre de 1944—caía delante de nuestras trincheras, en un fracasado golpe de mano enemigo, el teniente comisario político Zaysew, de la compañía de Pla-

Un soldado chino acoge con júbilo una taza de agua de manos de un soldado norteamericano

na Mayor de la 56 división de Infantería rusa. Recogí su documentación. No resisto la tentación de acotar aquí mis anotaciones de entonces: «¡Papeles mugrientos! Incluso papel de estraza cubierto de notas, con mala tinta y pésima letra. ¡Cochambre! Pero curiosos datos sobre la actividad proselitista en el frente rojo. Hay documentación y datos de los afiliados al partido de cada unidad divisionaria, de los candidatos para ingreso, de los que se preparan e incluso de los que pueden prepararse. Para ingresar en el partido como soldado se exige no sólo acatamiento a la doctrina y autoridades del mismo, sino también ofrecerse para tomar parte en los próximos combates contra los «fascistas» en el propio suelo, aunque ello implique la pérdida de la vida. Hay datos curiosos sobre los cursillos políticos organizados y en organización, de los «Círculos Políticos», avales, un carnet rojo del partido, una nota de las cotizaciones de la unidad—tres por ciento de los haberes—, libro de pagas, con la adición chocante de los descuentos sobre las pagas de la tropa, para abonar los empréstitos del Gobierno soviético—descuentos que se verifican por mensualidades—; certificaciones de heridos, fotos de familia y de «amigas». ¡Más cochambre! Un cuaderno de notas personales, con referencias secretas sobre el personal de la compañía y de algunas otras «actas» y expresivas de la ideología de los soldados: detalles de la organización política de las oficinas, células, tribunales de justicia (1), programas de estudio y de análisis del «Libro de Stalin», tanto para los oficiales y comisarios como para los sargentos y tropa. Hay también una lista de analfabetos, muy larga, por cierto, y de los «konsomoles» (juventudes del partido), incluso un cálculo—afortunadamente muy exagerado—de los «fascistas» que suponía el teniente Zaysew «aniquilados» por los «tiradores especiales» de su unidad, en nuestro sector...» ¡Hasta este punto la intervención del partido es totalitaria en el Ejército! Nada cabe en él, no digamos, que no se autoricé y hasta que no se inspire y ordene por la política del partido. A la postre, el Ejército rojo, insistimos no es un Ejército nacional como los hasta aquí conocidos. Es el Ejército de la revolución mundial. El



EL 15.—EL ESPAÑOL



 ZONA DE VANGUARDIA
  ZONA MEDIA
  ZONA DE RETAGUARDIA

El telón de acero constituye una impenetrable cintura defensiva. No se trata de una región fortificada al estilo de las francesas le Seré des Rivieres o de Maginot, ni tampoco de campos atrincherados, ni líneas Sigfrido, ni de Westvall germanas. La cintura soviética es más diabólica y hermética. Se pretende que nadie se escape a través de esta triple zona: la de «vanguardia», la «media», igualmente despoblada, y la de «retaguardia», sólo habitada por gentes de plena garantía

arma del comunismo internacional.

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Conocemos por triste experiencia los españoles otra de las armas poderosas de la estrategia rusa: las fuerzas comunistas extranjeras organizadas, o las Brigadas Internacionales, como acá las llamamos. Se nutren éstas con los inadaptables y exaltados de todo el mundo, la hez de la sociedad, criminales y delincuentes, aventureros y a veces incluso con forzados o engañados por la propaganda. De estas gentes de desecho y sin conciencia hace la III Internacional su fuerza de choque sin más que encuadrarlas, eso sí, estrechamente, con man-

dos militares y políticos de plena confianza, esto es, nutridos por bien probados comunistas. La materia prima la proporciona quien sea; unas veces son, como en la guerra española, franceses, ingleses, italianos, alemanes, polacos y checos, los que nutren la recluta de Marty, en Albacete; otras son chinos, coreanos del Norte, manchúes y japoneses incluso, como en la guerra de Corea. El Estado Mayor rojo prepara, sin duda, al mundo, a este respecto, alguna peligrosa sorpresa. Antaño el Ejército de la U. R. S. S. se nutría solamente de reclutas de ideología bien probada, únicamente de comunistas netos, esto es, de miembros del partido. Pero esto era poco, dada la finalidad ambiciosa de que quiso dotarse a aquel Ejército. Por ello se implantó el servicio obligatorio en todo el ámbito de la U. R. S. S. poco antes de la última guerra. Terminábase ésta cuando, en febrero de 1944, Molotov informó ante el Soviet Supremo de la necesidad de integrar el Ejército rojo también con las formaciones militares que se habían ya creado, incluso durante la guerra, en Lituania, Letonia, Estonia, Georgia, Armenia, Adserbeiyán y otros territorios. En la actualidad, Rusia está empleada en transformar los prisioneros que aún retiene en tropas de esta clase, en Brigadas Internacionales, que le permitan emplearlas, en su día, contra los propios países a quien ataque. Esta es la razón fundamental de la retención de un crecidísimo número, no bien preciso, de prisioneros japoneses y alemanes, y de las presiones que se verifican con Von Paulus para que mande un Ejército rojo germano, y a quien se dice se ha concedido «la libertad»—pero es que hay alguna persona en libertad allá del «telón de acero»?— en Alemania oriental. He aquí una fuerza muy estimable, por su propia naturaleza e incluso por su cuantía posible, con la que hay que contar, en la estrategia rusa, sobre las propias fuerzas del Ejército rojo de la U. R. S. S. y de sus satélites.

LA FUERZA EXTERIOR DE RUSIA

La tercera fuerza beligerante de la estrategia soviética es lo que pudiéramos llamar—recordando el nombre que los franceses dieran a nuestros guerrilleros de la Independencia—el «Ejército invisible», aunque esta fuerza roja difiera de nuestros gloriosos partidarios no sólo por su actuación, sino, sobre todo, por la propia razón moral de su causa. Los guerrilleros españoles, en efecto, lucharon por la causa de la independencia nacional. Los afiliados al comunismo debieron luchar al servicio de Rusia y contra la independencia de sus respectivas patrias nacionales. Esta fuerza del comunismo internacional, naturalmente, no es bien conocida. Moscú guarda este secreto cuidadosamente. «Pravda» nos indicó, sin embargo, hace apenas unos meses, que el número de afiliados al comunismo en el mundo excede actualmente algo de los veinticuatro millones. De esta cifra, más de siete millones corresponden a la propia U. R. S. S. Estos siete millones

de miembros del partido escolvian una población de doscientos millones en Rusia. La U. R. S. S., como todos los países comunistas, quizá con la sola exclusión de Corea del Norte, restringen en realidad ahora muy severamente el ingreso en el partido. Prefiere éste la calidad a la cantidad. Además, nadie olvide que en el régimen comunista el partido constituye una clase de privilegio, y no conviene prodigar tampoco tales ventajas. El comunismo, por otra parte, no gana las batallas por el camino democrático de la mayoría, sino por el revolucionario de la audacia. Y ganado el éxito, lo demás le resulta fácil. Se impone por el terror y por la propaganda, haciendo de la cultura una burda parodia siempre que así convenga a la necesidad de ganar prosélitos. Se amanaera y falsea la historia, se envenena la filosofía y se crea artificialmente una mente nacional monolítica: atea, comunista y xenófoba.

No menos de cinco millones de comunistas chinos se imponen, a su vez, a otros 400 millones de compatriotas suyos. En Corea del Norte puede haber, quizá, un millón más de comunistas; entre los países satélites quedan otros seis, y otros tantos en el resto del mundo, es decir, repartidos en los países democráticos. ¡Esta es la gran fuerza exterior de la U. R. S. S.! Su actividad depende de las circunstancias. Unas veces su misión es trabajar en el mayor secreto. Otras, agitarse. En caso extremo, alzarse en rebeldía e incluso empuñar las armas, si así se ordenara. El «Am-apparat» lo dispone todo. Tal es el organismo político-militar que constituye el Estado Mayor rojo y secreto de semejante fuerza internacional, verdadero Ejército soviético lanzado en el interior de las potencias democráticas. El «Am-apparat» actúa por medios diversos: la propaganda—literatura ilegal, «enchastres» (letreros), etc.—, la enseñanza del uso de armas y explosivos, para lo que se organizan escuelas de terrorismo—facilita hospedajes, salidas o entradas por las fronteras y el empleo de documentación falsa—y, en fin, suministra información. Y prepara, como última instancia, «la insurrección armada» y «el golpe de estado» con una técnica y meticulosidad depuradas. Moscú cuida, al efecto, minuciosamente de instruir a este respecto a sus agentes e incluso de prepararlos entre los prisioneros logrados en la última guerra y en la de Corea.

En los propios Estados Unidos se ha advertido antes de ahora la intensidad de las actividades del comunismo internacional. Tal es la tarea a la que Mac Carthy se ha consagrado intensamente. No han faltado, al parecer, los sabtajes realizados allí por el comunismo, ni menos las pruebas de su participación en ciertas agitaciones sociales, ni, sobre todo, su intervención en esas especiales misiones que le son propicias de facilitar documentación falsa, pase de fronteras y ocultación a los agentes moscovitas, muchas veces inmigrados de última hora y procedentes de los países orientales de Europa. ¡Y no hablemos del espionaje atómico! Según la propia Prensa americana, Nueva

York, Filadelfia, Pittsburgo, Milwaukee, San Luis, Miami, Seattle y Los Angeles, así como ciertas localidades fronterizas con Méjico, son las ciudades de actividad comunista más activa. Y si esto se dice de los Estados Unidos, ¡qué no cabe decir de las democracias occidentales europeas! He aquí un ejemplo de hasta dónde puede llegar su negligencia en estos casos. En Toulouse ha venido funcionando, sin dificultades por parte de las autoridades galas, una de esas escuelas de terrorismo a las que hemos aludido. De sus actividades todo el mundo ha podido enterarse, menos el Gobierno francés. Quizá un día experimentemente, sin embargo, Francia misma las consecuencias de semejante incalificable tolerancia. En uno de los textos de esa escuela comunista que tenemos a la vista, intitulado «Sabotajes», se alude a un cierto explosivo y se indica así su empleo: «Sabiendo que un ciudadano al que nos interesa causar daños o la muerte se sienta, en compañía de otros de su ralea, junto a una mesa cuya parte central está ocupada por una maceta cilíndrica...», para terminar recomendando que en esta maceta es donde debe colocarse el artefacto. ¡Esto se dice, se «enseña» y se propaga en una escuela autorizada de hecho por un Gobierno occidental de un país integrado en la N. A. T. O.!

LA TECNICA DE LO INFRAHUMANO

Es posible que toda la técnica de las «chekas» rusas se base en esa doctrina fisiológica de Pavlov, tan cara para la ciencia soviética, según la cual todas las manifestaciones externas del cerebro humano resultan de las concentraciones de un grupo muscular, es decir, que son puramente mecánicas. Una sección de la Academia de Ciencias rusa labora estrictamente sobre la tesis fisiológica de aquel profesor ruso. El comunismo busca y pretende, en efecto, influir al cerebro de sus víctimas, mediante reacciones puramente mecánicas. No importa para ello el método a emplear: el insomnio, la mutilación, la paliza, la fatiga física, el hambre, la sed, ¡lo que sea!, todo resultará bueno para lograr esta infame finalidad. El comunismo, en efecto, es la técnica de lo infrahumano. Su programa consiste en troquelar las mentes de sus esclavos, hasta mecanizar su pensamiento. Se trata de evitar todo discernimiento y de provocar reflejos ciegos y obedientes a la rutinaria, mendaz y disparatada mentalidad comunista. ¡Tal es el más horrendo de los crímenes!

Toda esa perversa y tenacísima tortura moral, sin respeto alguno para el ser humano, que acaban de denunciar las autoridades americanas a la conciencia mundial, y que se ha cometido con sus prisioneros en Corea, tiene esta fundamental finalidad. Todo un cruel suplicio deben de sufrir los infelices que caen en poder de los rojos. Hay que «reformarles» sus pensamientos e inculcarles una ideología del más puro cuño comunista. Las víctimas, como dicen los chinos, sufren así el «chi-nao» o «lavado mental», para que luego los cere-

bros queden «impresionados», como simples discos de gramófono, con toda la verborrea propagandística del comunismo. Para ello los pacientes sufren interrogatorios sin cuento, se aniquila su moral, su resistencia y su personalidad. Se les suministran drogas también. Seguidamente se adapta e instruye la víctima como agente para actuar—cuando el caso sea propicio—en su mismo país. Es difícil imaginarse nada más horrendo y repugnante. Pero el comunismo no guarda ningún respeto para la dignidad humana.

Tales agentes, junto a los propios afiliados al comunismo en cada nación, constituye la otra fuerza, el «quintacolumismo rojo», que patrocina y aliena al Estado Mayor soviético. Y a decir sinceramente, no sin resultados positivos. Porque tal fuerza parece ser muy potente allí donde las debilidades del régimen imperante la tolera y permite. En Italia se calcula que hay más de dos millones de miembros y simpatizantes de la sección comunista de la III Internacional. En Francia la integra un número muy respetable también. De la fuerza—y de su impunidad—de estas gentes no faltan datos. Es capaz de interrumpir la vida pública. Vive dentro del propio Ejército, en la proporción de uno cada cuatro soldados. No falta tampoco en los cuadros de mando. Tiene en la Cámara de París cien diputados. Y cuando Thorez advierte que Francia no luchará jamás, por designio de su partido, contra la Rusia soviética, o cuando Duclos expresa a Ho-Chi-Min sus deseos de que aplaste lo antes posible a su enemigo en Indochina—¡que es el Ejército francés!—no pasa nada. ¡Como no pasa nada tampoco cuando los tribunales pretenden juzgar la conducta de cinco diputados del partido incurso en los delitos de traición, de desmoralizar al Ejército y de atentar contra la integridad del suelo nacional!

EL NUEVO CABALLO DE TROYA

Se comprende bien que semejante fuerza cumple y cumplirá un importante papel en la estrategia comunista. Constituye, en efecto, una grave quiebra en la



Este gráfico señala la distribución del comunismo por el mundo. Son datos, naturalmente, aproximados, porque el comunismo es, sobre todo, un arma secreta. Sobre estas cifras—y otros 200.000 comunistas de la América española—hay que añadir aún cuantos por móviles diversos unen sus votos al partido en las elecciones allí donde aquél está tolerado, y los miembros ocultos, allí donde el comunismo está puesto fuera de la ley. Tal es el «Ejército invisible» de que Moscú dispone más allá de las fronteras soviéticas.

voluntad y posibilidades de resistencia del Occidente. El general Gruenther lo sabe bien. En la propia N. A. T. O., lord Ismay ha debido de recibir algún encargo a este respecto. Pero, ¿es que cabe aún la posibilidad de que los propios regímenes occidentales puedan hacer actualmente algo contra este nuevo caballo de Troya? Es dudoso, por lo que vemos. La defensa del Occidente, en efecto, exige como primera e incondicional premisa la eliminación radical de semejante peligro interior, conocido y tolerado por los propios Gobiernos. Si no se deciden éstos a esta previa operación—no nos engañemos, ni pretendan engañarse, ni engañarnos—no se hable más de voluntad de resistencia ni se gaste una sola moneda más tampoco, ¡después de luego ningún dólar!, en alimentar una farsa defensiva sin contenido. Esta es la real y cruda verdad. Y en el campo de batalla, el día de la gran prueba, la verdad y sólo la verdad es la única cosa que deberá imponerse. He aquí por lo que a los españoles no nos entusiasman tampoco ciertas cooperaciones militares en Europa.

Estamos seguros de que no valen la pena. Poca seguridad puede brindarse en el exterior, en efecto, cuando en el interior falta.

José DIAZ DE VILLEGAS

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON FRANCISCO LUCIENTES

LA carta que te escribo hoy trae en su intención un retraso de doce meses, porque fué el año pasado por estas fechas cuando, al ver en las paredes de los pueblos de la vega baja del Segura un cartel anunciando la representación teatral de la compañía cuyo director artístico eres tú, estuve a punto de redactar unas divagaciones sobre la agricultura y el escenario, sobre los cómicos en Levante, sobre el efecto de la ficción en el pueblo, bajo el título de «Celia Gámez, en Almoradí». El río Segura, a pesar de sus periódicos desbordamientos, que aparentemente nos lo presentan como un río libertario y aniquilador, es el río más racionalizado de España, un río del que no se extravía una gota de agua sin fecundar una molécula de terreno. Es un río clásico, aunque el clasicismo también desborda de vez en vez el caudal de pasiones que lleva por dentro. Ahora bien, hay que diferenciar el clasicismo de Roma del clasicismo de Cartago, pues al ser destruida la ciudad púnica se perdió la pista del otro clasicismo del Mediterráneo, al que pertenecen estas costas españolas y su «hinterland» agrario, que fueron y son fenicias y cartaginesas. Esta es la clave de lo que pasa en Almoradí, en Benijofar, en Rojales, en Dolores, en Callosa, en San Fulgencio, donde la flora, la alcechofa, el cáñamo, el algodón producen el nivel de vida suficiente para que aparte de los cines disseminados por la huerta, como culto diario de la huertana, aupada en su bicicleta, y del huertano, que paralelamente pedalea, a una civilización tecnológica, pueda venir allí Celia Gámez para sacar los demonios del cuerpo o los duendes del alma a unos espectadores tremebundos y apaciguados, primitivos y modernísimos, profanos y sacerdotales, como que tienen en su estirpe nada menos que a ese misterio petrificado que es la Dama de Elche.

Con Celia, señor don Francisco Lucientes, pudieron solazarse y reír; con la representación de «La mujer X» están llorando, desde las playas de Torre Vieja al interior, a lágrima viva, ya que los muertos no lloran. He oído decir a muchas mujeres que salían de la «carpa» (así se llama a la barraca acogedora del público ansioso de poner a prueba su sensibilidad indomable): «Nunca he llorado más a gusto.» Pagan su entrada, disputadísima en colas sin fin, por llorar, por desahogarse, por quitarse complejos de encima, por limpiar los fondos del ánimo, por escurrirlo de las escurrajas y residuos que se le quedan adheridos cada día. Los empresarios de los cinematógrafos locales se sienten defraudados ante este éxito de un arte antiguo, ancestral; cuando parecía que la masa comulgaba sólo con el celuloide, que es una manera de mascar goma con los ojos. ¿Cómo es posible que la gente, tan aficionada a la pantalla y a los trucos cinematográficos, haya preferido, aun momentáneamente, este anticuado procedimiento de divertirse en común?, se preguntan los sociólogos de la vega baja del Segura, mientras el éxito fulminante ha sorprendido a la misma Empresa Torres, que es la compañía familiar, casi artesana, que ha puesto en fuga al film, trabajando, con unos recursos toscos y elementales y obteniendo una total aceptación, cual se curria con el chocolate elaborado a braso. Alrededor de la reposición en el teatro María Guerrero de unos entremeses de don Enrique Gaspar, se ha vuelto a dar vueltas al secreto de la escena y a las preferencias de los españoles por un género basto, incorrecto e impuro. Sin embargo, los españoles, como moralistas que al final perdonan, buscan y se entregan a ese teatro tan desprestigiado por los estetas, pero que es depurador. El español, y mucho más el hombre del Sudeste, con tantas mezclas san guineas y culturales, necesita un depurativo de la sangre hasta llegar a su raíz más pura, más

aborigen. Se ha recordado que don Enrique Gaspar repetía ante el retorno de las multitudes teatrales al mecanismo emotivo y coruscante de Echegaray. «Ningún país hay en el mundo como el nuestro tan dado a retroceder»; pero este regresismo del público español delante de los ensayos del teatro para sonreír, para murmurar, para esculpir frases o para abandonar la sala con los pies fríos y la cabeza caliente, es la confirmación de que poseemos un «ethos» más grande que el edificio de la Telefónica encaramado sobre el rascacielos de la plaza de España. Un «ethos» (así dicho, en griego, al modo de los pedantes, y no olvidemos que el pedante, el pedagogo y el pederasta se acercan a los niños con buenas y malas intenciones) que nos ha salvado y nos salvará en la fausta y en la infausta fortuna. Un «ethos» de siempre recién nacidos.»

Señor don Francisco Lucientes, después de haber pronunciado la palabra «ethos», acaso se esperará que pronuncie la palabra catharsis, que tanto se aplica al referirnos al teatro, y que es la versión docta de mi tesis periodística acerca de los triunfos melodramáticos de la familia Torres, que hace llorar a unas personas tan avisadas, perspicaces y astutas como las levantinas. Cuando el barracón se llena varias veces a la jornada y cuando el espectador se conmueve hasta el sollozo o hasta la carcajada (ya que estos cómicos alternan el dramón con el astracán, en técnica de ducha escocesa o de pares y nones), por algo será. Quizá sea por las mismas causas originales, populares, emocionales, del auge ininterrumpido del folklore, o voz del pueblo, a la moda del romanticismo en las escuelas de Derecho, de cante y de danza. Acaso sea por esta constante floración de nuestro romanticismo teatral, que es clásico, o de nuestro clasicismo romántico, paradoja procedente de descender de Roma y Cartago, de la segunda Roma y del Islam. Tal vez sea porque es un espectáculo muy barato, más barato que las localidades del cine. Y todos los públicos requieren de balde, casi gratuitamente, graciosamente, «panem et circenses»: la primera necesidad del pan y la última necesidad de superar, de sublimar las miserias cotidianas.

LOS intentos de creación de comunidades políticas supranacionales se han sucedido a lo largo del tiempo con el carácter de una auténtica constante histórica. Todos los pueblos que en una etapa de su desarrollo reunieron o creyeron reunir, a la par, el máximo poder político y la más acabada expresión de la cultura de su tiempo tendieron, naturalmente, a la formación de imperios universales, de comunidades políticas que abarcaban los territorios y los hombres de los pueblos sometidos o conquistados. Se suceden así, y logran realizarse durante etapas más o menos dilatadas, la hegemonía de Grecia en tiempo de Alejandro, el Imperio romano, el de Carlomagno, el intento frustrado de Napoleón... Pero nunca, hasta nuestros días, se ha planteado la posibilidad de formar una comunidad jurídica de Estados libres nacida no de la tendencia expansionista del poder político de una nación, sino de la voluntad de sojuzgar a otros pueblos, sino de la necesidad de defender la libertad y la existencia de un conjunto de países que representan una civilización de origen común, cuyas manifestaciones, aunque diversas, son análogas y coordinables.

Con motivo de la clausura del V Congreso Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos, cuyo tema fundamental se ha dedicado al estudio de la problemática de las naciones y las comunidades internacionales, Su Santidad ha recogido esta nueva posibilidad de la política de nuestro tiempo y ha trazado

DOCTRINA ESPAÑOLA DE LA "INFORMACION"

MUCHOS son los conceptos, y entre ellos cuantos afectan a la naturaleza y funciones sociales de la información—por lo tanto, de la Prensa—, que están reclamando un análisis a fondo, una revisión escrupulosa, hecha a la luz de la recta razón y de la experiencia. En buena escuela, éstas son las dos coordenadas a las que ha de someter su pensamiento y acción todo gobernante. Por lo que a las funciones y naturaleza de la «información» especialmente se refiere, la dificultad primaria y radical estaba en la formulación clara y precisa de los principios fundamentales y en el desarrollo suficiente, lógico y convincente de los mismos. Con este criterio se enfrentó desde su creación el Ministerio de Información y Turismo. Llegado el momento oportuno y experimentadas ya a lo largo del tiempo prudencial la virtualidad, la viabilidad y la eficiencia de una serie de medidas prácticas, germin de aquellas otras de más alcance y rango que en lo sucesivo pudieran ser procedentes, el señor Arias Salgado, ante la representación más solvente y amplia de nuestra Prensa, desarrolló en Alicante, con un rigor intelectual ejemplar y aciertos de expresión realmente felices, todo un «cuerpo de doctrina», que lleva implícito un equilibrado y ambicioso plan de gobierno.

No estamos, pues, ante una mera declaración de principios ni ante una pieza oratoria de perfil exclusivamente académico. Si los razonamientos del señor Arias Salgado representan, por una parte, el esfuerzo más serio que en estas materias se ha hecho en los últimos tiempos, poniendo de relieve la vitalidad intrínseca de las raíces doctrinales que alimentan y nutren el Movimiento Nacional, de otra nos descubren cómo las experiencias positivas y negativas dignas de consideración registradas durante la última centuria en este campo de la Prensa y de la información en general han sido sometidas en la España de Francisco Franco a un estudio exigente y continuado por los órganos y esferas más responsables. Porque no bastaba con anatematizar lo falso y contraproducente ni la aceptación generosa y abierta de lo indiscutiblemente cierto y correcto para un periodismo fiel a la doctrina de la Iglesia, a los imperativos de lo auténtica-

mente español y a las exigencias inapelables del bien común nacional. Había que conseguir—buscando precisamente el máximo rendimiento de estos postulados básicos—el planteamiento, los cauces y la ordenación adecuados al presente y al futuro de la «información» en el mundo. Y ésta es una de las mejores dimensiones que indudablemente tiene el discurso pronunciado por el Ministro en el Consejo Nacional de Prensa.

La figura jurídica de la «información como institución social» nos sitúa, por superación, muchas millas adelante del periodismo constituido conforme al insincero y turbio concepto que de la Prensa conformó el liberalismo y del concepto de Prensa estatificada y convertida en un cojineté más de la compleja mecánica de la Administración pública. La «información» y sus medios son, cada día más, instrumentos cuya acción pueden fortalecer o desvirtuar el bien común, el patrimonio espiritual, moral, económico y político de la sociedad, que no es ni más ni menos que la resultante de la armónica ordenación política de individuos, familia, instituciones y Estado, elementos integradores de la comunidad natural y perfecta. Encuadrar, por consiguiente, la «empresa informativa» en el esquema legal vigente para las «sociedades específicamente mercantiles» no es admisible. Ajustar su funcionamiento a los recursos procesales que rigen para la gestión de los organismos y personas que integran éste o aquel departamento de la Administración pública, sería igualmente inviable e impropio. La misión informativa, la responsabilidad y el fuero de los profesionales a ella adscritos, la trascendencia para el bien y para el mal de su proyección e influencia diarias sobre la conciencia nacional, la capacidad de penetración y enorme dilatación que las técnicas modernas ponen a su disposición exigen toda una nueva normativa, todo un conjunto de ideas y hábitos nuevos, que es lo que exactamente se está consiguiendo en nuestra Patria. Los primeros en valorar el servicio prestado por el discurso del excelentísimo señor Ministro de Información a este nobilísimo propósito fueron los periodistas españoles reunidos en Alicante.

EL ESPAÑOL

IGLESIA ANTE EL DERECHO INTERNACIONAL

líneas generales a las que, según el ecuménico magisterio de la Iglesia, podría ajustarse una comunidad jurídica internacional que contribuyera a desterrar todo peligro de guerra y llegar al establecimiento de la paz.

Parte el Papa de una consideración preliminar básica: «El camino hacia la comunidad de los pueblos no tiene como norma única y última la voluntad de los Estados, sino más bien la Naturaleza, o sea el Creador.» Con ello la agrupación común de los pueblos puede configurarse liberada del lastre de las artificialidades y los oportunismos políticos y encuentra una más sólida y permanente razón de ser en la unidad de origen, de naturaleza y de fin de los hombres. De tal forma que a través de las normas del Derecho internacional esta comunidad quedaría inserta en el orden superior del Derecho natural.

Lógicamente, la principal dificultad para el establecimiento de una comunidad de esta naturaleza se encontraría en la armonización de las distintas soberanías nacionales que deberían quedar agrupadas en su seno. Para resolverla ha recordado Su Santidad que no debe entenderse la soberanía como una atribución de poder absoluto que consagre la divinización o la omnipotencia de los Estados. Soberanía—ha dicho—significa autarquía y exclusiva competencia en relación a las cosas y al espacio, según la sustancia y forma de las actividades.

Podría, por lo tanto, quedar estructurada una comunidad jurídica supranacional por Estados,

que, pese a su condición de «miembros» de la misma, seguirían conservando su exacta y genuina condición de «soberanos». Y sería entonces tarea de los legisladores comunes el establecimiento de un orden jurídico general que, respetando las peculiaridades de raza, lengua, organización familiar, régimen contractual, etcétera, hiciera al mismo tiempo posible la convivencia pacífica de todos los miembros.

Esta idea de tolerancia equilibrada y sensata ha sido definida por el Romano Pontífice centrándola, naturalmente, en el punto de la posible convivencia de católicos y no católicos. Y, siguiendo la doctrina tradicional de la Iglesia, expuesta ya por León XIII en la encíclica «Inmortale Dei», la ha enunciado así: «En el interior de su territorio y para sus ciudadanos, cada Estado regulará las cuestiones religiosas y morales con una legislación propia.»

Una vez más la Iglesia, en una hora de peligro y tribulación para los hombres, marca, por boca de su cabeza visible, una línea de posible acción a los responsables del Gobierno en todos los pueblos. No desconocida para España, que ha nutrido siempre la política de sus mejores años de historia en las fuentes más puras de la doctrina católica del gobierno y del derecho de gentes. Y sobre la que deben meditar los hombres de todos los países, porque abre un camino más amplio a la deseada unión frente al peligro común que amenaza al mundo libre y porque esboza una situación de más perfecta convivencia.

EL ESPAÑOL

GABRIEL ARIAS SALGADO, el actual Ministro de Información, pasará, como usted, querido lector, y como yo mismo. Todos actuamos en la vida o en la historia, si se quiere, de una manera transitoria y provisional. La idea del río de Heráclito tiene sentido si consideramos las cosas en su aspecto más externo. No obstante, en Arias Salgado, sin exageración, hay algo que reconocemos permanente como base de estructuras jurídicas futuras. Nos referimos a su discurso en el II Consejo Nacional de Prensa en Alicante. Se trata de una pieza doctrinal en la que se señalan en ella metas fecundísimas para la regulación jurídica de esa actividad preocupante, tan peligrosa como fecunda, que es la información moderna. Muchos aspectos merecen un amplio comentario, pero entre todos ellos queremos ahora destacar este: «La Prensa—dijo Arias Salgado—es una institución social».

Aparentemente eso de institución social parece una simple frase. No obstante, es una frase en cinta de numerosas consecuencias, en el orden constituyente y jurídico, de nuestra profesión de periodistas. En el discurso se habla y se combate a la Prensa órgano del Estado, y asimismo se manifiestan las desviaciones de la Prensa concebida al modo liberal, en manos de particulares y en su consecuencia última supeditada absolutamente al poder del dinero. «No—dijo el Ministro—, la Prensa no es en nuestra concepción un órgano del Estado ni un instrumento en manos de grupos financieros. La Prensa es una institución social.» Evidentemente, los periódicos se conforman como sociedades anónimas en lo mercantil, y los periódicos son en su base material una industria. Hemos temido siempre los periódicos cuya base de sustento material no ha sido la actividad industrial propia: venta de ejemplares y venta de publicidad. Las subvenciones en los periódicos, pueden implicar una supeditación y una falta de libertad que no en todos los casos es concorde con la ética profesional. Pero el periódico es algo más que una industria. Arias Salgado ha dicho que es una institución social.

El pensamiento político clásico, denominémoslo tradicional o tradicionalista, ha afirmado la existencia de una sociedad civil distinta, en cierta medida, de las formas políticas del Estado. Esta sociedad civil existe, en efecto, de una manera autónoma, y la mejor prueba de este hecho está en que había sociedad civil con anterioridad a la organización del Estado moderno. El liberalismo discutió la efectividad de esas realidades sociales y levantó frente al concepto de Estado, y concretamente de Estado neutro, la simple idea de individuo aislado. Estado-individuo constituye el binomio del liberalismo a través del cual los individuos más fuertes pudieron crear su propio derecho y hacer servir al Estado como instancia

de protección. La sociedad civil está formada por lo que se denominan instituciones sociales. Esas instituciones forman la constitución interna de los países. Fundamentalmente, como afirma Maurice Hauriou, las instituciones son estructuras sociales cuya duración no depende de la voluntad subjetiva de individuos determinados. Una institución social es fundamentalmente una idea objetiva transformada en obra común por un fundador o grupo de fundadores, idea que recluta a secuaces en el medio social y sujeta así a su servicio voluntades subjetivas indefinidamente renovadas. La idea, el objetivo, el fin del grupo fundacional, es parte integrante de cada institución, pues si variara dichos fines variaría también esencialmente o dejaría de ser la institución que ha sido. He aquí por qué el Ministro pudo decir que la Prensa es, ante todo y sobre todo, una institución social, es decir, «una persona moral, porque sus fines no pueden alterarse de acuerdo con la voluntad de los socios».

Con la concepción de Prensa institución social, la libertad de Prensa adquiere un perfil nuevo, y la oportuna intervención del Estado como representante del bien común no se justifica por la incorporación de los periódicos en la órbita estatal, ni por la limitación arbitraria de la iniciativa de las empresas, sino como reconocimiento, tutela y amparo de unas instituciones sociales que tienen fines propios y específicos y que por lo mismo no pueden ser modificadas por el afán de lucro ni por un éxito transitorio que implicara la desvirtuación de esos fines propios. He aquí por qué el director, esa piedra clave del sistema de Prensa español, se perfila como un hombre capacitado técnicamente, pero no al servicio de los intereses transitorios de la empresa, sino de los fines permanentes de una institución social en los que coinciden el afán de los lectores así como el propósito del mismo Estado. Esa definición de Prensa institución social viene refrendada en España por el hecho de que los periódicos constituyen en cierta medida una concesión administrativa en cuanto el Estado puede regular su número y por el hecho histórico de que todos los periódicos diarios que actualmente existen responden a un reconocimiento implícito del Estado a la labor moral, honesta, de servicio inquebrantable al bien común que estos periódicos realizaron desde sus fundadores por la serie ininterrumpida de personas que les sucedieron al frente de los mismos.

No se agotan con lo dicho las dimensiones inéditas de ese nuevo concepto de la Prensa institución social. El periodismo ha sido despreciado como profesión, porque se ha visto en él una venta de ideas al mejor postor por parte de los que lo ejercían. No es necesario remonarnos a

Balzac, en su novela «Les illusions perdues» o en su libro «Monographie de la vie parisienne», en los que se destaca ese carácter mercenario de la Prensa. Pensemos en aquel personaje de Gustave Freytag, Schnock, el típico periodista dispuesto a escribir en no importa qué sentido con tal de que sea pagado. Thackeray, en su «Historia de Denniss», nos habla de la tristeza que produce en la profesión periodística el hecho de que unos editores, comerciantes antes que nada, puedan gobernar y aprovecharse de hombres de letras y de talento para sus ambiciones económicas y políticas. En este sentido se manifestó Hilaire Belloc en su breve estudio sobre la libertad de Prensa. Y aun podríamos hablar como uno de los críticos más representativos de la denominada Prensa liberal, que para los periodistas ha sido la menos libre de todas, de Upton Sinclair, en su obra «The Brass Check», el cual asegura incluso que no existen en la Prensa americana campañas que se preocupen del interés público, porque cuando la Prensa—cita la cadena Hearst—ha dado sensación de independencia y de preocupación por el interés del público, únicamente ha estado impulsada por intereses particulares. El

Evidentemente hay en las anteriores afirmaciones una gran exageración. Por lo menos en lo que respecta a la Prensa española. Pero no nos importan tales exageraciones, porque ahora podemos afirmar que en la concepción de la Prensa como institución social el periodista se perfila como un profesional libre. El periodista es un técnico al servicio de ideas que no son dictadas por intereses transitorios, sino por la verdad, con los matices que le confiere la tradición propia de cada diario. Teniendo en cuenta que los periódicos autorizados son aquellos que han mantenido una línea fiel a los intereses generales y a la honestidad de sus fundadores, podemos decir que en principio un periodista español es un hombre al servicio del espíritu público protegido de las opresiones envilecedoras a que ha estado y está sometida una gran parte de la Prensa, con grave desdoro de nuestra profesión.

Hace unos años, el entonces número uno de los alumnos de las Escuelas de Periodismo americanas, Walter Williams, escribió un credo profesional: «Creo—dijo—en la profesión del periodismo; creo que el periodismo público es una misión de confianza pública. Reconocer a la profesión un servicio inferior al servicio público es traicionar la misión profesional. En cierto sentido los periodistas son unos mandatarios del espíritu permanente del periódico. Estas palabras de Walter Williams adquieren en la doctrina de la información española su pleno sentido».

Claudio COLOMER MARQUES

ANITA COLBY HA "CREADO" A LAS MAS CELEBRES ACTRICES DEL CINE MODERNO

SUS SECRETOS DE BELLEZA SE BASAN EN LA TRANQUILIDAD DE CONCIENCIA

Ha llegado a descubrir en los ojos las posibilidades de un futuro feliz

LA PRIMERA MUJER INDUSTRIAL AMERICANA



Anita Colby, «la mujer más activa de América», enseña a la mujer a descubrir y realzar su belleza. Tiene fama de buena consejera

SUPONGO que con los tratamientos de belleza ocurre lo mismo que con la luna. Hemos oído hablar tanto de ella a poetas malos, que se cae en el error de creer que la luna no es un elemento poético de primera magnitud. La abundancia de fórmulas para conseguir la belleza de la mujer han creado un clima de escepticismo que suele terminar en un encogimiento de hombros y en un «¡Bah!... Tonturías...»

No es así, sin embargo. Por si otras no habían, aquí está Anita Colby, a la que bien puede calificarse de excepcional. A través de ella, cualquier mujer puede alcanzar aquello que siempre soñó. Anita Colby ha «creado» a las más célebres actrices del cine moderno. Mujer de gran belleza, ha llegado a descubrir en los ojos las posibilidades de un futuro feliz. Todas sus recetas de belleza no son afirmaciones gratuitas. La capacidad y eficiencia de su obra está demostrada. Sus secretos de belleza brinca en un espléndido trampolín: la tranquilidad de conciencia.

RITA HAYWORTH QUERÍA TRABAJAR GRATIS

Anita Colby nació en Washington. Es hija de Bud Counihan, conocido caricaturista y escritor. Cursó sus primeros estudios en el Colegio de Santa Ana, en Nueva York. El primer fin que se propuso fué llegar a ser una buena dibujante. Sin embargo, su vida torció y en las tres profesiones que han llenado sus días ha conseguido no fracasar.

Puede afirmarse de ella que es una de las mujeres más interesantes y de mayor éxito de nuestros tiempos. Durante muchos años su rostro apareció en carteles y páginas de las mejores revistas de los Estados Unidos. Su triunfo empezó cuando contaba diecinueve años. A esa edad ganó uno de los más importantes premios de belleza del mundo, y a poco se la conoce ya por una

de las modelos más elegantes de Norteamérica. Anita Colby era considerada por entonces como el prototipo de la mujer americana. Su popularidad alcanzó fronteras insospechadas. En un año llegó a ocupar la portada de más de trescientas revistas, lo que le valió el apodo de «el Rostro». En un país en donde abundan mujeres bonitas, en el que la técnica fotográfica está suficientemente desarrollada como para hermosear rostros mediocres, en donde los maquilladores hacen maravillas, se necesitan las cualidades y atractivo de Anita Colby para triunfar como ella lo hizo.

Poco después, Anita Colby pasó a Hollywood, a donde iba dispuesta a vencer como actriz. Este cambio fué decisivo en su vida. Ella plantea su triunfo como un problema de curiosidad. «Es preciso—asegura—que en el momento de escoger una profesión se tenga plena conciencia de hasta dónde se puede llegar. Se trabaje para alcanzar una meta concreta. A mí la curiosidad me llevó a conocer todos los secretos del modelaje. Yo quería demostrar que para ser modelo no hace falta ni ser bella ni causar sensación.»

Anita Colby fracasó, no obstante, en su primer viaje a Hollywood. Fracasó como actriz y regresó de nuevo a su empleo en la Harper's Bazaar.

Sus compañeras le decían: «Lo que haces es una locura. Cambias un sueldo de 500 dólares por uno de 50.» Ella contestó siempre con la misma frase: «Yo sé dónde voy. El mejor sitio para empezar es detrás de los bastidores de modas.»

Unos años más tarde regresó

a Hollywood como asesora de la película «Las modelas». Fué el inicio de su carrera profesional. Su trabajo en la película fué arduo y difícil. Toda la labor preparatoria que había llevado a cabo anteriormente le brindó el triunfo. El conocimiento de su oficio desde todos los ángulos. Su experiencia como modelo, como actriz y su paso por la Harper's Bazaar, una de las revistas de modas de más prestigio y circulación, le habían proporcionado una base de extraordinaria solidez. Conocía la técnica y los ángulos de la cámara. Conocía los secretos del maquillaje, los cuidados de belleza y la manera de hacerse valer. Sus conocimientos la llevaron al descubrimiento de Rita Hayworth y a una verdadera legión de modelos de belleza.

LA PRIMERA MUJER INDUSTRIAL DE AMERICANA

Anita Colby afirma, refiriéndose a esa actriz, que triunfó por su energía y decisión. «Me acuerdo—escribe la señorita Colby—del día que Rita Hayworth vino a verme para ver si podía conseguir un empleo:

—Mira, Anita—le dijo Rita Hayworth—, estoy dispuesta a trabajar por veinticinco dólares a la semana. Por nada, si es preciso, a condición de conseguir meter la cabeza en un estudio importante.»

Rita Hayworth distaba mucho de ser la mujer que conocemos. Excesivamente gorda, tuvo que luchar para conseguir anular sus defectos.

Anita Colby hizo de ella una actriz. Corrigió su voz, sus gestos, su expresión, su cara. Cuen-



Anita Colby se deja retratar en tres momentos de su «toilette»

ta de ella que tenía el nacimiento del pelo excesivamente bajo. Corrigió su figura y sus modales. Cuando más tarde la actriz se presentó en un insignificante papel de la película la traducción de cuyo título es «Ángeles con la cara sucia», todo el mundo advinó en ella una actriz de primera línea.

Tras esta experiencia, Anita Colby se convirtió en directora de los Estudios de David O'Selznick. Llegó poco después a obtener cargos muy importantes en la Paramount. Su rara intuición para los negocios le valió el nombre de «la primera mujer industrial de América». En estas actividades cinematográficas ella descubrió a actrices famosas y conocidas, como Jennifer Jones, Ingrid Bergman, Shirley Temple, Alida Valli y muchas otras.

Ahora Anita Colby ha encontrado la fórmula de aplicar sus conocimientos al mundo entero. Parte de la base de que no se necesita tener una cara que «de quite el sueño a Hedy Lamarr» para triunfar en la vida. Con seguir sus consejos y tener la tenacidad que tuvieron Rita Hayworth y las otras actrices citadas, no habrá nada que impida alcanzar la meta que cualquier mujer desee.

ANITA COLBY «INVENTO» A JENNIFER JONES

La fórmula de Anita Colby ha sido simple. Simple, pero difícil. Reunir en un libro todas las enseñanzas y dar en el mismo todos los consejos que en su carrera ha aprendido. El libro se titula *Tu belleza*. En los Estados Unidos ha sido un éxito nacional. Valiéndose de su experiencia, Anita Colby consigue demostrar que toda mujer puede convertirse en estrella dentro de su órbita correspondiente. Todas sus afirmaciones vienen acompañadas de ejemplos que demuestran su veracidad. Ahí está el caso de Jennifer Jones. En una revista francesa se dijo que Anita Colby «inventó» a la actriz.

En efecto. Cuando Selznick confió a la señorita Colby la «Canción de Bernardette», Jennifer Jones era por entonces una muchacha incapaz de nada. El miedo vencía cualquiera de sus actividades. Anita Colby hizo dar a la actriz que luego se haría famosa «una vuelta sobre sí misma». La enseñó a sonreír, a caminar con elegancia. La enseñó a vestir, a maquillarse. A usar los tonos adecuados a su cara.

Le hizo ver que el maquillaje blanco, del que la actriz no quería renunciar, le hacía parecer más campeón olímpico que actriz. Le enseñó a beber champán sin hacer muecas, a tender la mano a un embajador. La enseñó a sentarse e incluso a coquetear. Le demostró también que los turbantes le iban mejor que los anchos sombreros de plumas y los bolsos largos mejor que los cortos. Su labor con Jennifer Jones fué una auténtica creación. Tanto es así que cuando devolvió a la actriz a Selznick, éste se casó con ella.

MARY MARTIN, GINGER ROGERS Y EL SECRETO DE LA PERSONALIDAD

Una de las fórmulas que da el libro de Anita Colby para el triunfo personal es el «no querer parecerse nunca a nadie que haya triunfado ya y modelarse por el mismo patrón». Por regla general el triunfo nunca se presenta fácil y los momentos de desaliento son frecuentes. Ello, sin duda alguna, conduce al desánimo. Y entonces es cuando llega el momento del esfuerzo personal. El momento de descubrir la propia personalidad. Como ejemplo claro de que su tesis es cierta cita el caso de Mary Martin. Mary Martin es antigua amiga de la señorita Colby. Mary llegó a Hollywood después de su triunfo en la película «Mi corazón pertenece a papá», y rodó algunos papeles como ballarina y cantante.

Entonces empezó su tragedia. Le alargaron el pelo. Empezaron a peinarla de un modo especial, la vistieron con trajes de noche de anchos vuelos y la calzaron con zapatos de tacón más que normal. Luego fueron retorciendo su cara hasta llegar a convertirla en una copia, lo más exacta posible, de las facciones de Ginger Rogers. Mary Martin se daba perfecta cuenta de que el tipo no le iba, pero sus ansias de triunfar aumentaban su capacidad de sacrificio. Fué inútil. Nada pudo conseguirse. La experiencia en el caso de Ginger Rogers se ha repetido por lo menos trescientas veces. Todas han fracasado.

La lucha que tuvo que sostener después Mary Martin fué dura y prolongada. Se marchó de Hollywood, y en Nueva York decidió empezar de nuevo. No se resignaba al fracaso. Obtuvo el primer papel en una película la

traducción de cuyo título original es «La caricia de Venus». Se le diseñaron vestidos adecuados. Se la hizo aparecer tal cual era, corregidos los defectos fundamentales. Su triunfo fué apoteósico y la transformó en una de las más características representantes del cine americano.

Un fracaso le demostró que ocultar la propia personalidad la llevaba al desastre.

El caso de Mary Martin es analizado en el libro de Anita Colby como ejemplo de enseñanzas fundamentales. «La mujer —escribe— ha de servirse de sus propios triunfos. Con el uso, los multiplica y los hace valer.» Cita también el caso de Jeanne Crain, actriz que se cansaba de que le asignaran papeles infantiles. Su ascenso a la cima fué lento. Trabajó con gran voluntad en papeles como el de «Pinky», recibiendo como actriz y como mujer lecciones inapreciables. Por todo comentario, Jeanne Crain decía siempre: «El caso es que tengo trabajo. Ello demuestra que soy yo misma quien sube sin tropezar.» Se habló de la película citada como premio de la Academia Arward, lo cual demuestra que no se equivocaba.

«LO QUE HAY QUE HACER PARA SER HERMOSA»

La obra de Anita Colby está perfectamente calculada. En los Estados Unidos ello no ha sido ninguna sorpresa. Cuando se dió a conocer el proyecto de escribir un libro, nadie dudó de que sería una notable aportación a «lo que hay que hacer para ser hermosa». Lo he estado comprobando todo durante años. Algunos suponían que su libro sería solamente la exposición de un método para vivir bien. Nada más lejos de la verdad. Es cierto que a través de la obra de Anita Colby se encontrará en un porcentaje elevado la solución al problema que la apariencia exterior es para toda mujer. Sin embargo, la escritora va más al fondo. Insiste en la importancia que el mundo interior tiene en el aspecto exterior de las personas. «Entre dos pares de ojos, siempre serán más hermosos aquellos cuyo brillo sea originado por un estado de paz interior.» «Hay que proporcionar al alma su ejercicio espiritual», añade. «Temple su espíritu. Reflexione. Mantenga siempre su dignidad personal. Esté prevenida. Si consigue así-



Anita Colby luce siempre su espléndida belleza



Es mujer de encanto personal irresistible y escritora famosa

milar eso, no terminará nunca el encanto de vivir con usted.»

Esa confianza en sí misma, el haber resuelto muchos problemas fundamentales, han brindado el triunfo a Anita Colby. La seguridad de sus afirmaciones es a veces desconcertante.

«No hay en el mundo mujer fea ni muchacha vulgar—dice—. Lo que sí hay son mujeres que no se han encontrado a sí mismas y muchachas que no han tenido arranque ni orientación para descubrir los encantos que poseen. Todas vosotras podéis ser bellas con vuestra propia belleza.»

LA IMPORTANCIA DEL MUNDO INTERIOR

Insiste una y otra vez Anita Colby en la importancia del mundo interior. Cita el caso de Irene Dunne. Mujer que se dirigió a la meta sin olvidar los derechos y los sentimientos de quienes se cruzaban en su camino. De todas las estrellas de Hollywood, Irene Dunne es la más caritativa, la menos egoísta y «la más señora». Habla de ella como de una «belleza de bondad». La labor de la actriz en las agrupaciones femeninas es importantísima. Conoce la caridad. Todas las Nochebuenas abre de par en par las puertas de su casa a los desamparados, a los insignificantes. Corre por la ciudad en su busca. Ella recuerda que cuando era una cantante sin importancia pasó una Nochebuena en una estación de Georgia sola y sin un real. Prometió acordarse, si algún día triunfaba, de cuánto tuvieran necesidades. Su victoria ha sido cumplir. Saber cumplir lo que aquel día prometió.

UNA EXPERIENCIA DIVERTIDA

Anita Colby da, además de todo lo expuesto, un completísimo estudio de tratamientos físicos. Métodos de gimnasia para regular las funciones de cada parte del cuerpo. Regímenes alimenticios más adecuados.

Desde un régimen de catorce días para adelgazar hasta un tratado de belleza de cuatro semanas. Distingue y clasifica cada rostro. Para cada forma de cara tiene sus instrucciones particulares: la forma que deben tener sus labios, cómo deben arreglarse las cejas. Igualmente analiza las manos, indicando, según las formas de las uñas, cómo deben ser pintadas, con lunar o sin lunar. Qué clase de joyas son adecuadas. Las barbillas, los escotes,

las piernas. Todo desfila matemáticamente. ¡Qué sorpresa me he llevado al comprobar la cantidad de formas distintas que puede tener una misma parte del cuerpo de una mujer!

Sabe perfectamente Anita Colby qué clase de gafas corresponden a cada rostro, qué posiciones se deben adoptar para un descanso total. Los gestos, los pasos, la ropa, los colores, el dominio de la voz. Hablando de la voz gruñona dice, por ejemplo: «Colocaos delante de un espejo, abrid la boca y observad cómo baja vuestra mandíbula al decir parca, tarta, marta, carta, etcétera. Repetid la operación con las íes: pisto, listo, circo, cisco, etcétera. Ahora ensayadlo con los dientes cerrados y observad la diferencia.» Desde luego, la experiencia es divertida.

VEINTE CONSEJOS PARA LA MUJER ESPAÑOLA

De entre la multitud de consejos que Anita Colby da en su obra *Tu belleza* separamos para las lectoras de EL ESPAÑOL los siguientes:

1. Para cerrar sus poros enjabónese la cara con las yemas de los dedos, o, mejor aun, con la brocha de su marido.

2. Lávese la cara con agua caliente. Utilice un recipiente sobre el que pueda usted colocar su cara, recibiendo en el rostro el vapor del agua. Mantenga la posición durante cinco minutos. Cuidado que el agua esté casi hirviendo. Luego pase rápidamente por su rostro la crema que utilice para cerrar sus poros.

3. Cuide su armario en donde guarda los frascos y utensilios de maquillaje. Separe la colonia de las cremas. Tire los frascos vacíos. No utilice nunca la misma cosa para dos funciones distintas.

4. Un procedimiento de belleza fácil de realizar en casa para hacer desaparecer las asperezas del cutis y los granos. Mezcle dos cucharadas soperas de harina con la clara de un huevo. Conseguirá una pasta parecida a las cremas de belleza. Extienda la misma sobre su piel. Cuando la máscara adquiera dureza, sepárela de su rostro. Compruebe los resultados.

5. Lávese usted los cabellos más a menudo. Ello tiene gran importancia.

6. Frotándose sus pies fatigados frotándolos con aceite de oli-

va. Este método se lo propone Betty Grable. Después del aceite báñese con agua caliente. Cuanto más caliente mejor, y en seguida con agua fría. Dese luego un pequeño masaje.

7. Antes de irse usted a un baile o a una recepción lávese el cabello con agua de Colonia a una temperatura de 90 grados. Secarán en seguida. El perfume persiste durante mucho más tiempo.

8. Antes de utilizar su lápiz para los ojos moje usted la punta en un tarro de crema. Pierde dureza y es mucho más sólido en color.

9. Antes de pintarse los labios compruebe si su boca está bien formada. Para ello coja usted dos agujas de hacer calceta, coloque en posición vertical frente a sus ojos la parte superior de las agujas y rozando el mentón la parte inferior. Ahora sonría usted. Si los bordes de sus labios no sobrepasan la distancia de las agujas, todo está perfectamente. Si sobrepasan los bordes, le conviene a usted acentuar el rojo en la parte central de sus labios.

10. La pintura le durará más en los labios si antes se los aprieta ligeramente con los dedos.

11. No deje nunca la crema

Cada mujer, un caso. Anita Colby tiene «recetas» para todas



de noche sobre su piel más de veinte minutos. Sea cual sea la que use, después de ese tiempo han pasado sus efectos. El contacto prolongado perjudica la piel y abre los poros.

12. En cuanto se levante usted de la cama levante la pierna derecha hasta rozar las yemas de los dedos de su mano izquierda, y viceversa.

13. Si sus ojos están cansados, cúbralos con la palma de sus manos. Cierre los ojos. Compruebe si ve usted el color negro. Si la primera vez ve usted una especie de moscas, abra sus ojos y repita la operación hasta que vea negro.

14. Evite la tirantez de su piel engrasándola todas las noches con manteca de cacao o lanolina espesa. Se alegrará usted de haberlo hecho.

15. Cuando el peso de las cejas no cargue sobre los ojos, parpadee usted diez veces seguidas con rapidez. Luego cierre usted los ojos y descansa, repitiendo a poco el movimiento. Todas las mañanas añada al movimiento indicado diez parpadeos más. El ejercicio lubrica y desinfecta el globo del ojo.

16. Las manos, las rodillas y las pantorrillas sufren los cambios de temperatura. Para evitar el resecamiento o ese peculiar hormigueo frótese usted con aceite una vez por semana, envuélvase luego en una gran toalla y procure dormir un rato. Luego báñese con agua caliente y espumosa. Fricciónese bien y será usted una mujer nueva.

17. Para descansar de fatigas intelectuales o mentales, tiéndase usted colocando los pies a un nivel más alto que la cabeza. Procure no pensar más que en cosas agradables.

18. Evite la fetidez de aliento suprimiendo los alimentos ácidos en el final de las comidas. Al terminar de comer tómese usted alimentos duros, frutas u hortalizas crudas, que además limpian la dentadura.

19. ¡No se sobe la cara con las manos! Si tiene granitos báñese con una infusión de té tres veces al día. Por la noche cúbrase el rostro con una crema sencilla a base de óxido de cinc o de loción de calamina, por ejemplo.

20. Si sufre usted de insomnio báñese con agua tibia, en la que haya diluido antes algunas sales perfumadas que no sean fuertes. Lávese con suavidad. Cierre usted los ojos hasta que se adormezca. Luego séquese sin frotarse con fuerza. Y luego, con rapidez, váyase a la cama.

* * *

Anita Colby ha conseguido por méritos propios acaparar la atención de las mujeres del mundo. Después de leer su obra y de conocer su vida uno, siendo hombre, se siente invadido de extraña inquietud. De existir muchas mujeres como Anita Colby lucharíamos en evidentes condiciones de inferioridad.

Pedro GIRONELLA POUS

EL ESPAÑOL.—Pág. 14

EL RETORNO A LA CREACION

NO hace todavía medio siglo, la idea de la creación (la «hipótesis creacionista», como despectivamente se la llamaba) estaba por entero excluida de los tratados científicos. Recuerdo haber leído un libro de texto de Geología que, alardeando de imparcialidad, decía en sus primeras páginas, al tratar del origen de la Tierra: «La primera hipótesis es la creacionista.» Y la despatchaba con esta sola frase: «Esta hipótesis no es científica.» Y no se volvía a ocupar más de ella. La materia era eterna, su evolución se perdía en la noche del pasado; centenares de billones de años eran la cifra mínima para la formación de los astros, que hoy día contemplamos a partir de la nebulosa primitiva... Y de pronto un golpe de teatro: el Universo no podía tener una duración superior a unos pocos miles de millones de años, y resultaba, por tanto, extraordinariamente joven; los indicios de que había comenzado, no a partir de una nebulosa primitiva, sino en un estado superdénso, el átomo inicial, se multiplicaban. En la historia del mundo había un «corte», un punto más allá del cual carecía de sentido retroceder, algo que sugería la idea de que el Universo, efectivamente, había comenzado «de repente»... Y la consecuencia se iba deduciendo poco a poco. Uno de los primeros en confesarlo fué Eddington, cuyo nombre es ya clásico en Astrofísica, presidente largos años de la Unión Astronómica Internacional. En su libro «The Expanding Univers» insinuaba tímidamente: «El principio parece presentar dificultades insuperables, a menos que nos decidamos a mirarlo como francamente sobrenatural. Quizá vale más pararnos aquí; pero ya he señalado en otro punto lo peligroso que es limitar la investigación científica a dominios limitados. En lugar de enfrentarnos honradamente con las dificultades de nuestro problema podemos ser conducidos a pensar que las hemos resuelto cuando lo que hemos hecho en realidad ha sido barrerlas hasta la frontera del dominio. Si barriéndolas las arrojamos cada vez más lejos, el montón se elevará hasta formar una barrera infranqueable. Es tal vez esta barrera lo que llamamos el principio.» Más decidido que Eddington, otro astrofísico inglés de fama universal también, Milne, el autor de la Relatividad Cinemática, no dudaba en afirmar en su obra «Relativity, Gravitation and World-Structure» que su trabajo, al mismo tiempo que daba cuenta de la evolución futura sin término del mundo, conducía, por lo que respecta al pasado, a la causa primera del mismo, al Creador divino y al milagro de la creación. Y pocos años des-

pués, el astrofísico y eminente matemático, profesor E. T. Whittaker, se convertía al catolicismo, movido precisamente porque del segundo principio de la Termodinámica, la ley de la entropía y la degradación de la energía deducía la necesidad de que el universo hubiese comenzado y consiguientemente la existencia del Creador, y así lo exponía sin ningún respeto humano en su obra «The Beginning and End of the World», comprendió de sus lecciones en las Riddell Memorial Lectures... Hoy día hemos llegado al extremo de que hay quien quiera probar que la creación no solamente se hizo al principio, sino que continúa todavía haciéndose, y en las revistas astronómicas y filosóficas se polemiza en torno a las teorías de Hoyle, Bohl, Lytleton, Jordan, etcétera, y las pruebas y cálculos que aducen en confirmación de sus asertos. No siempre la palabra creación se toma en el sentido preciso que tiene para el creyente; pero el fenómeno es significativo y prueba que no andaba descaminado Milne cuando ponía como lema a una de sus más famosas obras «nisi efficiamini sicut parvuli non intrabitis in regnum coelorum», que uno de sus admiradores glosó diciendo: «si no os hacéis como niños y recurrís a las explicaciones del origen de todas las cosas que os enseñaron en vuestra niñez, no conseguiréis entrar en el reino de los cielos; esto es, en la inteligencia de las maravillas de la mecánica celeste y la gravitación universal».

LA FUGA DE LAS GALAXIAS

¿Cuál fué la causa determinante de esta revolución profunda? Desde que a principios de siglo el análisis de los espectros de los astros permitió conocer sus velocidades de acercamiento o alejamiento en la dirección de la visual (velocidades radiales), no se dieron tréguas los astrónomos en acumular estos datos que podrían luego servirles para la resolución de diferentes problemas; por ejemplo, el del movimiento del Sol entre las estrellas. Y hace ya años que se lo gró saber por este método que el Sol, con su cortejo de planetas, se traslada hacia un punto situado en la constelación de Hércules a la respetable velocidad de 19 kilómetros y medio por segundo. El éxito en el caso del Sol invitaba a repetir la suerte con el de la Vía Láctea. A medida que había sido posible ir determinando distancias estelares, se había visto que las estrellas que contemplamos forman un conjunto, la nebulosa espiral de la Vía Láctea (o «galaxia») y por el contrario, las restantes nebulosas espirales, que nos descubren el telescopio, no pertenecen a esta unidad, sino que so-

N
ente
Whit-
licis-
rque
Ter-
ntro-
ener-
que
zado
sten-
bonía
o en
End
o de
Me-
mos
hay
crea-
co al
mbre de galaxias de la Corona
revisal. Su distancia se estima en
as 5 millones de años de luz y se apar-
nosotros a la enorme velocidad
rdan de 22.000 kilómetros por segundo
culos
n de
pala-
sen
a e
o e
o an
cuan
a el
effi-
trabi-
e un
icien-
ni
cacio-
s co-
nestr-
ar es,
es, el
villa-
gra
G.
niman
unda-
sigl
de lo
us va
o ale
de la
s), n
nomo-
e po
la re-
proble
movi-
estre-
se lo
o qu
punt
d
vel
med
l cas
tir
l ácte-
posib
es
as es
orma
espir
axian-
stant-
os de
erten-
e so

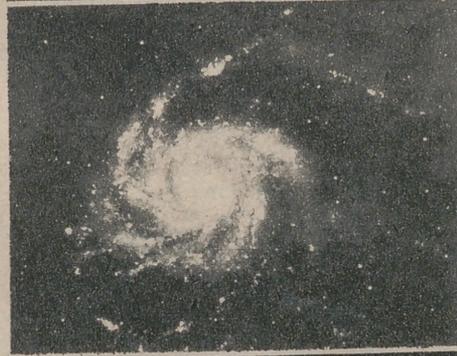
mbre de galaxias de la Corona
revisal. Su distancia se estima en
as 5 millones de años de luz y se apar-
nosotros a la enorme velocidad
rdan de 22.000 kilómetros por segundo

otras aglomeraciones celestes,
otras tantas galaxias compara-
bles con la nuestra, independien-
tes de ella y constitutivas todas
juntas del universo galáctico. Y
supuesto que en el espacio todo
se mueve, de la misma manera
que los movimientos radiales de
las estrellas se había podido deducir
la dirección y velocidad
del movimiento del Sol, ¿por qué
no había de ser posible deducir
las leyes del movimiento de nues-
tra galaxia de las velocidades de
alejamiento o acercamiento de
las restantes. La gran sorpresa
se produjo entonces. Cuando se
estudiaban los movimientos de
las estrellas, se veía que unas se
acercaban, otras se alejaban de
nosotros y no faltaban las que
pasaban de largo; era lo natural
y lo que había esperar a priori,
ya que no hay motivo alguno pa-
ra que el conjunto de las estre-
llas se nos aproxime o se nos
aparte. En cambio, las nebulosas
todas se apartaban de nosotros.
Mejor dicho, tres parecían al
principio acercárenos; pero en
cuanto se descubrió la rotación
de nuestra Vía Láctea, se vió que
tal aproximación no era sino un
efecto aparente de composición
de velocidades. Introducida la
conveniente corrección, todas las
nebulosas espirales se apartaban
de nosotros, y por cierto a velo-
cidad tanto mayor cuanto mayor
era la distancia que de ellas nos
separaba. Incluso se podía llegar
a establecer las nebulosas de
proporcionalidad entre una y
otra; la velocidad de fuga de las
nebulosas crecía a razón de 170
kilómetros por segundo por mil-
lón de años de luz de distancia.
Hoy día parece que este valor
debe reducirse a la mitad, y con-
siguientemente, las cifras que
luego damos multiplicarse por
dos; pero para nuestro razona-
miento es lo mismo.

El descubrimiento era descon-
certante. Después de cinco siglos
de haber rechazado Copérnico el



Nebulosa espiral de la Cabellera de Berenice. Situada a unos 14 millones de años-luz de distancia, se aleja a 1.100 kilómetros por segundo. Magnífico ejemplar, visto de canto



Nebulosa espiral Messier 101 de la Osa Mayor, notable por la evolución y desarrollo de sus brazos, en los que aparecen numerosos núcleos estelares, fraguas de nuevos mundos



Ed. A. Milne, autor de la teoría de la relatividad cinemática, definiendo explícitamente la necesidad de la creación



Sir Arturo S. Eddington, célebre por sus estudios sobre la expansión del universo y las fuentes de energía estelar



G. Lamaitre, tan conocido por sus teorías de la expansión del universo y del átomo inicial superdenso

sistema de Ptolomeo, por parecerle absurdo que un cuerpo tan pequeño como la Tierra pudiese ser el centro del sistema planetario, ¿íbamos a caer con todo nuestro aparato científico en otro geocentrismo mucho peor, creer a la Tierra o al Sol o aun si se quiere, a nuestra Vía Láctea, centro de todo el mundo de las nebulosas? Centro repulsivo, es verdad; pero al fin y al cabo, centro...

LA EXPANSION DEL UNIVERSO

En rigor la explicación estaba ya dada, aunque cuando se formuló no se había reparado en ella. Pocos años antes del inesperado descubrimiento de la recesión de las galaxias había enunciado Einstein su teoría de la relatividad generalizada y propuesto su modelo de universo. Algo después De Sitter había introducido en él alguna modificación, y demostrado que si sus elucubraciones eran verdad, los objetos celestes más distantes deberían estar alejándose de nosotros. ¿Coincidió esta recesión

con la observada? La dificultad estaba en que mientras ésta tenía lugar a razón de cientos y miles de kilómetros por segundo, la pronosticada no se sabía exactamente de qué magnitud tenía que ser. Pero entonces surgieron varios investigadores, y en primer lugar Eddington y el canónigo Lemaitre, profesor de la Universidad de Lovaina, que construyeron sus magníficas teorías del universo en expansión, que tanta boga han alcanzado. Acudiendo a una comparación un tanto simplista, pero gráfica, nos ocurre algo parecido a lo que les sucedería a los hipotéticos habitantes de una serie de puntos regularmente distribuidos sobre la superficie de un globo dilatante que se comenzase a hinchar indefinidamente. Aun permaneciendo inmóviles en su sitio, cada uno tendría la sensación de que los otros se alejaban de él a velocidades tanto mayores cuanto más distantes de él se encontrasen. Algo semejante nos pasa. Según los autores citados, nuestras nebulosas se hallan en el interior de un espacio esférico cerrado

de tres dimensiones, envoltura de otro de cuatro, que se halla en expansión. Y por una serie de cálculos, a cual más ingenioso, se ha podido deducir la velocidad probable a que nuestro universo se dilata: cada 1.300 millones de años su radio se duplica y cada 1.500 millones la densidad de la materia en él contenida se reduce a la décima parte.

Toda una serie de teorías pudieron formularse sobre la evolución y el futuro de nuestro mundo. Pero, naturalmente, al mismo tiempo surgió también la idea de hacer la extrapolación hacia el pasado. Si hace 1.500 millones de años la densidad de la materia del Cosmos era diez veces mayor que ahora, hace 3.000 millones de años lo era cien veces más, y hace 15.000 millones de años, 10.000 millones de veces... Claro que no se puede retroceder indefinidamente, pues 200.000 millones de años atrás toda la materia esparcida hoy por todos los espacios siderales debería haber estado concentrada en el volumen de una cabeza de alfiler..., y el absurdo salta a la vista. La duración del universo debía ser, por consiguiente, mucho menor, y, por lo tanto, las duraciones de centenares de billones y aun algunos casos trillones de años postuladas por los partidarios de la evolución absoluta eran del todo imposibles.

LA POLEMICA SOBRE LA EDAD DEL UNIVERSO

La reacción fué enconadísima. Los partidarios de la escala larga o astrofísica, como comenzaron a llamarse a sí mismos, por contraposición a los partidarios de la escala corta o cosmológica, negaron que en el caso de las nebulosas el corrimiento hacia el rojo de las rayas espectrales, que es la base física para medir sus velocidades radiales, fuese un verdadero efecto Doppler-Fizeau y pudiese servir para medir dichas velocidades, con lo que el fundamento de la expansión caería por su base. Sería simplemente fruto del efecto Einstein, según el cual las radiaciones luminosas pierden energía y se corren, por lo tanto, hacia el rojo al atravesar campos gravitatorios intensos, o del efecto Compton, que nos dice que los fotones pueden aumentar su longitud de onda al chocar con partículas errantes; o aun, según algunos, consecuencia de la *fatiga* experimentada por la luz en el recorrido de distancias tan enormes... Ninguna de estas explicaciones ha podido sostener un examen a fondo y seguimos, por tanto, ante el dilema: o nos hallamos ante la manifestación de una ley de la Naturaleza que todavía no conocemos y hasta ahora se ha mantenido celosamente oculta a nuestras investigaciones, o el corrimiento de las rayas espectrales es un efecto Doppler-Fizeau verdadero. Y bien pensado, ¿por qué no lo iba a ser en este caso, cuando lo es en todos los demás que se conocen del mismo género, velocidades radiales de las estrellas, sus movimientos de rotación, ídem de los planetas y satélites, rotación del sol y de la tierra sobre sus ejes, movimientos terrestres, etc.?

CONVERGENCIA DE INDICIOS

Pero lo más notables es que mientras se debatía la cuestión precedente una serie de hechos deducidos de los más distintos campos de la ciencia han ido robusteciendo la opinión de que la edad del universo no puede exceder de unos miles de millones de años. Sabido es que la radioactividad proporciona un medio de medir la edad de las rocas. El uranio, por ejemplo, se transforma en una variedad de plomo, el plomo de peso atómico 206, emitiendo ocho átomos de helio. Como esta transformación se opera a velocidad constante, el contenido en plomo o en helio de un mineral de uranio será proporcional a la edad del mismo. Igual cantidad de plomo que de uranio indicaría una antigüedad de 7.600 millones de años. Ninguna muestra de roca terrestre acusa esta antigüedad. El récord actual lo detentan una pegmatita de Manitoba, que se remonta a 1.750 millones de años, y una uranítica de Karelia, que tiene probablemente 1.850 millones. Resulta así que la corteza sólida de la tierra data de unos 2.000 millones de años, y, teniendo en cuenta el tiempo necesario para la solidificación, nuestro planeta debió venir a la existencia hace unos 3.000 millones. No es todo. De cuando en cuando caen sobre la tierra meteoritos, fragmentos procedentes, con toda probabilidad, de la desintegración de otros astros. En el Observatorio Vaticano se conserva una colección magnífica, y en muchos otros sitios los hay también en cantidad. Por métodos radiactivos ha calculado Paneth la edad de veinticuatro de ellos; las cifras oscilan entre los 500 millones de años para cuatro y 3.000 millones para tres. Y como más de uno, por razón de ser hiperbólica su órbita, procedía con toda seguridad del exterior de nuestro sistema planetario, se ve que también es ésta la edad de los cuerpos celestes exteriores al mismo. Hay más. Durante varios decenios se creía que todas las estrellas seguían una misma evolución, pasando sucesivamente por todos los tipos del diagrama de Hertzsprung-Russell, y se inferiría de ello que las de los tipos más avanzados habían necesitado para llegar a ellos varios cientos de billones de años, como mínimo. Desde que se ha conocido el mecanismo de producción de la energía radiante estelar (la bomba de hidrógeno está, hasta cierto punto, inspirada en dicho mecanismo) se ha visto que estos astros son también mucho más jóvenes de lo que se había creído. Como la luminosidad de las estrellas es el resultado de la transformación gradualmente acelerada de su hidrógeno en helio, por el porcentaje de hidrógeno y helio que contienen cabe deducir el tiempo que llevan funcionando; nuevamente nos hallamos con unos pocos miles de millones de años. En cuanto a los diferentes tipos espectrales, no parecen fruto de una evolución general, sino consecuencia de condiciones iniciales diferentes, gracias a las cuales cada estrella habría co-

menzado a existir en su tipo actual. Es realmente notable esta considerable convergencia de indicios. Pero todavía hay más. Si de las estrellas sueltas pasamos a los enjambres globulares de estrellas y a las nebulosas espirales, y en particular a nuestra Vía Láctea, el resultado es idéntico. Por lo que toca a los primeros, se ha visto que a medida que se aproximan a la Vía Láctea pierden sus componentes a un ritmo que puede ser determinado con bastante precisión. Teniendo en cuenta esta pauta y las estrellas que todavía contienen en la actualidad, ninguno de ellos puede tener una edad superior a unos miles de millones de años; siendo mil millones el número de años de edad de la mayoría. En cuanto a las nebulosas espirales, sus brazos, según los estudios de Lindblad, no son otra cosa que las trayectorias de las estrellas arrojadas por su núcleo central. Ahora bien, por el aspecto de tales brazos las nebulosas no pueden haber dado desde su formación sino un pequeño número de vueltas sobre su eje, pues, de lo contrario, la materia a lo largo de los mismos estaría distribuida con mucha mayor regularidad. Y como la duración de cada vuelta es del orden de los 300 millones de años, la vida total de la nebulosa no puede ir más allá de unos miles de millones.

EL MOMENTO INICIAL

Podríamos seguir acumulando indicios; pero basta con lo que antecede. Una cosa es evidente: cuando se mira hacia el pasado, nuestra mirada tropieza con una cierta época que marca el principio de todos los procesos evolutivos que están hoy día desarrollándose en el universo y más allá de la cual carece de sentido toda extrapolación. ¿Coincide este momento con el de la creación? No diríamos tanto; pero sí, por lo menos, que se le parece mucho, y ello explica por qué los científicos, que tanto tiempo habían rechazado su idea por creerla incompatible con la evolución perpetua que imaginaban, al encontrarse con que esta evolución resulta ahora imposible y tiene que ceder el sitio a un comienzo brusco de cuanto está en vías de desarrollo en el Cosmos, no tengan reparo en volver a hablar de creación. A algunos les parecerá maravilloso el cambio; al católico instruido no puede asombrarle en modo alguno; de sobra sabe que, puesto que la ciencia y la revelación proceden ambas de la Verdad Divina, nunca puede haber contradicción entre la ciencia y la fe, como definió el Concilio Vaticano. Y por eso, si algún adelanto científico parece a veces, de momento, contradecir a la verdad revelada, espera confiado a que un descubrimiento ulterior venga a demostrar que tal contradicción era sólo aparente y a probar la profunda armonía entre los dos órdenes de verdades. De sobra sabe que nunca falla aquel adagio: «Algo de ciencia puede apartar de Dios, pero mucha ciencia acaba siempre por conducir a Dios.»

Antonio ROMANA, S. J.

EL "MANA" DEL ALGODON EN RAMA



DESDE EL CAMPO, A LA FACTORIA Y LA HILATURA

ESO de hablar de alternativa por la ruta cordobesa del algodón puede parecer un término torero, pero lo cierto es que por estos campos andaluces, puesta ya en factoría esa especie de nevada vegetal algodonera, se habla bastante de alternativa.

Dicen que cuando el algodón le da la alternativa al trigo, la cosa resulta muy bien, aunque también sirven para ello perfectamente las habas o la remolacha, especialmente en campos de regadío. Pero, en zona típica de secano, lo que más resulta es que el algodón alterne con el trigo, que se encuentra así el terreno completamente limpio de malas hierbas, aunque no queda mucho tiempo entre el final de la recolección algodonera y la siembra del trigo, pero, desde el punto de vista técnico este cambio es muy racional, ya que, de esta manera, el terreno pasa de ser ocupado por una planta de raíz profunda como es el algodonero, que llega a tener raíces de un metro de longitud, por otra de raíz corta y superficial.

ALGO DE ALGODON FRENTE A LA GUE- RRA SUBMARINA

El cultivo algodonero, en los campos de la provincia de Córdoba, puede considerarse ya bien arraigado, pese a lo reciente de su implantación en una forma extensiva y con un aprovechamiento plenamente garantizado por las factorías. Tan profundamente arraigado está por aquí el cultivo del algodón como largas y profundas son las raíces de esta planta.

Debemos decir ahí que fué durante la primera guerra mundial cuando en España se hicieron los ensayos iniciales del cultivo ex-

LA FIBRA ALGODONERA COMBATE EN TIERRAS ANDALUZAS EL PROBLEMA DEL PARO ESTACIONAL

tensivo del algodonero, debido a la gran escasez que había de este producto básico en los mercados neutrales y la dificultad de su transporte a través de los peligros de la guerra submarina. Esto animó a un grupo de industriales textiles de la región catalana a extender el cultivo del algodón a tierras de nuestra Península que se consideraban aptas y que, en la antigüedad, habían ya cultivado, en determinadas zonas, esta malvacea.

SE RENUEVAN LOS ESFUERZOS

Pero el algodonero constituía un cultivo no dominado, para el cual, además, se consideraba que no ofrecía el suelo español condiciones óptimas. Al terminarse la primera guerra mundial, con la normalidad de mercados, decayó la costosa experiencia, que no había llegado a convencer a los agricultores de los beneficios seguros que les proporcionaría el nuevo cultivo.

Un esfuerzo muy notable para implantar el algodón en España fué realizado por el Gobierno del general don Miguel Primo de Rivera, a través de una Comisaría que creó para recoger los esfuerzos privados en que algunos fabricantes textiles se habían empeñado. Aquella Comisaría abrió brecha en la labor de preparar el



Esta es la bala de algodón nacional, algo mayor que la americana. Pesa unos 230 kilos y vale unas 10.000 pesetas cada una

ambiente, aunque los resultados fueron pequeños en aquellos tiempos de iniciación. Como muestra, diremos que en la campaña de 1924-1925, que se consideró óptima



Espolvoreo desde una avioneta, en las plantaciones algodonereras de «La Veguilla» (Córdoba), para combatir una plaga de insectos

ma, sólo fueron producidas 1.247 balas de algodón nacional, cifra ésta de producción que hoy supera por sí sola la más pequeña de las factorías que hoy existen en España. Bastará decir que la producción de 1942-1943 fué de 19.663 balas, y que con posterioridad, solamente la factoría cordobesa de Miraflores ha llegado a la cifra tope de producción de 15.200 balas de algodón al año.

EL TERRITORIO NACIONAL ALGODONERO SE DIVIDE EN ZONAS

El verdadero impulso a la producción algodonerera nacional debe considerarse a partir del año 1939, en cuyo año el Estado dió entrada oficial a la iniciativa particular en este interesante cultivo por medio de la división en zonas de los terrenos aptos y su concesión provisional y prorrogable a empresas interesadas en la producción textil. Las concesionarias suelen tener, como garantía de que siempre se tendrán en cuenta los intereses de los cosecheros, un mínimo de un treinta por ciento de capital agrícola algodonerero, y sus derechos de concesión pueden, además de prorrogarse, pasar a situaciones definitivas.

Como organismos impulsores, tenemos hoy el Servicio del Algodón, y por encima de él está el Instituto de Fomento de la Producción de Fibras Textiles, a los que hay que agradecer el arraigo actual de estas plantaciones, de una manera especial en campos de Andalucía, Extremadura y Levante.

En doce zonas algodonereras está dividido, en la actualidad, el territorio nacional apto para este cultivo, y esos campos cordobeses que recorremos forman parte de la tercera zona, que comprende las plantaciones de la provincia de Córdoba y las que han comenzado a implantarse en la de Jaén. La concesionaria de esta tercera zona es la Compañía Española Productora de Algodón Nacional, Sociedad Anónima (C. E. P. A. N. S. A.), que renovó por otros diez años su período de concesión, ya que esta sociedad viene actuando en los campos cordobeses desde hace doce años y es la artífice de lo extendido que está hoy este cultivo en la provincia de Córdoba, en la que hubo que empezar en una tenaz propaganda personal en las tabernas, al mismo tiempo que se traía un buen número de capataces especializados para que

enseñasen al agricultor cordobés la preparación profunda de los campos que se destinasen a la malvácea, su siembra, aclareo, cuidado y cosecha.

PELIGRO DE QUE LA SEMILLA SEA PERDIDA POR SAPONIFICACION

El algodonerero, para poder desarrollar perfectamente su sistema radicular, tiene que encontrarse en un terreno bien mullido para que acumule bien el agua de la lluvia del otoño y del invierno, antes de la siembra, y que el poder retentivo de la tierra guardará para que, en los meses de verano, la planta se desarrolle con todo el vigor de su intensa actividad vegetativa. Como el algodonerero se siembra en primavera y se cosecha en otoño o principios de invierno, es preciso que la tierra haya retenido, como una esponja, el agua de los meses más lluviosos.

La gran enemiga del algodón cultivado en el secano andaluz es una graminácea, una mala hierba, que llaman «grama», que, en los terrenos profundos, es fácilmente combatida con el arado de vertedera, que la desarraiga del suelo y, haciéndola pasar a la superficie, logra que los rizomas de la graminácea se sequen y pudran a la acción solar. Esta es labor de los meses de verano, a la que deben seguir otros dos pases de arado, hasta afinar la tierra, dejándola completamente limpia de «grama» y demás cizaña que las lluvias invernales hayan podido hacer germinar. La tercera labor es más superficial y es caso de gradeo para la siembra, en la que, aparte de la selección y calidad de las semillas, todo va a depender de la buena elección del momento más a propósito en el que se deben adivinar las condiciones meteorológicas restantes y las previsibles, más o menos, para los días próximos. La semilla empieza a germinar a 14 grados centígrados, pero si, una vez enterrada, sobrevienen fuertes aguaceros, tendrá muchas probabilidades de pudrirse, ya que su gran riqueza de grasas la exponen, en terreno muy húmedo, a un proceso rápido de saponificación, en el que desaparecería como tal simiente, tragada por la tierra, sin que se volviera a saber nada más de ella.

LASIEMBRA Y SU RIESGO A CARA O CRUZ

De lo que se haga y acontezca en los días de la siembra depende, casi a cara o cruz, la suerte de la semilla y su germinación. De ahí que muchas veces, por no decir todas, el sembrador del algodonerero tiene la sensación y el nervosismo de quien agita, ante el tapete verde, unos dados de jugada decisiva. Esta es un cultivo en el que el agricultor, una vez realizada la siembra, pide al cielo que no llueva demasiado para que no saponifique—almidone, dicen por aquí—la semilla. Más bien conviene que sople el «solano», viento del Sur, muy seco, que hace el papel de secante sobre el terreno húmedo, poniendo la germinación «a punto de caramelo». Pero si la tierra está muy seca, la acción del «solano», valga la paradoja, es como llover sobre mojado, y la germinación



Tratamiento contra la «Earias insulana» por espolvoreo con pulverizador en los algodonereros de Santaella (Córdoba)

no es posible por falta de humedad.

La siembra a mano puede hacerse también con el pie. Se abren los surcos con el arado y los operarios van detrás con sus puñados de semillas, que echan en montoncitos de unos veinte gramos. Esta semilla se entierra con la mano o con un pisotón, que es cosa más de hombres, ya que las mujeres son preferidas para la cuidadosa siembra a mano, que se hace dando un puñetazo sobre cada montoncito y cubriéndolo luego con la mano extendida.

ACLAREMOS LA CUESTION DEL ACLAREO

La siembra del algodonoero puede hacerse también con unas pequeñas máquinas parecidas a carretillas manuales que se hacen avanzar por el surco detrás del arado. A veces, en las grandes extensiones, un grupo de estas máquinas va unido a un antetren-*asurcador* que se mueve a tracción mecánica. Pero en los regadíos la siembra suele hacerse siempre a mano, por lo menos en estos campos cordobeses.

En España la semilla se entrega a los labradores a través de las entidades concesionarias o bien directamente por el Servicio del Algodón, y, en todo caso, esta simiente es seleccionada y es siempre la más apta para ser aclimatada en la zona de que se trate.

Es necesario que los surcos estén bastante separados entre sí para permitir el laboreo al que el cultivo del algodón debe someterse durante todo su desarrollo. Otra de las tareas que deben realizarse cuando las plantas son tiernas es la de aclarar para que puedan crecer normalmente las que quedan. El aclarado se efectúa cuando las plantitas tienen sólo cuatro o cinco hojas.

Como hemos dicho, hasta el momento de la fructificación se evita que el algodonoero tenga que compartir el campo con ninguna de las plantas espontáneas que le robarían los principios nutritivos y la humedad. Por eso, durante todo el período vegetativo, se impide el crecimiento de hierbas entre las filas del algodonoero. La cava de líneas con pequeñas azadillas y escardillos es una labor meticulosa, en la que se suelen emplear mujeres y muchachos. Operación que proporciona, cuando se hace con cuidado, de ocho a diez jornales por hectárea. Y como esta labor debe hacerse en poco tiempo, en las grandes extensiones se emplean muchos operarios, que se dividen en cuadrillas de 25 a 30 individuos, al frente de los cuales hay un capataz o encargado, que cuida de la perfección de la faena.

LAS AVIONETAS DEL ESPOLVOREO

La lucha contra las plagas del campo con avionetas es una labor que alguna vez se hace indispensable en los campos cordobeses dedicados al algodonoero, aunque el mayor cuidado que, de año en año, se pone en este cultivo va haciendo menos necesaria esta operación, que, con los medios aéreos, puede ser realizada a una



Calle entre los pabellones de almacenaje en la factoría algodonoera de Miraflores

extraordinaria rapidez en los casos en que la plaga constituye una urgente amenaza.

Respecto a la recolección, se hace ésta cuando los frutos se han abierto completamente y el algodón aparece descolgado y como en copos de nieve sobre las plantas. Entonces es cuando cada recolector se coloca en una fila de algodonoero y da comienzo en los anchos campos cordobeses esa especie de recogida de un «maná» que parece llovido del cielo. La operación de recogida consiste en cogér el algodón tirando con los dedos de una mano, mientras con la otra se sujeta bien la cápsula por su base. Los «copos» de algodón se colocan en canastas o en bolsas que las operarias llevan colgando de la cintura y que se vacían en sacos colocados de trecho en trecho, en los que caben casi 50 kilogramos de algodón bien apretado. A veces los trabajadores de la recolección van arrastrando el saco por el suelo de una planta a la otra, hasta dejarlo en el momento en que se encuentra completamente lleno en lugares en los que los recogerán los hombres encargados de su transporte al almacén, y a veces hasta de llevarlo directamente a la factoría en carromatos llenos de algodón a granel amontonado.

A DOCE PESETAS EL KILO Y SIN DESCUENTOS

El algodón en bruto se paga, puesto en factoría, a 12 pesetas el kilogramo, el de mejor calidad y limpieza. La cosecha se pesa a carros y, dado el elevado del precio, hay que vigilar en las factorías que los carromatos no lleven pesas suplementarias escondidas o, como se han dado ya algunos casos, que el agricultor comparezca con un botijo lleno de agua colgando del carro, agua que vaciará después de vendido el algodón, lo cual supone una estafa a la factoría, que paga doce pesetas por mercancía en bruto, sin ninguna clase de descuentos, a no ser el de las 500 pesetas por hectárea que la Compañía concesionaria suele adelantar al cultivador en el momento en que éste realizó el aclarado. En tiempos de plaga, las concesionarias adelantan al agricultor los insecticidas, abonos, los medios de lu-

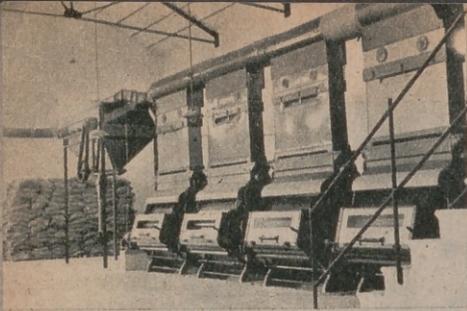
cha, incluso el de las avionetas, así como la asistencia técnica, a cargo de peritos agrícolas especializados en esta clase de cultivo.

El agricultor algodonoero cordobés no gasta más en este cultivo que el esfuerzo de las labores y la renta de la tierra, ya que incluso las semillas les son facilitadas por la concesionaria C. E. P. A. N. S. A. (Compañía Española Productora de Algodón Nacional, S. A.), que paga al cultivador, en pesetas, un 40 por 100 del algodón en bruto entregado a la factoría, mientras que el equivalente en fibra del 40 por 100 restante se entrega al agricultor en algodón elaborado, con el fin de interesarle en las incidencias del mercado. El equivalente en fibra del 40 por 100 de cien kilos de algodón en bruto entregado son doce kilos de fibra limpia y elaborada, que es de libre disposición que el cosechero, que, además del pago en pesetas, puede así negociarlo en el mercado libre de los compradores de fibra que envían a Córdoba las Empresas textiles catalanas.

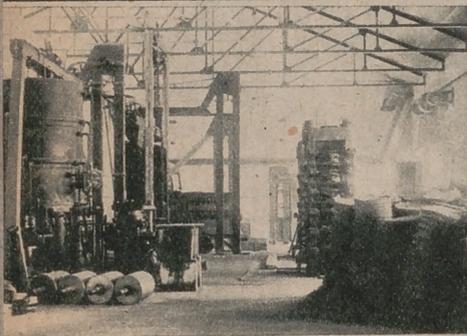
EFICAZ REMEDIO CONTRA EL PARO ESTACIONAL

Para los cultivos de regadío, las factorías siguen el sistema de reserva, por el cual entregan al cultivador el equivalente en fibra al 70 por 100 del algodón entregado, y el resto en pesetas. Esta fibra elaborada que se entrega al cosechero es también de libre disposición y se negocia en el mercado de cada año.

El cultivo algodonoero, cada vez más extendido en los campos de la provincia de Córdoba, es el gran remedio al paro estacional, por tener un ciclo de cultivo inverso al de las labores agrícolas tradicionales en estas tierras, con lo que da trabajo precisamente en los meses en que, antes de implantarse este cultivo, los labradores de estas tierras tenían que estar forzosamente parados. El algodonoero proporciona hoy 30 jornales por hectárea y día en seco, y 150 en las tierras de regadío, solamente en las labores de plantado y cava entre las filas, sin contar la recolección, en cuyo tiempo da mucho más empleo, aunque éste es un trabajo



Tren desmotador en la factoria de Montilla



Molino para extracción de aceite algodouero



Laboratorio de clasificación de algodones

que se retribuye corrientemente a destajo, a razón de 60 céntimos por kilo de algodón recogido por cada trabajador, lo que proporciona a éstos una bonita suma al final de la jornada.

LAS MAQUINAS NO DAN ABASTO

Pero, además de todo esto, el algodón proporciona gran número de jornales para su transporte a la factoria, clasificación, pesaje y elaborado, así como en la modernísima Hilatura de Miraflores.

Una vez clasificado según su pureza, el algodón en bruto pasa a las máquinas desmotadoras, que separan la fibra de la semilla. Potentes trenes de máquinas desmotadoras existen en las factorias de Miraflores, Montilla y El Carpio.

Los dos trenes de cuatro máquinas desmotadoras que hay en la factoria de Miraflores separan la fibra de la semilla en una cantidad de 80.000 a 90.000 kilos diarios, y, pese a esta extraordinaria rapidez del desmotado, se llenan los grandes almacenes, ya que los cultivadores entregan en esta factoria un promedio diario de 200.000 kilos de algodón en bruto.

Parecidos trenes de desmotar existen en las factorias que la concesionaria C. E. P. A. N. S. A. tiene establecidas en Montilla y El Carpio, que en esta época tra-

bajan también a pleno rendimiento y casi no pueden dar abasto a la cosecha, pese a que este año ha sido más bien mediana, debido a la sequía temporal. Hemos visto a estos trenes desmotadores trabajar a todo tren en una labor rápida, en la que se hace entrar el algodón en bruto por un lado de las máquinas, mientras por el otro cae, como en una alegre y lenta cascada, la fibra limpia, con la cual las prensas confeccionan apretadas balas de 220 kilos de peso.

EXPLICACIONES FRENTE A LAS BALAS

Solamente la factoria de Miraflores trabaja a un promedio de producción de 120 balas de algodón diarias, y ha llegado a producir en la pasada campaña 15.200 balas de fibra de algodón Nacional, sumamente apreciado por nuestra industria de tejidos.

Las factorias de Montilla y El Carpio, aunque más pequeñas que la de Miraflores, trabajan también en estos momentos a todo su rendimiento.

Vimos en la factoria de Miraflores a los enviados de las Empresas textiles contratar la compra de esas balas de algodón español, por las que se pagan de 10.000 a 12.000 pesetas por cada una de ellas, según sea su calidad, pureza y longitud de fibra. Las balas de algodón nacional tienen mayor volumen que las de importación, debido a que las que tienen que atravesar el mar son bastante más apretadas, para que quepan en mayor número en las bodegas de los barcos, con lo cual se aumenta el peligro de explosión, porque esas balas también pueden explotar, aunque con una combustión muchísimo más lenta que la de la pólvora blanca.

EL ALGODON HIDROFILO Y EL QUE NO LO ES

A veces la chispa que empieza a quemar poco a poco el algodón salta en el mismo momento en que se fabrica la bala, que entonces comienza a arder lentamente y, casi siempre, sin que los operarios se den cuenta; pero en el almacén, el olor especial del algodón cuando se quema avisa el incendio, y la bala puede ser separada de las demás y sumergida en agua, aunque la fibra de algodón tiene tanta materia grasa que no absorbe el agua, a no ser que sea preparada especialmente para ello en el proceso de desengrasado con el que se fabrica el algodón hidrófilo de utilización sanitaria y farmacéutica. El algodón sin engrasar no se sumerge en el agua, sino que flota; en cambio, el algodón hidrófilo o desengrasado chupa el líquido y se va al fondo.

Pero volvamos a los métodos de trabajo de esas factorias cordobesas, que, en la visita, nos han puesto el pelo como lleno de canas con tantos hilillos de fibra blanca. Una vez realizado el desmotado o separación mecánica entre la fibra y la semilla, esta simiente pasa a otro tren de máquinas para ser desbarrada, en cuya operación será separada de los pequeños hilos que todavía la cubren, formando la llamada borra. El desbarrado con-

siste en dejar la semilla completamente limpia para que pueda pasar al molino, que extraerán de ella el aceite de algodón, muy apreciado en determinados usos industriales, y hasta dicen que comestible en países que no son olivares como el nuestro, y que someten a este aceite a un minucioso proceso de filtraje. Con el orujo de la semilla algodouera se forman tortas redondas y apretadas que los ganaderos utilizan como un apreciado alimento para los animales.

«NO ENTRE USTED, COMPARE»

Donde hay más polvo en esas factorias es en la sala de desbarrar, donde la semilla es separada de la pequeña borra que aún tiene adherida. Esas salas parecen un establecimiento de tinte, pero al revés, o sea, que entra uno con el traje completamente limpio por una puerta y al poco rato sale por la otra como para que le den una limosna, ya que la borra le ha borrado toda elegancia. Ya me dijeron en Miraflores: «¡No entre usted ahí, compare!» Pero como estábamos dispuestos a investigar todos los secretos de fabricación, no le tuvimos miedo a la borra, y antes de llegar a la otra puerta ya teníamos esperando a un grupo de admiradores: «¡Ahora zale, ahora zale...!», y sólo la presencia del jefe de la factoria, don Fernando Barahona, pudo detener la «mijilla de guasa» de que habríamos sido objeto.

En toda la gran factoria de Miraflores, en la sala de desmotar, junto a las prensas de balas, junto a las máquinas desbarradoras, en los almacenes, molino de aceite de algodón, así como en la modernísima hilatura, el simple hecho de liar un cigarrillo sería motivo de un expediente de expulsión, ya que la fibra algodouera es muy inflamable, aunque de quemar lento. Las precauciones son aún más severas debido a que la factoria es de interés militar, por aquello del algodón pólvora. Fumar un cigarrillo en el establecimiento C. E. P. A. N. S. A. de Miraflores, como en los que la misma Compañía tiene establecidos en El Carpio y en Montilla, puede ser considerado un gravísimo acto de sabotaje.

EL BLANCO «BALLET» DE LOS HUSOS

Descientos sesenta obreros trabajan todo el año en la factoria de Miraflores, además de las mujeres cosedoras de sacos, los empleados y los operarios del transporte, número que es bastante mayor en estos tiempos de campaña algodouera. En cuanto a la hilatura aneja, en ella trabajan gran número de muchachas cordobesas, jóvenes y morenas casi todas ellas, cuyos color y hermosura resalta junto a la blancura de los millares de husos y mecheras que giran rápidamente como en un fantástico «ballet». Son 150 muchachas, a las que han instruido operarias especializadas en hilatura que fueron traídas de las fábricas de hilados de Cataluña.

Todas las máquinas de este moderno establecimiento industrial son de fabricación española,

ya que han sido construídas en Manresa, Manliú y Barcelona. Visitamos en primer lugar la instalación de batanes, en cuyos depósitos se vacía la fibra de las balas que los batanes abren y limpian completamente hasta convertirla en «napa» arrollada en cilindros. Luego pasamos a la sección de cardas, donde la fibra es peinada por máquinas que las colocan verticalmente, unas a continuación de otras, hasta formar una cinta que se arrolla dentro de cilindros metálicos. Un peinado más meticuloso se realiza en la sección de máquinas peñadoras, que también seleccionan la fibra separando el tanto por ciento de las que son demasiado cortas. En la sección de manuales se procede a laminar la cinta fibrosa haciéndola pasar por rodillos cada vez más apretados. La sección siguiente es la de mecheras, que se extienden por una gran sala presidida por la imagen de San Antonio María Claret, el tejedor de Sallent, que hoy es Patrono de la industria textil española.

OPERARIAS CORDOBESAS Y CATALANAS TRABAJAN JUNTAS

Nos acompaña don José Genís Quintana, director de la hilatura, técnico catalán especializado, que desde la edad de catorce años trabaja en fábricas de hilar, en cuyas labores tiene incluso la experiencia de mutilado, ya que una máquina le seccionó medio dedo.

Como esta hilatura de Miraflores ofrece el contraste de tener reunidas operarias cordobesas y catalanas, aprovechamos tan curiosa ocasión para tender el hilo de las entrevistas en medio del ruido de las máquinas, que giran a gran velocidad. Preguntamos primero a una joven operaria que, pese a su juventud, parece tener el pelo completamente blanco, debido a los hilillos que flotan en el aire. Se llama José Antonia Sánchez, y contesta así a nuestras preguntas:

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas en esta hilatura?
—Dos años. Desde que empezó a funcionar.

—Y qué, ¿aprendiste pronto a trabajar con las mecheras?

—En un mes aprendí a trabajar en esta máquina, aunque tuve que pasar más tiempo de aprendizaje hasta ser considerada operaria.

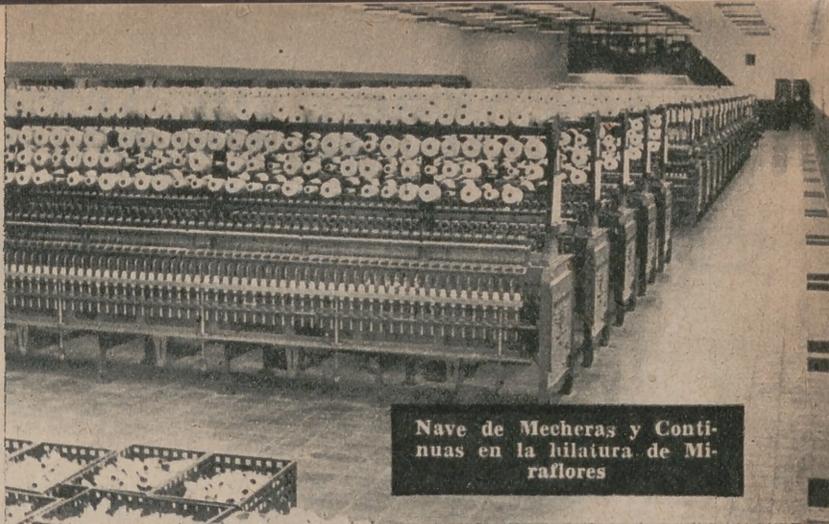
—Oye, ¿no te da miedo poner la mano entre esos hierros que dan vueltas tan rápidamente?

—Hay que tener cuidado y no ponerla cuando la araña está baja, porque entonces la araña puede dar un arañazo.

Seguimos recorriendo la modernísima nave hasta llegar a la sección de hilados, donde nos sorprende la perfección con que trabaja una bella hiladora, que resulta ser cordobesa y que se llama, según nos dice, Micaela Calleja, y nos responde con gracia y soltura. Dice que le gusta la sección y que lleva en ella dos años y medio sin perder el hilo.

LA ALEGRÍA NO PERJUDICA EL TRABAJO, PERO CUIDADO CON LA «CHISPA»

En la sección de gaseado de hilos hablamos con una operaria



Nave de Mecheras y Continuas en la hilatura de Miraflores

especializada del grupo, que ha sido traída de Cataluña. Se llama Teresa Poch y está en la hilatura cordobesa desde que se fundó hace algo más de dos años. Teresa vino a Córdoba con toda su familia de hiladores especializados. Dice que le gusta Andalucía porque es muy alegre y generosa. Y entonces es cuando nosotros preguntamos:

—Oye, Teresa, ¿no te parece que demasiada alegría puede ser perjudicial en una hilatura?

—Hombre, claro, pero un poco siempre está bien.

—¿Dónde empezaste a trabajar en el ramo textil?

—En las Manufacturas Vultrág de Vallbona, en la comarca de Igualada, donde fui seleccionada para venir aquí a enseñar a las chicas cordobesas.

—Y esas guapas chicas cordobesas ¿aprenden pronto la técnica de la hilatura? ¿Se da algún caso de informalidad?

—Son todas muy inteligentes y vivas, aprenden en seguida el oficio y, si hubiera algún caso que pudiera decirse casi de informalidad leve, estamos seguras de que estaría hecho sin malicia, porque son todas muy buenas chicas y tienen mucha «chispa».

—Pues cuidado con eso de la «chispa», porque estamos en una hilatura de algodón, que es materia inflamable.

En la Hilatura de Miraflores es numerosa la colonia catalana, ya que son de aquella región el director, el mayordomo, dos en cargados, dos ayudantes (casi todos con su respectiva familia) y ocho maestras operarias.

Una cordobesa adiestrada en la nueva industria textil



MAGNIFICO RENDIMIENTO DE LA MANO DE OBRA CORDOBESA

Ahora, en la visita, además del director nos acompaña también el mayordomo, don Luis Roma, que es natural de Vich. Lleva en Córdoba dos años y medio, desde que comenzó esta hilatura. Antes de venir aquí trabajaba en una fábrica de Tapiol, cerca de Molins del Rey, y se trasladó a Córdoba con toda su familia. El mayordomo de la hilatura de Miraflores nos dice que es partidario de que los técnicos textiles catalanes se desparramen por España y vayan donde haga falta, sin quedarse reducidos, con sus concimientos fabriles, al pueblo donde nacieron o a la fábrica donde empezaron a trabajar.

En la sección de máquinas continuas nos acercamos a una maestra obrera que explica algún detalle de fabricación a dos muchachas trabajadoras. A nuestras preguntas nos dice que se llama Teresa Isart y que es natural de Cabrera de Igualada. Es maestra de máquinas continuas de hilas, está casada y vino a Córdoba con su marido y una niña que ahora tiene siete años de edad y que seguramente será tan buena hiladora de máquinas continuas como es su madre, maestra en el oficio.

Todos estos técnicos y otros más con los que no tuvimos ocasión de hablar, así como altos directivos de C. E. P. A. N. S. A., están orgullosos del cometido patriótico que desarrollan en esta fuente de riqueza e industrialización que ha sido creada cerca de los campos algodoneros cordobeses. El director, don José Genís Quintana, nos asegura que la mano de obra cordobesa ofrece toda clase de posibilidades para crear en esta ciudad un gran centro de hilaturas de algodón nacional que envíe a las fábricas de tejidos muchos millares de madejas, y nosotros lo creemos firmemente después de la visita que hemos realizado a esta fábrica, último modelo en el ramo de las hilaturas, al salir de cuyas edificaciones vemos a grupos de obreros de la construcción que allanan el terreno para levantar, según nos cuentan, otras naves de hilatura y grandes almacenes para la gran cantidad de balas de algodón nacional que ahora se amontonan al aire libre.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial.)

MAS DE VEINTE MIL ARTICULOS LLEVA ESCRITOS CESAR GONZALEZ-RUANO

Parece un retoño tardío del romanticismo o el ensayo novísimo del escritor atómico

“Escribiendo en el café me parece que el trabajo es una broma y me engaño a mí mismo”

PERMANENTE como la fune-
raria. César González-Ruano
está por las mañanas, en el Gi-
jón, de once a dos, escribiendo.
Suele colocarse en una mesa del
fondo, donde pone su bloc de
cartas, del cual saca folios de
papel hilo y los llena inacaba-
blemente con su bonita y peque-
ña letra. Cada media hora o a
los tres cuartos, si se cruzó algu-
na visita inoportuna, César sue-
le dar un grito, que el camarero
conoce muy bien, y en seguida
aparece el botones. El botones co-
ge la carta y la lleva a Prensa
del Movimiento, a Correos, a
«Arriba» o a donde sea. César
entonces pide un café, enciende
otro cigarrillo y sigue escribiendo.

A César no debe gustarle que
haya imitadores o que los nove-
les tomen a broma fácil eso de
escribir sobre la mesa de már-
mol, sin más ayuda que la Pren-
sa del día—«ABC» y «Arriba»—
y como única inspiración un ca-
fé con leche en vaso. En reali-
dad hay cosas que no pueden ni
deben imitarse, aunque siempre
haya ingenuos que lo intenten.

César González-Ruano es un
personaje en el periodismo. No
digamos en la literatura, porque
eso siempre es mejor dejarlo pa-
ra después. Parece César misma-
mente un retoño tardío del ro-
manticismo o el ensayo novísimo
del escritor atómico. Por su ac-
titud pertenece al pasado, donde
todo es ensueño y elegancia. Por
su conducta es una especie de
inglés de club última moda, para
el cual el trabajo se puede decir
que es un pasatiempo, casi una
ironía.

El caso es que César González-
Ruano vive, y vive escribiendo.

MAS DE VEINTE MIL ARTICULOS

Me acerco a la mesa de César
González-Ruano. Al verme llegar
se quita las gafas.

—¡Hola, Castillo!

—Mire, César, queremos hacer-
le una entrevista.

No podemos menos de reírnos
los dos. Hacerle una entrevista a
César es algo así como si un
franciscano intentase dar una
tanda de ejercicios espirituales a
una residencia de jesuitas.

—Pues por mí, listos. Cuando
quieran...

Y ya están en la mesa Carlos
Alvarez y Marino Gómez Santos.

César da unas palmadas y acu-
de Pedro. Al rato llega el boto-
nes. César saca su cartera y me-
te un billete de los gordos en
un sobre y le dice: «Pronto, que
te están esperando.» Luego, su-
mamente correcto, como él es, se
levanta y dice:

—Me tienen
que perdonar
unos minutos,
tengo que lla-
mar por teléfo-
no.

Por fin vuel-
ve.

CASTILLO. —
¿Cuántos ar-
tículos llevará
publicados?

CESAR.—Unos
veinte mil.

CARLOS AL-
VAREZ. — ¿De
cuál se puede
decir que está
más contento?

CESAR. —
Creo que a mí y
al respetable
público le hizo
mucha impre-
sión un artículo
publicado en
ABC en 1934 que
se titulaba, poco
más o menos,
«Aquella pobre
viuda que vivía
en Triana».

GOMEZ SANTOS.—¿Qué temas
prefiere para sus artículos?

CESAR.—A mí se me puede decir
que el tema grande me viene
grande. Durante la ocupación ale-
mana de Bélgica y Holanda me
tocó presenciar verdaderas masa-
cres humanas: quince mil, vein-
te mil muertos. Todo esto me de-
jaba insensible. En cambio, me
era relativamente fácil hacer una
buena crónica sobre el reloj de
Amsterdam, que «seguida mar-
chando».

CASTILLO. — ¿Cuánto le saca
al periodismo?

CESAR.—¿Mensualmente?

CASTILLO.—Sí.

CESAR.—Pues unas quince mil
pesetas.

CARLOS ALVAREZ.—¿Qué ar-
tículo suyo le valió el «Mariano
de Cavia»?

CESAR.—Un artículo titulado
«Señora, ¿se le ha perdido a us-
ted un niño?» Y esto fué chocan-
te, porque yo había enviado, por
mi parte, otro artículo, y éste ha-
bía sido enviado por unos ami-
gos.

GOMEZ SANTOS.—Pero ahora

Una vida a
contrapelo, pero
bien sistematizada

AHORA ESCRIBE TEATRO

En su casa todo es reliquia



La tertulia en el café. Uno
de los momentos más gra-
tos en la vida del escritor.

escribe, por lo visto, más artícu-
los que nunca.

CESAR.—De siete años a esta
parte, creo que he llegado a «la
perfección de la máquina». Más
de cinco mil. Solamente en Pa-
rís me despaché más de mil quin-
ientos en mi última estancia.

CARLOS ALVAREZ.—¿Piensa
juntarlos en un tomo?

CESAR.—Primero habría que
reunirlos.

DEL CAFE GIJON A
RIOS ROSAS
PESETAS DE TAXI

Juntarse un poco a César Gon-
zález-Ruano es adquirir un vi-
cios; por ejemplo, servirse de ta-
xis para ir de una esquina a la
otra.

Vamos los cuatro acurrucados
en el taxi, como conejos en ma-
driguera. César nos ofrece ciga-
rillos emboquillados.

GOMEZ SANTOS.—¿Por qué
utiliza siempre un taxi?

CESAR.—Por comodidad y por
manía. Es un dinero que no me
duele de ninguna manera el que



La sala de estar es la casa de César González-Ruano, la sala de vivir. Allí no se puede hablar más que de literatura y de política. Entrar en ella es entrar en el espíritu y en el corazón de César

gasto en taxi. Yo no conozco el «Metro». No cojo tampoco un tranvía desde hace ocho o diez años.

CASTILLO.—¿Y por qué no se compra un coche?

CESAR.—Ya lo tuve en Italia y en Berlín. El primero era un Ford, que parecía el de Charlot.

CARLOS ALVAREZ.—¿Lo manejaba usted mismo?

CESAR.—No; los amigos. El de Berlín lo tuve sólo unos meses. Antes de esto yo utilizaba en Madrid unos taxis de dos personas, en los que la bajada de bandera valía cuarenta céntimos. También utilicé «simones» y los automóviles del Casino de Madrid. Estos últimos tenían el inconveniente de que se pagaban por meses. Se gastaba uno el dinero alegremente y cuando llegaba la factura se veía uno negro para pagarla. Pero, en cambio, tenían una ventaja: eran muy cómodos; se telefoneaba y lo mandaban con su correspondiente chófer.

César es un señorito, un burgués refinado. Si no se compra un automóvil, yo creo que es por la pereza que le dan las gestiones oficiales. Por eso mismo tiene una máquina de escribir alquilada desde hace tres años.

—Coincido — prosigue César — con Salvador Dalí. El hombre que después de los cuarenta viaja en el «Metro» es que es tonto.

CASTILLO.—¿Y por qué no usa pluma estilográfica? (A César le sacan todos los días en el Gijón un tintero y la correspondiente pluma de escuela.)

CARLOS ALVAREZ.—Sí. ¿Y por qué no usa reloj de pulsera?

CESAR.—Es muy sencillo: no me gusta lo mecánico. A las estilográficas que me regalan las humillo mojóndolas en el tintero, como si fuesen corrientes. Los encendedores no me sirven, porque me olvido de ponerles piedra, y los relojes, en la muñeca, francamente, no me gustan.

CASTILLO.—¿Cómo se ha habituado a ir al café Gijón a trabajar?

CESAR.—Eso es muy largo y muy corto de contar. En el fondo soy una especie de vago insoportable. Bajando al café me parece que el trabajo es una broma, y me engaño a mí mismo.

GÓMEZ SANTOS.—¿Y de qué le viene la afición a los brillantes y al oro?

CESAR.—Creo que también, en el fondo, soy un gitano con obsesión del oro, que no sé de dónde me sale. Es un fenómeno de la guerra. He vivido en Alemania y en París cuando el dinero no valía para nada y era necesario invertirlo en objetos que valiesen al otro lado de la frontera. En tonces se creía más en el objeto que en la moneda, y es probable que de ahí pudiera nacer mi afición al oro.

Hay mucho de camelo en cree, demasiado en la bohemia de César González-Ruano. El sabe muy bien siempre lo que quiere y a eso se ordena y dirige con la constancia de un judío. En medio del aparente desorden, César es un metódico atroz. Siempre tiene lista una jerarquía de ideas y personas para no embrollarse. Ha preferido siempre las mujeres que no tienen dinero, el café malo, el tabaco que perjudica, pero siempre sabiendo que todo esto tiene su compensación. Es una ciencia como otra cualquiera. Como lo es cuidarse de los articu-

los que le pagan peor que de aquellos que le pagan espléndidamente. Es la suya una vida a contrapelo, pero bien sistematizada. Sin las preocupaciones económicas y el «asalto de matan» no podría darse su gran tranquilidad y señorío.

EN SU CASA, DONDE TODO ES RELIQUIA, HASTA EL MISMO

En la casa de César todo es reliquia. Se ha superado la comodidad y el buen gusto a base de darle a todo un carácter de recuerdo, de anécdota y de historia. Es, en una palabra, una casa hecha a su imagen y semejanza.

Los gestos de César se han ido superponiendo, y sobre su aparente frivolidad, la impresión que produce todo aquel ambiente es de algo trascendental y muy serio. Alfonso XIII retratado con él, una dedicatoria



Suele colocarse en una mesa del fondo, donde pone su block de cartas, del cual saca folios de papel hilo y los llena inacabablemente con su bonita y pequeña letra...

de don Pio. los libros, las alfombras, las caretas, los refinados butacones, todo es allí biografía palpitante.

En la casa de César no se puede hablar más que de literatura o de política, pero política ya pasada, cuando el político es un perseguido, por ejemplo. Tampoco se puede hablar de economía, si no es para citar un desfalco o una ruina, o, en todo caso, la posibilidad de una herencia fabulosa.

¿Y cómo se sienta César, qué bien, qué melancólico, qué majes-

tuoso, qué romántica! Y piensa, habla y anda, y toma café con una serena majestad de príncipe desterrado o de revolucionario incomprendido. Lo que más conmueve en este hombre es que defiende sus cualidades negativas con la misma elegancia con que calla sus virtudes positivas. Por eso, porque, aunque no lo parezca, es sincero, nunca este hombre se arrepentirá de nada. No tenemos ganas de hablar; le observamos como miráramos la cola desmayada de un cometa brillante.

La sala de estar es aquí, más que en ninguna casa, la sala de vivir. Entrar en ella es entrar en el espíritu y en el corazón de César. Nos contaba él que alguien tomó nota de que el día del en-

tierno de su padre se mostró duro, que por más que hizo y quiso no le asomaron las lágrimas. Sin embargo, un día, revolviendo un cajón, se encontró una cuchilla del padre, y entonces le brotó la gran pena contenida.

GASTILLO.—¿Es cierto que está escribiendo teatro ahora?

CESAR.—Efectivamente. Una comedia titulada *Academia de baile*, que se va a estrenar pronto.

CARLOS ALVAREZ.—¿Qué tal su última novela, *Los oscuros dominios*?

CESAR.—Satisfecho. La están considerando muy novela, porque hay observación, caracteres, detalles, ambiente. La escribí en quince días. Yo creo que, en cierto modo, es un reflejo del momento

actual, y, por lo tanto, algo pesimista. Manejo a los personajes como peleles, pero tienen construcción psicológica. Los nuevos ricos, los snobs, hacen su papel, simpático y antipático, las dos cosas.

GOMEZ SANTOS.—¿Se vende bien?

CESAR.—Muy bien.

Y se ve que es verdad. Porque nada hay que dé a César más optimismo que el dinero, mejor dicho, que la gloria, cuando va acompañada de dinero.

Al salir a la calle comprobamos que César estaba perfectamente simbolizado en la decadencia y la apoteosis del otoño madrileño, que se resiste a hacerse invierno.

Con César González-Ruano en los alegres años veinte

CUANDO AL FUTURO NOVELISTA LE INTERESABA MUY POCO LA NOVELA

CURIOSA HISTORIA DEL LIBRO QUE SE DESTRUYO EN UN INCENDIO

COMO si ayer hubiera sido, me parece contemplar a César González-Ruano en la tarde de nuestro primer encuentro; tengo también en la memoria visual las cuartillas que entonces me dejó leer y que, según creo, no llegaron a publicarse. Era a fines de noviembre de 1918, poco después del armisticio de la primera guerra mundial; entre tantas cosas borradas se suelen recordar con precisión viejos detalles que permiten situar con exactitud fechas y sucesos, como me ocurrió en este caso.

Era un día lluvioso; César llevaba un impermeable con cuello de terciopelo —la gabardina no había aparecido aún en nuestras costumbres indumentarias— y cubría su cabeza, de cobellos muy bien peinados hacia atrás, con un sombrero hongo. Esto del sombrero hongo me impresionó muchísimo y me impulsó a pedir urgentemente a mis padres la adquisición de una prenda análoga, que, con harta pesar, no me fué concedida. Yo acababa de estrenar mis primeros pantalones largos; César, nacido el 22 de febrero de 1903, tenía exactamente catorce meses y medio más que yo.

No fué aquel encuentro, tan vivo en mi memoria, el principio de una amistad. Durante cerca de tres años nos vimos muy poco y siempre por casualidad, en la calle o en el cine, y saludándonos de lejos, porque él solía ir con su novia, una chica muy guapa que se llamaba María Luisa, a la que traté algo en Avila durante un veraneo y a la que precisamente iban dedicadas aquellas cuartillas de César que leí en 1918; se titulaban —quede el dato para eruditos futuros— «Recuerdo» de una noche y unos ojos» y contenían un cuento bastante influido, en parte, por el mundo desgarrado de amores fáciles en las novelas de Emilio Carrère y, en parte también, por el mundo morboso y preciosista de Jean Lorrain, conocido a través de la prosa de Antonio de Hoyos y Vinent, escritor al que leíamos a hurtadillas los adolescentes de nuestra generación.

UN LIBRO EN EL ESCAPARATE

Un día, por la primavera de 1921, vi en el escaparate de la librería de Pueyo un libro, el primero que publicaba, de César González-Ruano; folleto más bien, pues no tenía un centenar de páginas. Su título, «De la locura, del pecado y de

la muerte». Lo compré —valía seis reales— y me apresuré a visitar a su autor para que me escribiese una dedicatoria; era la primera vez que pisaba aquel despachito en la calle de Conde de Xiquena, que tanto había de frecuentar desde entonces.

Porque entonces sí que nació de veras nuestra amistad entrañable hasta hoy, sobre manera asidua, durante muchos años y mantenida siempre en la misma temperatura, aunque distancias y quehaceres impidiesen luego tanta profusión de horas cotidianas vividas juntos.

En el invierno de 1921 a 1922 —mejor sería decir en el curso escolar— empezamos a reunirnos por las mañanas; salíamos de nuestras casas res-

pectivas a las nueve como para ir a las clases de la

Universidad, pero nos encontrábamos a mitad de camino, casi siempre delante del cine Royalty de la calle de Génova —hoy cine Colón—, para dedicarnos intensamente a charlar, a recorrer librerías, con una visita imprescindible a los puestos de ocasión del Prado, que entonces se alineaban delante de la verja del Jardín Botánico, y a meternos en un café para hablar de literatura, escribir un poco y leernos mutuamente las cuartillas. Poco después decidimos estabilizar nuestros planes mañaneros fijando un lugar permanente para las reuniones, a las que se sumaba el tercero e inolvidable amigo: Enrique Jardiel Poncela; así fué como nació, a fines de 1922, la tertulia del café Europeo de la glorieta de Bilbao, sitio ideal para mí, pues quedaba enfrente de mi domicilio; muy próximo también a la casa de Enrique, en la calle de Churruga, pero alejado de la de César y más aún de la del cuarto componente del grupo: Manuel Martínez Gargallo, fiel amigo de González-Ruano antes que yo, crítico tan cordial como acertado de todos nosotros, al que admirábamos mucho, entre otras cosas, por dos fundamentales: su afición entusiasta a la literatura, sin decidirse a escribir, y su portentosa memoria literaria, que le permitía recitar todos los poemas de Antonio Machado y hasta una novela corta de Ramón Pérez de Ayala, me parece que «Luz de domingo».

LA POESIA ULTRAISTA

De los tres escritores en ciernes, sólo Jardiel Poncela era ya profesional del periodismo y había estrenado alguna obra primeriza: un drama policiaco, «El príncipe Rhaidik», que dió a conocer por provincias la compañía de Enrique Rambal. César y yo escribíamos porque escribir era en nosotros una necesidad invencible, pero no disponíamos de muchas oportunidades para publicar, como no fuese en las revistas juveniles. César cultivaba por entonces, sobre todo, la poesía en la tendencia ultraista, que era la fórmula española más avanzada de los «ismos» vigentes. Como ni a él ni a mí nos urgía ganar dinero, por ser hijos de familias de la clase media, que nos per-



Como se sienta César, qué bien, qué melancólico, qué aristocrático, qué romántico! Y piensa, habla y anda, y en un café con una serena majestad de príncipe desterrado o de revolucionario incomprendido

mitían llevar siempre algún duro en el bolsillo, podíamos darnos el lujo de cultivar algo bastante próximo a la literatura en estado de pureza.

Ahorrrando cuanto podía de las dádivas paternales, vendiendo libros de su nascente biblioteca y hasta empeñando algún traje o algún modesto anillo, César editaba por su cuenta una serie de libritos de verso o de prosa poética. Había llegado a una rara sabiduría en precios del papel y de las imprentas y catequizaba a los impresores más económicos para obtener rebaja en sus modestas tarifas. Alguna vez, luego de entregar como anticipo todas las pesetas de que disponía, le fallaron sus cálculos y no pudo reunir el dinero preciso para retirar la edición, por lo cual ésta se quedó en su mayor parte en el taller de encuadernación.

DIEZ DUROS POR UNA NOVELA

En 1922 conocimos a un simpático editor de publicaciones populares, don Manuel de Agustina Tolosa, que tuvo a su cargo la última etapa de la famosa revista, ya muy venida a menos, «La Ilustración Española y Americana», y que acababa de lanzar una nueva colección de narraciones breves con el título de «La Novela de Amor». César escribió para uno de los primeros números una novelita titulada «Estafa de amor», por la que cobraría las 50 pesetas que don Manuel pagaba a los colaboradores jóvenes. Pero en el mismo cuaderno en que iba «Estafa de amor» iba también otro relato, «Una aventura», firmado por Teresita Saavedra, la popularísima tiple del teatro Reina Victoria, la que se hizo adirable vistiendo el frac, que sentaba muy bien a su fina silueta, en la revista «El príncipe Carnaval». Había querido don Manuel dar a su colección la novedad de que colaborasen en ella las actrices más famosas; todas se mostraron conformes en que sus nombres aparecerían unidos a una tarea literaria, pero ninguna se decidía a emprender el trabajo, por lo cual el editor tuvo la luminosa idea de pedirles sólo la firma, a lo que accedieron encantadas. De ahí que «Una aventura», novela corta de Teresita Saavedra, hubiera sido escrita en realidad por César González-Ruano, que recibió otros 10 duros por esta anónima salida.

Era, probablemente, el primer dinero que la literatura le proporcionaba por el conducto de la novela. Y, sin embargo, la novela le atraía muy poco, menos que poco. Fuera de la poesía y de la prosa poética, gustaba de cultivar el ensayo, sobre todo el de intención glosadora y crítica; su primer libro de esta clase es «Azorín, Baroja, nuevas estéticas y otros ensayos» (1923), libro, por cierto, omitido por don E. Varela Hervás en la bibliografía azoriniana que como homenaje al maestro editó la Hemeroteca Municipal de Madrid en 1947.

EL PRIMER ENCARGO SERIO

La primera novela de cierta extensión que publicó César, «La inocuada» (1923), no era, en realidad, una novela sino una exaltación lírica de diálogo amoroso; tenía muy escasa acción y mucho regusto en las descripciones sentimentales, bajo la influencia de Rafael Cansinos Assens, el raro y recamado escritor que prologaba el volumen. Pero sin atraerle la novela y por un impulso poderoso de su facilidad creadora, que era ya muy notable, siguió César publicando novelitas cortas en diversas colecciones, como fuente la más

cómoda y accesible para ganar de cuando en cuando un puñadito de pesetas.

Y he aquí que el primer encargo serio que César recibió de un editor, allá por la primavera de 1925, consistió precisamente en escribir una novela larga y sobre un ambiente determinado: el deportivo. Ninguno de los fundadores del grupo tenía aficiones deportivas; íbamos muchísimo al cine, poco al teatro, algo a los toros y nada a las competiciones futbolísticas, que entonces, por fortuna, aun no habían entrado en su fase de delirio de las multitudes. Cuando César llegó aquella mañana al café Europeo y nos dió cuenta del encargo recibido estaba de un humor de perros.

—¡Mira que encargarme una novela sobre un tema que no me interesa lo más mínimo!

Pero no era cosa de desperdiciar la ocasión. El editor, un médico de Avila que se llamaba —o se llama, pues celebraré que viva— don Santiago Torres y que tenía una imprenta excelente en la ciudad de Santa Teresa, quería la novela, iba a dar dinero por ella, iba a distribuirla bien, y todo eso resultaba importantísimo a nuestra edad. Hubiéramos querido ayudar a César en aquella oportunidad, pero humildemente debimos reconocer nuestra ignorancia de pormenores deportivos.

EL FUTBOL ESTA POR MEDIO

Un cuarto de siglo después, César ha aludido a tal novela, en forma un tanto despectiva —y equivocando la fecha real de 1925 con la de 1927—, en sus «Memorias». Creo que es injusto con ella, porque no estaba tan mal como él hace suponer. La fui conociendo capítulo a capítulo, casi cuartilla a cuartilla, puesto que se escribió a mi lado, en la larga mesa de mármol del café Europeo, junto a la ventana que daba a la glorieta de Bilbao. El título, «Cielo y tierra», tenía un deliberado y oculto sentido, pues si aparentemente parecía cantar la vida al aire libre como simbólica del deporte, en realidad establecía la diferencia entre dos mundos distintos: el de la tierra, representado por los cultivadores del músculo y la habilidad física, y el del cielo, que era el de la literatura, el de la poesía.

César había enfrentado a escritores y a futbolistas por medio de figuras femeninas y de una trama amorosa de pocas complicaciones. Los futbolistas tenían en el relato mucha menos importancia que los escritores; en éstos, en la pintura de tipos, y de ambientes, y de inquietudes, estaba lo mejor de la novela, bastante influida por dos libros de J. K. Huysmans que destacaban entonces entre nuestras devociones máximas: «Allá lejos» y, sobre todo, «Al revés», novelas de clima denso y angustiado, que César procuró adaptar a su estilo nervioso y cuajado de imágenes.

El original, capítulo a capítulo, saltaba de la mesa del café Europeo al taller avilense; más de una vez, por no conservar copia del manuscrito entregado, tuvo César problemas graves que resolver con la conducta de algún personaje o con la continuación de tal cual episodio; de ahí que el defecto de la novela consistiese en cierta falta de unidad. Pero ningún crítico tuvo la ocurrencia de señalarlo, porque a ninguno llegó. César fué a Avila unos días para asistir a la tirada de su obra y regresó a Madrid con cuatro o cinco ejemplares, los primeros que precipitadamente le entregó el encuadernador, todavía fresco el enserudo que pegaba la alegre cubierta, con un dibujo en colores de Manuel Redondo. Muy pocos días después declaróse un incendio en el taller de Avila y en él se destruyó íntegra la edición de «Cielo y tierra». El ejemplar que de aquellos cuatro o cinco primeros me dedicó César desapareció de mi biblioteca, con tantos y tantos otros libros insustituibles, en uno de los saqueos «culturales» del marxismo en 1936; ignoro quién pueda conservar los otros.

Aquel suceso, verdadera catástrofe para cualquier escritor, no impresionó demasiado a César. El disgusto que le produjo la noticia se le pasó muy pronto, sin invitarlo a la revancha. Aparte de unas cuantas narraciones breves en diversas publicaciones semanales, no volvió a abordar la novela hasta diez años después, cuando escribió «Circé», que es su primera obra importante en el género. Un género que entonces de veras descubría en los horizontes de su creación personal. Pues si para otros la novela es impulso primario de adolescencia impetuosa, para él había de resultar expresión equilibrada de madurez, tras de haber vivido mucho.

(Fotos Mamegán.)

POR LA RUTA DE LOS CONQUISTADORES

ARTURO MATEOS,
EL MOTORISTA
SOLITARIO, CUENTA
SU AVENTURA

45.000 kilómetros
a través de
Hispanoamérica



Salvado de las arenas movedizas por una embarcación de gitanos españoles

La balsa iba a pasar frente al lugar donde me encontraba. De pronto, la música y los cantos cesaron: me habían visto, sin duda. Entonces emprendí una lucha por llegar hasta el agua: intentaba desesperadamente arrodillarme sobre la arena para poder incorporarme, pero conseguía sólo que la movediza arena me engulliese con más facilidad. Me di cuenta de que desde la balsa estaban mirándome y que venían hacia mí. Grité, lleno de júbilo, con las últimas fuerzas que me quedaban: me respondían muchas voces y, entre distintas lenguas, oí palabras en castellano.

La balsa embarrancó en la arena, a dos metros de la orilla. Entonces vi, con sorpresa infinita, que «los enviados del cielo» eran nada menos que gitanos. Gitanos vestidos de gitanos. Otra vez me creí estar delirando, por efecto del terror y los esfuerzos.

Algunos saltaron a la arena, mientras yo les gritaba que no lo hicieran. Al ver que se hundían, volvieron a la balsa y echaron una enorme lona que cinco hombres fueron extendiendo, a gatas, mientras se arrastraban hacia mí. La gruesa tela impedía que se hundiesen. Con mucho trabajo aquellos hombres consiguieron sacarme del lugar donde estaba casi enterrado. Luego me llevaron hasta la balsa. Cincuenta manos se tendieron para recogerme, después me dieron agua. Tantas horas de angustia y el terrible sol me habían hecho casi enloquecer. Me parecía vivir en un sueño. Aquellas figuras morenas me hablaban a gritos, preguntando. «Soy español», dije. Entonces unos gitanos me apretaron la cara con júbilo, manifestando que ellos también eran españoles, del mismísimo Madrid.

Era más de lo que esperaba: había pedido a Dios un milagro y en su infinita misericordia me enviaba hasta aquellos compatriotas de la raza calé. Ellos estaban aún más asombrados que yo. Me contaron que en la balsa iban cinco familias: tres polacas, una griega y otra española; en total cincuenta personas.

—No estábamos «de acuerdo» con las autoridades brasileñas y huimos hacia Paraguay. Intentaremos «colarnos» en Argentina...

Yo, en pocas palabras, les expliqué mi odisea, que ellos tradujeron a sus compañeros.

—Mirad —les dije—, aquel bulto que se ve allá, al otro lado de la arena, es mi moto. Si la pierdo se ha terminado mi viaje y he prometido llegar

hasta Río de Janeiro en ella... ¿cómo podría recuperarla?

Eran gente estupenda. Les faltó tiempo para lanzarse a tierra y, con ayuda de lonas, deslizarse hasta la moto. Ataron una cuerda y desde la *chata* tiraron con todas las fuerzas. Se armó entonces una discusión poliglota, en la que no entendí nada. Al fin, uno de los españoles se subió a un barril y dijo en portugués:

—Este hombre es compatriota nuestro; no es gitano, pero nos da lo mismo. Vivirá con nosotros y formará parte de nuestra familia. Y si alguien tiene algún inconveniente que lo diga...

Nadie hizo un gesto ni dijo nada. Así hice mi ingreso en la familia De Silva, nuevo apellido que los españoles habían adoptado en Brasil.

Yo acepté sus leyes y costumbres y por mi condición de invitado ellos me prodigaron toda suerte de atenciones, haciendo alarde de verdadera hospitalidad. Era todo tan extraño y extraordinario en la vida de aquellos nómadas, que he de sintetizar para que quepan en un capítulo los recuerdos de aquellos días. Antes he de recalcar que *ninguna otra embarcación* encontramos en todo el viaje; la misericordia de Dios, su milagrosa intervención estaba bien palpable: El había hecho que los gitanos pasasen en el preciso instante en que aguardaba la muerte.

NOCHEBUENA ENTRE LOS GITANOS

La alegría de sentirme a salvo me hizo recuperarme rápidamente las fuerzas y me sentí con ánimos para celebrar la Nochebuena. La única comida consistió en carne seca y harina de mandioca. Como bebida, ni sidra ni champán: agua del río, refrescada en un viejo botijo —reliquia de tierra castellana—. Lo llenaban en el río, teniendo la precaución de «filtrar» antes el agua con el pañuelo que lucía en la cabeza una de las gitanas.

A poco de proseguir la marcha, cayó la noche completamente. Sentáronse todos en círculo y empezaron a salir guitarras y violines. En la total oscuridad se turnaban canciones polacas, griegas y españolas para conmemorar la Nochebuena. Yo estaba entre ellos y batía palmas como los demás, acompañando a los músicos.

Me sentía feliz, extrañamente feliz. Las dulces y lentas melodías, el suave movimiento de la «chata», la sensación de sentirme a salvo, todo ello me producía un estado sentimental tan grato

como si estuviera gozando la bienaventuranza eterna. Fué esta, sin duda, la noche más impresionante de mi viaje, enmarcado por el paisaje extraño y solemne de la selva virgen. La serenidad de aquellas horas sólo se rompió cuando la embarcación chocaba contra los troncos y arenas que, con demasiada frecuencia, encontrábamos. Una de las cosas más inquietantes era contemplar el agua negra y revuelta que nos rodeaba y que nos hacía imaginar la serie de peligros que escondía.

Mientras tanto, los gitanos brindaban en mi honor. Naturalmente, con agua del famoso botijo, que pasaba de mano en mano, acallando la sed de cincuenta personas. Yo también tuve que cantar y lo hice con toda mi alma, repitiendo tantas canciones que yo había aprendido junto al fuego de los Campamentos... Al fin, la música, las voces, todo se acalló y se durmieron arrullados por el vaivén de la gabarra.

Sólo estábamos despiertos un joven español y yo. Por una de esas extrañas casualidades, su mujer era una gitana, de hermosa cabeza y gracioso andar, a la que yo conocía por haberla visto pasar muchas veces por las calles de Santa Cruz de Tenerife, donde ella trabajaba. Evocábamos la lejana patria; era un hombre bueno y cordial; nos hicimos amigos y creo conocer, desde aquella noche, el alma primitiva y complicada a un tiempo de la raza faraónica.

Al llegar el nuevo día, vuelto a la realidad, hice serenamente un estudio de mi situación. Me había convertido en un gitano más, que durante varios días tendría que convivir con mis nuevos conocidos y aprender mucho de ellos. La verdad es que estaba encantado. La casualidad me había metido de cabeza en un mundo que nunca pensé en frecuentar. Se han escrito muchas páginas sobre la vida de los gitanos, pero, ¿cuántas personas han vivido entre ellos? Se me brindaba una magnífica oportunidad.

En un ángulo de la *chata*, había un rudimentario hornillo y encima una enorme tetera, un magnífico samovar de plata en el que continuamente hervía té. Lo tomaban a todas horas en unas pequeñas tazas también de plata. Me acostumbré yo a beberlo hasta hacerme completamente imprescindible. A medida que transcurría el tiempo me habitué a todo lo que me rodeaba y descubrí muchas cosas interesantes en aquella comunidad.

EL RITO DE LOS COLCHONES

Los gitanos descansaban de una manera curiosa. No tenían sábanas ni mantas y dormían entre cinco colchones grandes, de pluma, con fundas de distintos colores. Según un rito que observaban fielmente, colocaban dos de colchón propiamente, uno de almohada y otros dos dejaban para cubrirse. Es increíble la cama tan cómoda y blanda que se logra. Da la sensación de estar envuelto entre nubes, en cualquier posición que uno se ponga. Me explicaron que el color de los colchones tiene un importante significado y que han de estar colocados siempre en un orden fijado. Si por casualidad alguno se equivoca, está obligado a tirarlos todos inmediatamente, pues podría sobrevenirle gran desgracia. Son muy supersticiosos y a todo lo que es malo lo llaman *sucio*.

Era *sucio*, por ejemplo, que una gitana casada pasase por encima de cualquier objeto. Desde ese momento estaba maldito y había que arrojarlo lejos, aunque fuera una cosa de mucho valor. No cumplir estas leyes equivalía a ser expulsado de la tribu.

Las mujeres eran tratadas con sorprendente respeto, especialmente las casadas, que se distinguían por llevar el pañuelo anudado a la cabeza, pañuelo que no se quitaban ya nunca y que constituía el privilegio de su condición.

Transportaban todo su equipaje en enormes sacos de tela, perfectamente numerados, y, según la ley, si en uno de ellos, por equivocación, juntaban ropa y vajilla, inmediatamente había que tirarlos todo. Así sucedió ante mis ojos, cuando un chico metió su taza de plata en un bulto de ropa. Se apresuraron a arrojarlo al agua para que se distrajesen los cocodrilos.

Pero lo más extraordinario, lo que más llamó mi atención, fué saber el precio de compra y venta de mujeres. Tienen una tasa internacional, que está entre veinticinco pesos chilenos oro y sesenta y cinco libras esterlinas. Pero estos precios son pequeña cosa para aquellos hombres que llevaban los dedos cuajados de anillos de oro, que lucían



Los gitanos de la «Chata», la embarcación en la que nuestro compatriota encontró un hogar flotante

pulseras y aretes en las orejas, que hacían tintinear valiosas monedas y que vestían ropas de la mejor calidad. En realidad, llevaban encima una verdadera fortuna. El gitano gasta todo lo que tiene en adornarse con joyas, aunque le falte lo más elemental para su sustento. Y también les gusta ser rumbosos cuando llega la ocasión. Me enteré de que habían alquilado un avión para que les llevase desde San Paulo hasta Corumbá, viaje que les costó un buen montón de dinero.

CASAMIENTO GITANO

Pasaba el tiempo, pero no me importaba: estaba viviendo como dentro de una película extraordinaria. Un día, mis amigos españoles me contaron la ceremonia de boda entre los de su raza.

Entre las futuras familias nunca se trata nada directamente. Los amigos del novio hablan con los amigos del padre de la novia hasta que se ponen de acuerdo. Una vez logrado, los representantes del novio acuden a casa de los representantes de la novia a pedir precio. Estos llevan una botella de vino y alrededor de ella los solicitantes van amontonando monedas de oro hasta alcanzar el precio que se establezca. Estas monedas son guardadas toda la vida por la novia gitana.

Si el pretendiente es rico, las fiestas de petición duran de tres a seis días y son amenizadas con grandes juergas y fenomenales borracheras, en las que participa toda la tribu, saliendo los gastos del bolsillo del novio. Es de ritual que nunca el padre de la chica dé el sí hasta la tercera vez que vienen a solicitarlo. Pero los novios no se volverán a ver desde este día hasta la fecha del matrimonio.

Los amigos del esposo regalan la *carpta* o tienda de campaña del nuevo matrimonio. Y hasta la tercera noche después de la boda no entrarán en ella los recién casados. A la mañana siguiente todos los amigos acudirán a la puerta de la tienda, la mujer les lavará las manos y ellos, en cambio, dejarán sus regalos, consistentes siempre en monedas.

No existe entre los gitanos el divorcio. Los cónyuges que deciden romper su matrimonio deben



Caimanes «lapas», del río Paraguay, dormidos en el fango de la ribera

abandonar la propia tribu y unirse a otra en que no sea conocida su condición. Si alguna mujer comete adulterio, al marido le está permitido matarla o desterrarla, y en el caso que no hiciera nada de esto, él sufriría un gran castigo impuesto por la tribu.

«EL «REY» QUIERE HABLAR CONTIGO»

El Consejo de la tribu es también el encargado de disponer las penas que se imponen para otros delitos. Una pena menor consiste en negar todos la palabra al reo, y esto lo cumplen tan estrictamente, que, cuando dura años, el condenado tiene que abandonar la tribu desesperado.

—Desde luego, nadie podría suponer tanta disciplina —manifesté yo—, pues la verdad es que en nuestra tierra, donde tantos gitanos se ven, sabemos bien poco de su vida.

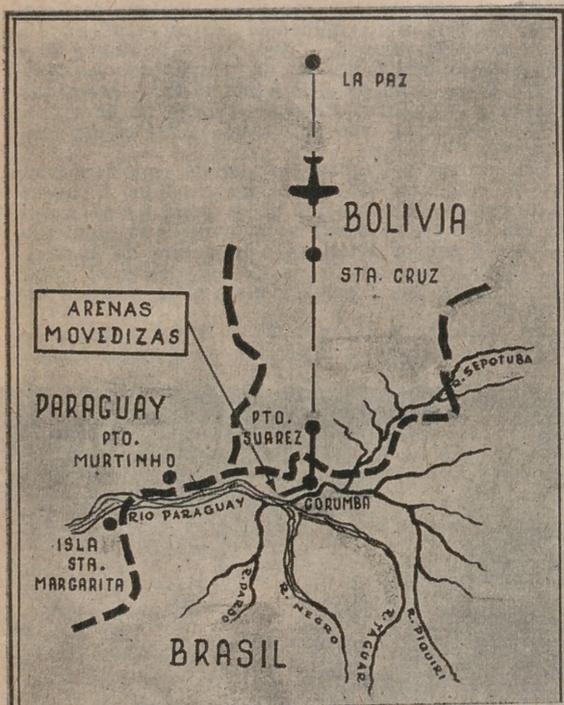
Aquellas revelaciones constituían una prueba más de la confianza que poco a poco me iba ganando. Al principio, aunque siempre me trataron con respeto y cordialidad, tuvieron conmigo bastantes reservas y limitaciones, que eran muy naturales. Yo era un extranjero en su tribu, un hombre de otra raza.

—El rey quiere hablar contigo... Ven.

Así me dijo, en la tarde del tercer día, uno de los gitanos españoles. El «rey» era un tipo extraordinario. Muy anciano, con los cabellos blanquísimos y los ojos brillantes como los del águila. Era polaco y fumaba siempre. Todos le respetaban, y hasta el momento, respecto a mí, había adoptado una actitud indiferente, como si no existiese.

—Después de largas deliberaciones —me dijo en portugués— y considerando la vida que llevas, vagando sólo por el mundo, hemos llegado al acuerdo de que eres apto para ingresar en nuestra comunidad. Te concedo permiso para que, durante un año, convivas con nosotros en periodo de prueba... Al cabo de ese tiempo, si te lo mereces, entrarás definitivamente en la tribu... Por lo pronto, para que veas nuestra buena voluntad hacia ti, puedes elegir esposa entre nuestras muchachas...

Me quedé de piedra. Balbuceé frases de agradecimiento y pedí tiempo para tomar una decisión que fuera buena para todos. Mis amigos españoles estaban radiantes. Aseguraban que yo haría un gitano magnífico.



Esta es la ruta que Arturo Mateas realizó en avión desde La Paz hasta Puerto Suárez, en el corazón de la selva boliviana, y desde esta localidad, a través del «infierno verde», llegó en su moto a Corumbá, donde días después intentara la temeraria aventura de cruzar la selva para quedar preso en las arenas movedizas del río Paraguay

PORTO ESPERANCA Y PORTO MUR-TINHO

Mientras tanto, nuestro viaje continuaba. El mismo día de Navidad habíamos llegado a Porto Esperança, donde pasamos todo el día al amparo de unos árboles, pues el terrible calor nos impedía navegar. A las cuatro de la tarde recuerdo que el termómetro marcaba, a la sombra, cuarenta y siete grados. Teníamos ante nosotros las aguas frescas del río, pero los peces carnívoros frenaban nuestros impulsos de bañarnos. Y esto era un terrible suplicio.

En Porto Esperança los gitanos alquilaron un remolcador que nos permitiera seguir el viaje más rápidamente y con medios más modernos. Era un remolcador que casualmente estaba allí cargado de leña y que se llamaba el «Ypiranga». Dios sabe desde cuándo prestaría servicio; era un vestuto artefacto que andaba a fuerza de leña, echando más humo que una vieja locomotora. De momento no comprendimos la tragedia que suponía todo aquello.

Una vez reanudado el viaje, empezaron los inconvenientes. Cada ocho o diez horas teníamos que amarrar el remolcador a una orilla, lanzarnos a la selva con nuestros machetes y cortar madera, mientras un grupo armado vigilaba para defendernos de las numerosas fieras. Este trabajo nos costaba, por lo menos, dos o tres horas, y los perezosos yacarés tenían a bien cedernos galantemente el sitio, mientras ellos se tiraban al agua. En medio de todo, mientras era de día, nuestro trabajo resultaba bastante llevadero. Pero no podíamos cargar mucho al «Ypiranga» y también en plena noche nos tocaba hacer leña.

Era una tensión de nervios espantosa. Encendíamos hogueras para alejar a las onzas, jaguares o los bichos que anduviesen por allí. Después cortábamos un árbol tras otro, sin saber qué clase de huésped estaría durmiendo entre sus ramas. Había muchas y grandes serpientes y nos acompañaba en nuestro trabajo el chapoteo de los cocodrilos que, inquietos, nadaban alrededor de la balsa.

Así llegamos a Porto Murtinho. Nos dijeron que pronto estaríamos en la isla Margarita, frontera entre Paraguay y Brasil. Seguimos navegando a buena marcha y fué durante esta última etapa cuando presencié una tragedia que me dejó honda huella. Cervantes, cuando escribió su «Gitánilla», no podía suponer que siglos más tarde sería superada en belleza aquella historia de amor.

Yo había trabado amistad con los gitanos polacos. Uno de ellos tenía una hermana muy joven, Marya, que nunca hablaba. Era bellísima y siempre parecía estar triste.

—Se enamoró de uno de Sao Paulo... No era gitano. Hubiera sido una unión sucia que sus padres no podían consentir... Por eso se la han traído a la fuerza en este viaje... Pero ella no olvida al hombre...

LA BELLA MARYA

Estaba yo una tarde apoyado en la borda cuando oí caer algo al agua. Antes de que me diera cuenta de lo que sucedía vi a uno de los gitanos inclinarse con todo el cuerpo fuera y sacar, sujeta por los cabellos, a la bella Marya. Entre todos, con una rapidez aun mayor de como lo cuento, la sacamos del agua y yo estuve en trance de caerme de cabeza. Ninguno habló ni riñó a Marya. Estábamos todos impresionados por aquel intento de suicidio. Ella tenía los ojos muy abiertos y parecía no mirarnos. Sus largas vestiduras y la rapidez de nuestra intervención habían impedido que los pirañás hicieran presa en su carne. Pero comprendimos, por su actitud, que estaba dispuesta a repetir el gesto en cuanto nos descuidásemos. Si no podía casarse con el hombre que amaba, prefería la muerte.

Decidimos vigilarla día y noche. Sin embargo, como a las pocas horas parecía completamente calmada, nos fuimos todos a dormir. Nos despertaron los gritos de su hermano, que la tenía sujeta por el cuello mientras todo el cuerpo estaba ya dentro del agua. La subimos a la «chata» por segunda vez y el «rey», sin esperar más tiempo, decidió reunir el Consejo de las tribus para tomar una determinación, en la que no entraría para nada la opinión de los padres de la muchacha. Ella estaba inmóvil, mientras el viento se-caba sus ropas, con los hermosos ojos fijos en un punto lejano. Parecía como si todo aquello fuera extraño a su persona.

Familia india de una tribu del interior del Brasil navega a través de la selva por el río Negro



Ai fin el consejo decidió. Habló el «rey» en nombre de todos.

—Como esta mujer se empeña en quitarse la vida, rebelde a la ley de nuestra raza, la dejemos libre para volverse a Sao Paulo con sus propios medios, teniendo en cuenta que la dejaremos aquí mismo, en la orilla de esa selva... En caso contrario, ha de casarse con uno de los hombres libres aquí presentes, para que su marido cuide de ella y le impida otro intento de suicidio...

Todos escuchaban en silencio. Marya se había puesto en pie, magnífica y esbelta. La llama de su apasionado amor la hacía aún más hermosa. Y entonces, el «rey» añadió algo que demostró hasta qué punto me apreciaban aquellas gentes.

—Entre todos puedes elegir marido... Incluso puedes escoger al «extranjero», si es que te gusta. Parece bueno y valiente: será un buen marido y así entrará para siempre en nuestra familia.

Marya me miró y he de confesar que el corazón se me paralizó un instante. Había tanta dulzura en sus ojos que, estoy seguro, en otra circunstancia me habría aceptado. Lo gracioso es que, si Marya entonces viene hacia mí, yo me hubiera casado con ella como la cosa más natural del mundo. En aquellos momentos, el único mundo que existía era la balsa de gitanos. Casi me parecía un sueño el resto de la tierra. Había sido tan fuerte mi impresión cuando estuve a punto de morir entre las arenas movedizas, que me sentía como si hubiera nacido entre aquellas gentes de piel morena, soberbias y primitivas.

—Y si eliges al extranjero podrás irte con él a donde quieras...—terminó el «rey».

Por fortuna, Marya dijo que no. Lentamente repuso.

—Prefiero volverme a Sao Paulo.

Preparó rápidamente un fardo con sus ropas, y cuando nos detuvimos al borde de la espesa selva para hacer leña, ella se separó de nosotros, tranquilamente, como si se encontrase en las calles de una ciudad. Se sentó en el suelo, con toda calma, decidida a esperar alguna embarcación que viniese en dirección contraria.

—Pero no se puede quedar aquí, eso significa la muerte... Lo mismo tardará diez días que veinte en pasar un remolcador. No podéis dejarla aquí—repetí, irritado.

Mis amigos españoles me dijeron que mis palabras no valían para nada después de la decisión del Consejo. Yo ya veía las fieras rondando por la noche y el cuerpo de Marya desgarrado por los hambrientos animales.

Nuestra *chata*, impulsada por el ruidoso remolcador, se apartó de la orilla. Marya ni siquiera nos miró. Todos aparentaban indiferencia y estaban silenciosos. Lo que más me maravilló fue la impassibilidad de los padres, que no hicieron ni un gesto. Desde aquel instante Marya estaba borrada de su familia y de su raza. Un recodo del río nos impidió verla más. Yo estaba indignado. Me hubiera vuelto atrás, hubiera luchado contra todos para salvar la vida de la muchacha... pero de nada hubiese servido. La senten-

cia tenía que cumplirse inexorable. Y Marya no tenía para defenderse más que un cuchillo.

No pude apartar mis pensamientos de ella ni quise hablar con nadie. Aquella noche no sonó la guitarra, no hubo canciones y más de una gitana lloraba. El padre de Marya, durante dos días, estuvo inmóvil, mirando hacia las selvas que quedaban a nuestra espalda.

EN LA ISLA MARGARITA, FRONTERA CON PARAGUAY

El día 29 de diciembre, a las cuatro de la tarde, llegamos a la isla Margarita, frontera con Paraguay. Había allí un grupo de casas donde encontraría albergue hasta que llegase un barco que me transportara con la moto hasta un lugar donde todavía existieran carreteras o por lo menos caminos transitables.

Los gitanos me dejaron allí, pues ellos, que no querían nada con las autoridades, iban a seguir un camino que a mí no me convenía. Mientras iba a tierra, donde cuatro soldados semidesnudos revisaban mi documentación, el consejo se reunió para tratar de la despedida que habían de hacerme.

A las ocho de la noche volví a la *chata*. Estaban todos allí, pero habló sólo el rey en nombre de la comunidad.

—Sentimos que te vayas, mas no podemos obligarte a que te quedes con nosotros. Seremos para siempre tus amigos, y como prueba de esta amistad autorizo a que te sean revelados los secretos para conseguir riquezas... Así te abrirás camino en la vida y lograrás tener dinero...

Era aquello la muestra mayor del afecto que me tenían. Dos gitanos me iniciaron, con todo misterio, en los procedimientos que ellos usan para lograr fácilmente dinero. Prometí guardar el secreto y lo cumplo; aunque nunca usaré sus medios, no quiero traicionarles.

Al despedirme me di cuenta de lo que aquellas gentes habían representado para mí. Estaba verdaderamente emocionado. En un bote me acompañaron hasta isla Margarita el gitano español que más amistad había hecho conmigo y el hermano de Marya. Me abrazaron con gran efusión, prometiendo que un día vendrían a Venezuela a visitarme, diciendo que para ellos era un verdadero hermano.

Les vi alejarse con enorme tristeza. Me causaba extraña impresión dejar mi vida de gitano. Yo había sido uno de ellos: me salvaron la vida, compartí su comida, su lecho y su tienda, cosa que jamás permiten a un extranjero. Aprendí muchas cosas entre ellos; algún día las escribiré. Pero la principal fué llegar a apreciar a los gitanos por su sensible espíritu, por su rectitud y por sus nobles sentimientos...

Me quedé solo, rodeado de agua y selva, junto a aquellas cuatro casas donde a nadie conocía. Y mientras la noche avanzaba pensaba en Marya, la enamorada fiel, muerta acaso ya, sin que su enamorado de Sao Paulo llegue a saberlo jamás...

Arturo MATEOS

(Continuará.)

CONFESIONES DE UN HOMBRE

ANTONIO RODRIGUEZ JIMENO, SINDICALISTA ACTIVO,
HA PUBLICADO UN LIBRO COMBATIVO Y ACTUAL

DIPLOMATICO del sindicalismo nacional, sindicalista activo, Rodríguez Jimeno ha representado a España en conferencias internacionales, y ha recorrido Europa con mirada de médico en busca de diagnóstico. No es muy amigo de eufemismos, ni se deja llevar por leyendas más o menos rosadas. La realidad social del mundo le sirve de punto de partida para todos sus comentarios. Ahora Antonio Rodríguez Jimeno ha publicado un libro, terminado de imprimir el 29 de octubre, donde define de manera sobrada su personalidad. El, realmente, no es escritor. Pero posee una experiencia política valiosísima. Aquí reside la virtud principal de las «Confesiones de Juan Homar». Un hombre de nuestro tiempo, unido vitalmente al acontecer social, opina y analiza con agudeza singular. La intención con que la obra está escrita nos la va a aclarar personalmente el autor. Es un hombre de edad media, de aspecto moderno y juvenil; magro, con gafas montadas al aire y con aire norteamericano. Tiene tipo de profesor de Universidad yanqui, de foto de «Life». Está sentado en su despacho particular, bajo un cuadro de Benjamin Palencia verdaderamente envidiable.

LA POLEMICA LATENTE

(Rodríguez Jimeno tiene impaciencia por entrar en materia. En torno a una mesa camilla comienza el interrogatorio. Jalón rcpe el fuego.)

JALÓN.—Hay una polémica latente. Polémica que se puede acotar en dos bandos: uno partidario de soluciones viejas y otro lanzado al porvenir. ¿Su libro puede considerarse incluido en la discusión?

RODRIGUEZ JIMENO.—Sería difícil que no lo estuviera. Los temas que trató—política, sindicalismo, reforma agraria—se prestan al debate. Mis convicciones, bien claras, me sitúan entre los que prefieren una forma nueva de organización política contra las desdichadas experiencias anteriores a 1936. Por eso aunque no he escrito pensando en polemizar, resulta combativo mi libro.

CARANTONA.—Se nota en su obra una intención de progreso doctrinal, de adelantamiento hacia la madurez de ciertas fórmulas sociales...

RODRIGUEZ JIMENO.—Naturalmente. En algunos aspectos parece que vivimos de recuerdos doctrinales. Esto no es cierto. Quizá a quien más le convenga suponerlo es a nuestros enemigos. Pero nuestra doctrina y nuestra organización tienen sufi-



«LA REFORMA AGRARIA DEBE SER LA REFORMA TOTAL DE LA VIDA ESPAÑOLA»

ciente valor, tanto para ahora como para el futuro. Ni en lo teórico ni en lo práctico estamos huérfanos de argumentos.

DE LA ROSA.—¿Ha podido usted comprobar esta opinión en sus viajes al extranjero como representante de los Sindicatos españoles?

RODRIGUEZ JIMENO.—En efecto. En la Federación Internacional de Oleicultura hemos conseguido establecer una organización vertical similar a la de nuestros Sindicatos. Hacia falta y no había otra solución a mano. Ahora la Federación reúne a los estamentos industrial, político, comercial y laboral.

JALÓN.—¿Cuál le parece a usted el origen de la crisis del hombre moderno?

RODRIGUEZ JIMENO.—(Después de una pausa.) Quizá se encuentre en la absorción de la personalidad humana por el Estado. El pensamiento falangista es precisamente una reacción frente a tal problema y la mejor vía para resolverlo.

CARANTONA.—Hay quien quiere resucitar la división secular en izquierdas y derechas. ¿Qué le parece tal intento?

RODRIGUEZ JIMENO.—Las izquierdas y las derechas no se pueden resucitar, porque no han muerto. Hay que superarlas como banderías. Además, en el fondo no son más que artificios. Otra

cosa distinta son los matices y las distintas apreciaciones de los mismos problemas. Pero las viejas izquierdas y las viejas derechas fueron enterradas con la guerra.

EL SINDICALISMO, GARANTIA DE LIBERTAD

DE LA ROSA.—¿Cómo definiría usted el sindicalismo?

RODRIGUEZ JIMENO.—El Sindicato es creador de ocio. Los grandes objetivos sindicales fueron la jornada de ocho horas, la seguridad social, la permanencia en el empleo... Se buscaba y se busca una fórmula que permita al hombre satisfacer sus necesidades, dejándole al mismo tiempo un espacio libre para que lo dedique a lo que le plazca.

JALÓN.—¿Qué influencia pue-



Rodríguez Jimeno y su esposa llegan a La Goulette

DE ESTE SIGLO

de tener el Sindicato en la personalidad de sus afiliados?

RODRIGUEZ JIMENO.—Para ellos es una garantía de libertad. De la libertad más preciada, personal e inabdicable.

JALON. — ¿Cree usted que el Sindicato puede llegar a cubrir algunas de las funciones que tradicionalmente se han considerado hasta ahora funciones del Estado?

RODRIGUEZ JIMENO.—El Estado debe atenerse al cumplimiento de las funciones esenciales del Poder. En cambio, hay realidades sociales que constituyen esferas autónomas. El problema requiere rigor al ser tratado. Pero ni es insoluble ni los Sindicatos pueden llegar a confundirse con el Estado.

LOS PUEBLOS ESTAN HAMBRIENTOS DE POLITICA

CARANTOÑA.—¿Por qué ha titulado su libro «Confesiones de Juan Homar»? ¿No hubiera sido más exacto presentarlo como confesiones personales?

RODRIGUEZ JIMENO. — No creo demasiado en las ideas personales. La mayor parte de ellas flotan en el ambiente y las utilizamos cuando hacen falta. En realidad mi libro es el fruto de muchas conversaciones con algunos amigos míos: aquellos a quienes se lo he dedicado, y pocos más.

DE LA ROSA. — ¿Cree usted que interesan los libros políticos?

RODRIGUEZ JIMENO. — Hay quien cree que los pueblos están hartos de política. Yo creo, por el contrario, que están hambrientos de ella. Hay muchas vocaciones políticas que deben ser salvadas, y hay muchos hombres que deben ser atraídos a estos menesteres.

JALON.—Usted es escritor primerizo. ¿Ha leído usted su obra después de publicada?

RODRIGUEZ JIMENO.—(Algo sorprendido.) Sí...

JALON.—¿Le añadiría o le quitaría algo?

RODRIGUEZ JIMENO.—Un libro viene a ser como un espejo. Cuando ya está escrito se ve uno en él, incluso con sus arrugas. A mí me gustaría quitarte las arrugas.

CARANTOÑA.—¿Piensa seguir publicando en el futuro?

RODRIGUEZ JIMENO.—Ahora no he hecho más que tocar unos



“Mis convicciones, bien claras, se sitúan entre los que prefieren una forma nueva de organización política contra las desdichadas experiencias anteriores a 1936”

cuantos problemas que me interesan. Me gustaría que los demás se encargaran de escribir sobre ellos. Sólo he intentado despertar el interés de los entendidos.

DIAGNOSTICO DE EUROPA

DE LA ROSA.—¿Cree usted en la unidad de Europa?

RODRIGUEZ JIMENO. — Sólo se podría conseguir por dos caminos: O por medio de una Asamblea o por medio de la hegemonía de una nación. La hegemonía es imposible; la Asamblea es impracticable. Fíjese en los celos que Francia tiene de Alemania... Europa ha sido.

CARANTOÑA. — ¿Qué impresión le han causado sus viajes por Europa?

RODRIGUEZ JIMENO.—El panorama es desolador. No conozco Inglaterra. Pero Alemania trabaja sin esperanza. Francia duda de sí misma... Sólo he visto un gran espíritu de resurgimiento, con optimismo vital, en Holanda. Impresiona la entereza con que los holandeses han sabido sobreponerse a la pérdida de sus colonias.

JALON. — En particular. ¿Ve con pesimismo la situación francesa?

RODRIGUEZ JIMENO.—Mentiría si le dijera que no. El «chauvinismo» intelectual ha llegado a la mayor virulencia. Los mismos hombres de empresa están desorientados. Ahora temen que Alemania domine el «pool» del carbón. Se pasan la vida cambiando de temores.

CARANTOÑA. — ¿Ve también con pesimismo a la Alemania occidental?

RODRIGUEZ JIMENO.—Para que Alemania pueda volver a unirse tiene que ocurrir casi una... conferencia Para que recupere sus territorios orientales en poder de Rusia. Dios sabe lo que deberá suceder... A esta falta de esperanza me refería antes. Pero

los alemanes han sabido sobreponerse. Hasta han sido capaces de hacer arquitectura, atrayente y moderna sobre unos cimientos de desolación y ruinas.

LA REFORMA AGRARIA

DE LA ROSA.—¿En la reforma agraria es usted partidario del latifundio o del minifundio?

RODRIGUEZ JIMENO. — Ambos sistemas son razonables y tienen su área de aplicación específica. Lo que no hay que olvidar al tratar de la reforma agraria es que el campo español no da para todos los que hoy viven de él. Cuando se racionalice el trabajo agrícola sobrarán brazos. Por eso es necesaria la industrialización. La reforma agraria debe ser la reforma total de la vida española.

JALON.—¿No cree necesaria la revisión del concepto de propiedad?

RODRIGUEZ JIMENO. — El suelo no es instrumento de dominio, sino instrumento de trabajo. Tampoco debe ser la tierra instrumento de renta... Pero si yo les explico esto ahora nadie va a leer mi libro. De este y otros problemas trato con detenimiento.

CARANTOÑA. — ¿Cuál es su ocupación cuando le queda tiempo libre?

RODRIGUEZ JIMENO.—Perderlo, simplemente. Tomo el sol cuando puedo. Soy un cazador teórico. Me gusta el cine. Pero mire usted: soy casado y tengo siete hijos. ¿Le parece pequeña la ocupación?

(Don Antonio sonríe. La entrevista termina. Nos vuelve a mostrar con orgullo su Benjamín Palencia. «Es la mejor versión de la «cesta de moras»—nos dice, satisfecho. Y aunque él es el dueño, tiene razón.)

(Fotos AUMENTE)



Rodríguez Jimeno habla en una reunión internacional

LA NARANJA ES REDONDA Y PESA COMO EL ORO

EN Almuñécar estuve un buen rato. Tiene gracia este balcón puesto sobre el Mediterráneo. Como me viera un guardia municipal muy embozado en la playa, se acercó y me dijo:

—¿Usted es forastero?

—Sí—le contesté.

—Ya lo sabía yo. ¿Y le gusta esto?

—Es bonito, sobre todo ahora; no sé en verano cómo será.

—¿En verano? En verano esto está quitándole todo el terreno al Norte. A Santander ya lo hemos desplazado. El próximo verano le vamos a dar la batalla a San Sebastián. La aristocracia española se está inclinando por Almuñécar.

En Almuñécar también hay naranjos. Pero no son aún naranjos en gremio, sino más bien naranjos sueltos, aislados, que anuncian ya el naranjal compacto.

También me llamó mucho la atención Motril, cuya vega es un «edén», como me dijo el chófer de la Alsina. Pero más que un «edén» lo que tiene que ser aquello es un Banco con un superávit de beneficios. La caña de azúcar apunta hacia lo alto. Lo malo es que toda esta inmensa sabana de huerta exija tan poca mano de obra. La caña crece ella sola y sólo requiere que la corten. Así el dinero se estanca y no corre.

La carretera va encaramándose sobre las rocas como una cabra de circo y a veces casi llega a preocuparnos. El mar queda en el fondo dispuesto a echar la lona si al coche le patinaran las ruedas. Pero, de repente, la carretera se olvida un poco de triscar y se mete impertérrita en la llanura calcinada. Me dicen que esto era mucho más desértico hace unos años y que ahora—el ejemplo podría ser Adra—esto está cambiando totalmente de decoración. Indiscutiblemente van brotando lagunillas de verdura a derecha e izquierda, pero la tierra todavía está virgen. Virgen

EN LAS MARGENES DEL ALMANZORA Y ANDARAX SE CULTIVAN LOS NARANJALES MAS RICOS DE ALMERIA

LA PRODUCCION ALMERIENSE SE PREPARA A DAR LA BATALLA EN EL MERCADO EXTRANJERO

o cansada de dar fruto. Cada canalillo de agua que le entra pone a la tierra casi en estado de seducción.

ALMERIA ANTIGUA Y MODERNA

Almería no es sólo un puerto ni una fortaleza, sino que es una ciudad luminosa en la que, ciertamente, el salacot sobra. El día en que yo llegué había entrado un barco magnífico que iba cargado con pasajeros a la India. No he visto en mi vida juntas gentes más raras. Monjas irlandesas, estudiantes escoceses, chinos, japoneses, señoras holandesas. Era divertido el aspecto de la ciudad.

En pleno noviembre, a las tantas de la noche, turistas y nativos permanecían sentados en las terrazas, tomando cerveza. Almería progresa. La calle principal tiene empaque de capitán rumbo a. La mezcla sabía de Oriente y Occidente que tiene Almería la hace muy sugestiva. Creo que ya

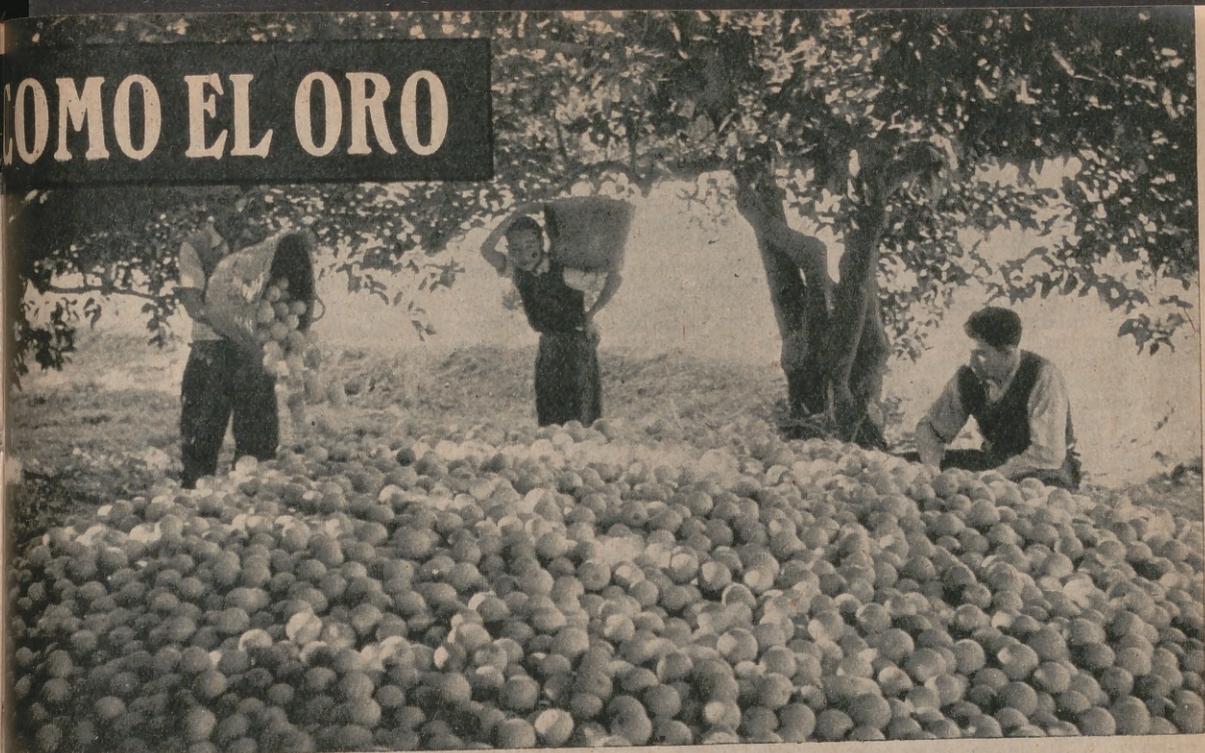
tiene cerca de los cien mil habitantes. Por encima de las construcciones y del cemento asoma su rígida coraza la Alcazaba.

La palmera es un árbol que hace familiares estos bruscos cambios entre los castillos medievales y los letreros de neón.

La vida está en Almería más barata, también que en otras capitales.

MIL OCHOCIENTAS HECTAREAS DE NARANJALES, CUATROCIENTAS MIL CAJAS Y UNOS TREINTA Y CINCO MILLONES DE KILOS DE PRODUCCION SUMAN UNOS NOVENTA MILLO- NES DE PESETAS

Nosotros vinimos buscando la naranja. Y a eso vamos. Los naranjales más ricos de Almería son los que ocupan las márgenes de los ríos Almanzora y Andarax. Son tierras que se han ido conquistando poco a poco al río, vergeles frondosos que han nacido



de un robo calculado a las tierras que sustentaban parrales legendarios. Hoy son como jardines en pleno desierto.

Yo creo que Almería tiene muy cerca de los 50.000 naranjos niños, es decir, naranjos que aún no producen. Las plantaciones de parras han desaparecido en parte para dejar lugar a los naranjales. Las condiciones climatológicas de esta provincia, situada frente a las costas de Africa, beneficiándose con sus vientos cálidos y sus tierras de aluvión, están dando origen a que la mancha de los naranjos vaya corriendo sobre la calva arcillosa y el desmonte calcáreo.

Hablar de desierto, al hablar de Almería, es y no es justo. Es justo cuando se quiere decir que esta tierra es seca, adusta y difícil, casi como hueso de calavera. No lo es cuando se comprueba que tan pronto se encuentra un trozo de tierra que admite cultivo, allí

está el oasis, el almendro, el olivo, la palmera, la parra y el naranjal. Es admirable cómo un paisaje que de por sí está llamado a ser considerado como bronco tiene recovecos donde el huerto florece y hasta se cuaja de flores silvestres.

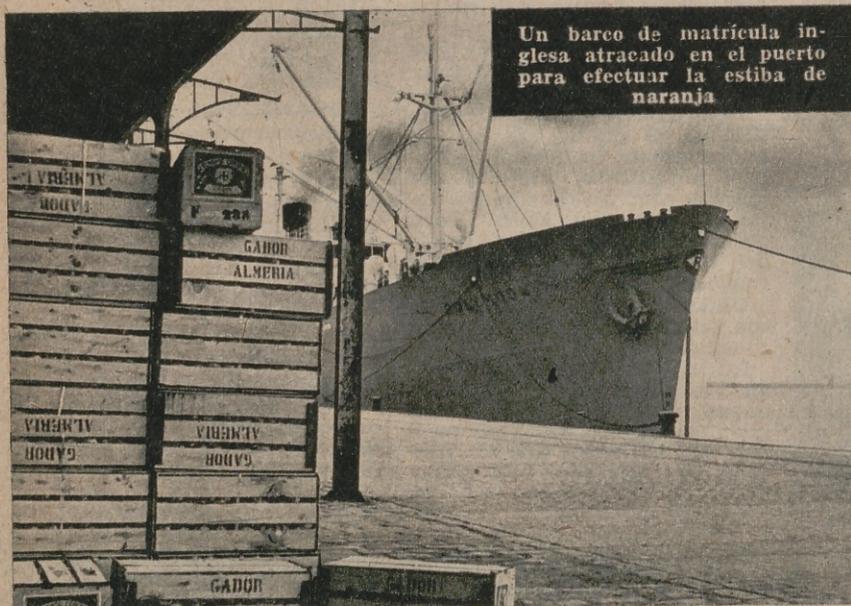
Ríoja, Gádor, Santa Fe, Benahadux, Antas, Real de Vera, son pueblos que, aunque tengan cierto asomo de paisaje egipciaco, en sus huertos se nota un reflejo especial seguramente producido por el modo de volcarse la luz del Mediterráneo.

Más de cinco mil tahullas pasaron rápidamente del parral al naranjo. Almería se dio cuenta de que su árbol, sus naranjos, eran una especie de gallinas con huevos de oro. En el reparto de tierras que hicieron los Reyes Católicos en Almería, el naranjo cuenta poco, pero ya cuenta, aunque se puede decir que figuraban en los huertos sólo como ador-

no. Actualmente, en plena producción, debe haber cerca de los 600.000 árboles, y sin alcanzar la plena producción, unos 300.000.

Tan importante es la cosa que los almerienses se han planteado el problema de poner al día sus transportes. Almería quiere llevar a Europa su naranja en camiones y está tratando de plantar un aeródromo que le permita llevar sus frutos en pocas horas a los países nórdicos.

En 1949, por ejemplo, las cajas que salieron de Almería no llegaban a las 9.000. En 1950 subieron a 134.000 cajas. En la temporada del 1951 se llegó a las 200.000. La cifra del presente año ronda muy de cerca las 300.000. Los almerienses se han propuesto que las 400.000 cajas sean la cifra regular y lo conseguirán. Competidores de los almerienses son Palestina, Italia y Africa del Sur. La batalla con estos países, y aun con las demás provincias españolas, piensan ga-



Un barco de matrícula inglesa atracado en el puerto para efectuar la estiba de naranja



Las cajas que contienen naranjas almerienses son cargadas en los barcos con destino a Inglaterra y Finlandia



En los almacenes del puerto aguardan montones de cajas para su embarque

narla a base de adelantarse a toda exportación, cosa que pueden hacer, puesto que su naranja es la más temprana de todas.

UNA NARANJA MUY PARTICULAR

La naranja de Almería—que se suele llamar más comunmente «castellana»—, tiene como ventaja excepcional que madura antes que las demás de nuestra Península. La maduración se efectúa de dentro hacia fuera, esto es, aún sin colorear. Con la corteza verde todavía ya está su pulpa apta para el consumo. Yo he cogido de los árboles naranjas cuya piel hacía un poco rechinar los dientes, las he partido con una navaja y he sorbido el zumo. Estaban perfectas, con esa proporción de azúcar y acidez que es el «desiderátum». Pero, además, la naranja de Almería tiene una gran «resistencia», lo cual favorece muchísimo su exportación.

Al entrar en Almería ya pude ver en el puerto una gran fila de camiones descargando cajas. Precisamente cuando en Sevilla, Málaga, Murcia y Valencia están en la etapa inicial—la recolección se viene a hacer en la primera quincena de noviembre—los almerienses ya la tenían lista y empaquetada y hasta en Inglaterra.

También vi cómo salían camiones por la carretera hacia Murcia y Valencia. La F. E. S. A.

se surte de la naranja almeriense para cubrir el primer envío fuerte que les reclaman los mercados extranjeros.

Una vez vista y tocada la naranja almeriense, ya no se la confunde. Es de pulpa fina y suave y de zumo abundante. (También la naranja almeriense se impone y cotiza en el mercado nacional, sobre todo en las provincias del Norte.) Es esa naranja de la que dicen las amas de casa: «Se hace agua en la boca». (La cantidad de grados es superior a la exigida por el S. O. I. V. R. E.)

Y SEÑORA DEL MUNDO TAMBIEN

La naranja de Almería, con sus etiquetas—o sin ellas—, se pasea por el mundo como Pedro por su casa. La ruta de los países de Extremo Oriente recién explorada ha entrado ya en la órbita de su competencia, lo cual dice que puede ser que Almería se quede con sectores de venta todavía no explotados por otras zonas de producción más cuantiosas. Finlandia, por ejemplo, es plaza que reclama precisamente con preferencia la naranja de Almería.

Quería yo tener una lista de las exportaciones del año. Fui al Sindicato de Productos Hortícolas y en la Sección de Agríos encontré lo que buscaba. Rápidamente copié el siguiente cuadro:

ALMERIA

EXPORTACION DE «AGRIOS»

Destino	Kilos	Pesetas
Inglaterra	5.438.190	20.177.911,00
Alemania	4.065.960	11.913.262,80
Suecia	530.160	2.092.574,66
Bélgica	374.610	1.186.192,76
Dinamarca	219.000	877.095,00
Islandia	390.000	1.311.206,00
Suiza	153.090	341.659,00
Holanda	150.000	475.332,73
Irlanda	45.000	167.388,00
Francia	153.180	328.754,91
Hong-Kong	67.170	182.624,65
Singapore	546.900	1.486.581,42
Penang	34.500	97.741,57
Mercado nacional	17.532.640	28.052.224,00

Valor en divisas

	L.	272.836,30-00
	D. M.	1.626.384,00
	Cr. s.	352.226,00
Total pesetas	Fr. b.	1.926.082,46
Total kilos	Cr. d.	197.100,00
Kilos exportados	Cirs.	58.750,00
	Fr. f.	4.595.400,00

HACIA LOS HUERTOS

Salí por la carretera de Murcia acompañado de don Emilio Viciñana, de la Cámara Sindical, médico y naranjero. Quería ver sobre el terreno que baña—éste es un decir—el río Almería, los huertos de Pechina, Benahadux, Ríoja, Gádor, Santa Fe, etc.

Nos detuvimos en el almacén de Simón Cano, que está en la misma carretera. Estaban cargando varios camiones. Allí pude comprobar directamente cómo la naranja se madura dentro de las cámaras a base de un infernillo de gas corriente. Hay que colo-

car también en la cámara, donde está la naranja apilada en cajas, un cubo de agua, que creo tiene por objeto evitar las explosiones.

A las cuarenta y ocho horas de cámara, la naranja almeriense toma ese color dorado que tan bien describen los poetas y que tan mal pintan los pintores de bodegones.

—¿Cuántas naranjas caben en la «caja americana»?

—Kilos, de 30 a 35. Y naranjas, desde 96 hasta 300, depende del tamaño.

Salimos a la carretera. La

franja de la huerta, de unos 20 kilómetros, está resguardada de los vientos por unos cerros pelados, más bien tétricos. En toda la vega la naranja ha sido recogida, operación que exige su técnica. Consiste, entre otras cosas, en arrancarla dejando intacto el botón vegetal que sujeta el fruto a la rama.

Nos detenemos en La Ríoja, que llaman el Aranjuez de Almería. Sobre la alfombra de la huerta, que diría Villaespesa, asoman algunos campanarios. Los naranjos están pegados a la falda de la sierra Alamilla.

—Amigo, esto parece muy rico.

—Y lo es. Pero unos pocos pueblos no pueden mantener una provincia.

—¿Resulta muy cara el agua?

—A unas 200 pesetas la hora.

El agua tiene aquí una distribución rigurosa de turno y tiempo. Cada labrador hace sus pozos y juega a repartir y elevar su propia agua. Pero esto cuando se hace con éxito resulta más caro aún.

Entramos a la finca de don Manuel, llamada «Cañadas de Vela». Pregunto varias veces cuánto valdría esta finca. Pero don Manuel se hace el loco y no contesta. He observado en muchos sitios que los propietarios no quieren líos con la Hacienda. Entonces se acercó un medio pastor a don Manuel y le dijo:

—La yegua ha malparido esta noche, don Manuel.

—¡Vaya, hombre!

Aún fuimos a otra finca, llamada «Los Angeles», donde la naranja salía en cajas bien recubiertas de celofán de colores. A mí aquellas naranjas me recordaron los huevos de Pascua.

UN RECUERDO A LAS DILIGENCIAS DE FINAL SIGLO

Si Almería necesita algo con urgencia son buenos hoteles. El coche de la Alsina que va a Murcia sale a las siete de la mañana. Diluviaba. La gente estaba contentísima. Los campos estaban esperando el agua con los brazos abiertos (valga la metáfora). Allí nadie hablaba de embalses. Menos mal.

A las dos horas de coche un vecino me dijo:

—Usted parece culto...

—¿Por qué?

—Porque va leyendo desde que salimos, y se pierde lo mejor. Ahora, por ejemplo, estamos cruzando la «Venta del Chocolate», que se llama así porque a últimos de siglo, cuando había diligencias todavía, de Murcia a Almería había dos Empresas que se hacían la competencia. Una de ellas decidió no cobrar el billete, y la otra, por no ser menos, no solamente regalaba el billete, sino que, al cambiar los caballos en esta venta, obsequiaba a los viajeros con chocolate y churros. Por eso se llama «La Venta del Chocolate».

Yo creo que el culto era él.

José Luis CASTILLO PUCHE

(Enviado especial.)



Pearl S. Buck

LA NIÑA QUE JAMAS CRECIO

Por Pearl S. BUCK

Traducción de A. Berger-Kiss

(Continuación)

VINE a mi patria como una extraña. Esto era desventajoso, porque no tenía amigos que me guiaran, ni nadie que supiera lo que necesitaba, ni cómo ayudarme. Además, tenía su ventaja. Sabía lo que quería hallar y había aprendido durante mi vida entre los chinos a escudriñar las cosas esenciales, es decir, por la cualidad humana. Había determinado no juzgar sólo por el dinero. Si el hogar apropiado costase mucho, ya encontraría alguna manera de pagar por él. Estaba joven, fuerte y tenía una buena educación. Con estos tres dones podía de algún modo suministrar a la niña lo necesario.

Aprendí mucho al año siguiente. Me condujo verdaderamente hacia muchas direcciones. Tenía una larga lista de escuelas e institutos, y pregunté por otros mientras viajaba. Sería inútil relatar cada detalle de aquella intensa búsqueda, pero para aquellos que deben hacer una búsqueda similar, quizá sea útil saber ciertas cosas.

Primero que todo, aprendí a no juzgar un instituto por sus terrenos y por su equipo. Algunas de las escuelas más distinguidas y más lujosamente equipadas eran las peores, en lo que concernía a los niños. Recuerdo un lugar así. Pasé todo el día con la directora. Me mostró cada detalle de los terrenos y edificios espléndidamente diseñados. Había un médico y un psicólogo internos. Los que atendían a los niños eran limpios y agradables. Tenían allí un excelente edificio para escuela y una buena exhibición de trabajos manuales hecha por los niños. Había un departamento de música. Se hacía todo esfuerzo, me aseguré ella, por desarrollar a los niños hasta el máximo de sus aptitudes. Ella misma era competente, despejada, no era adusta. Traté de pensar en mi niña a su lado y no alcancé a imaginarme que pudiese existir fervor alguno entre ellas; pero claro está que la directora no tendría que ver mucho individualmente con ningún niño. Tan bien impresionada quedé al transcurrir el día, que ya había comenzado a pensar acerca de la fabulosa cuenta anual que habría de pagar y la manera cómo había de recoger el dinero. Llegó el anochecer y me senté en el amplio pórtico con la directora aun, en espera del ómnibus que habría de transportarme. Entonces sucedió algo que anuló el efecto de todo el día.

Un carro se detuvo y un grupo de jovencitas, entre diez y veinte años de edad, todas ellas alumnas de la escuela, subieron los peldaños y cruzaron el pórtico. Saludaron a la directora muy respetuosamente, y ella retornó su saludo. Vi que las miraba severamente.

De repente las llamó:

—¡Deténganse, niñas!

Ellas se detuvieron, medio asustadas.

La directora habló con su manera clara y perentoria:

—¿Cuántas veces les he dicho que levanten la cabeza? ¡Regresen a los peldaños y caminen de nuevo por el pórtico!

Obedecieron al instante, mientras ella las vigilaba.

Cuando llegaron a la casa, la directora se volvió hacia mí con un tono de explicación condescendiente:

—Es parte de mi trabajo enseñar a las niñas cómo se entra a un cuarto debidamente y cómo alejarse. La gente imbécil siempre camina con la



Meter un botón por su ojal es uno de los ejercicios que practican para su educación los niños anormales en un colegio de California

cabeza gacha... Es una de sus características. Tengo que quebrantarles esa mala costumbre.

—¿Por qué?—pregunté.

Encogió sus hombros.

—Todas estas muchachas vienen de buenas familias, gente de sociedad—explicó—. Los padres no quieren avergonzarse cuando las llevan por ahí—se rió desdenosamente—. ¡Y bien, aun tengo que enseñarles a sostener los naipes en la mano para que den la apariencia de estar jugando!

—¿Por qué lo hace?—pregunté.

—Tengo que ganarme la vida—dijo con gran honestidad.

En ésas nos separamos, pero me di cuenta de que jamás mandaría a mi hija a su hermoso instituto. Deseaba encontrar un hombre o una mujer que pensara primero en los niños. Desde luego que todos debemos vivir, pero es sorprendente cuán fá-



La música es uno de los auxiliares pedagógicos más importantes en la educación de los pequeños anormales

cil es hallar pan cuando uno no lo pone en primer lugar.

Esa experiencia me enseñó a buscar de allí en adelante a la persona adecuada para director de instituto. Sabía que los empleados no serían mejores que el director, y, por lo tanto, el director debía ser el mejor. Cesé de mirar los equipos y edificios. Por supuesto que debía de haber suficiente espacio para jugar, y amplia luz y aire fresco. Rehusé el extremo Norte del país, porque el verano allí era muy corto. Mi hija estaba acostumbrada a un clima semitropical y a mucho juego al aire libre. Además de suficiente espacio y un mínimo de pulcritud y de cuidado, comencé a indagar por gente adecuada, gente que fuera comprensiva y humana.

Podría agregar aquí que como no era residente de mi propio país no le pertenecía a ningún Estado y, por lo tanto, los institutos del Estado no me abrían sus puertas fácilmente. Además, tenían largas listas de espera, y a pesar de que los visité, la mayoría se encontraba atestada y los niños vivían en una estricta rutina. ¡Ah, cómo sufrí mi corazón al ver esos grandes salones llenos de niños sentados lerdamente sobre bancas, esperando, esperando!

—¿Qué están esperando?—le pregunté un día a mi guía.

—No están esperando nada—me respondió sorprendido—. No hacen más que sentarse. Eso es todo lo que quieren hacer.

—¿Cómo saben ustedes que ellos no quieren hacer algo distinto?—pregunté.

Evadió la pregunta:

—Los hacemos levantar dos veces al día y los hacemos caminar alrededor del edificio.

Pero yo sé que los niños estaban verdaderamente esperando. Estaban esperando que les sucediese algo agradable. Quizá no se daban cuenta de que esperaban, pero así era. Ahora sé que no hay mente tan lerdá que no sienta placer y dolor. Estos eran también seres humanos; percibí que eso era lo más importante que se debía comprender, y muchos de los asistentes no lo comprendían. Los niños que jamás crecen son seres humanos y sufren como tales profundamente, pero sin expresión. La criatura humana vale siempre más que un animal.

Esc es lo que jamás debemos olvidar. Siempre es mejor que una bestia. A pesar de que la mente se ha ido, a pesar de que no habla ni puede comunicarse con nadie, la esencia humana está presente, y le pertenece a la familia humana.

Vi esto espléndidamente ejemplarizado en un instituto del Estado. Cuando visité el lugar por primera vez era una morada horrenda. Los niños, algunos jóvenes en cuerpo, algunos viejos, no tenían al parecer mente alguna. Se calculaba que el promedio de la edad mental era menor de un año. Se les reunía como a perros. Vestían prendas que parecían talegas de cálic áspero o tela basta de cáñamo. Se les daba su comida en el suelo y ellos la recogían. No se hacía esfuerzo alguno para enseñarles a no ensuciarse. El suelo era de cemento y se regaba con mangueras dos o tres veces al día. Las camas eran jergones sobre el suelo, y sucias. Hubo explicaciones, claro está. Se me dijo que a estos niños no se les podía enseñar nada, que ellos meramente existían hasta morir. Lo que me pareció peor que todo fué que no hubiera por ninguna parte una sola cosa bella, nada que llamara la atención de los niños, ninguna razón que los hiciera levantar la cabeza o para que pidiesen con la mano.

Algunos años después regresé. Oí que un nuevo hombre estaba a cargo, un hombre joven que era diferente. Hallé que él era diferente, y porque lo era, había hecho que todo el instituto fuese diferente. Estaba tan atestado como siempre, pero totalmente cambiado. Era como un hogar. Había cortinas de colores en las ventanas y brillantes lindos sobre el suelo. Los niños habían sido separados en los varios cuartos, los nenes estaban con los nenes, y los niños de más edad con los de su propia clase. Había sillas y bancas y los niños se sentaban sobre ellas. Había flores en las ventanas y juguetes en el suelo. Los niños estaban arreglados y aun lucían bonitos vestidos, y todos estaban limpios. El antiguo olor nauseabundo había des-

aparecido. Había un comedor, platos, cucharas y vasitos.

—¿Son los niños ahora de un grado más alto?—le pregunté al joven.

—No—dijo sonriendo—; muchos de ellos son los mismos niños de antes.

—Pero me dijeron que no se les podía enseñar.

—A todos se les puede enseñar algo—replicó—. Cuando no pueden manejarse por sí mismos, alguien les ayuda.

Entonces me mostró las cosas que habían hecho, verdaderas canasticas y esteras, simples y llenas de defectos; pero para mí, maravillosas. Y los niños que las habían creado estaban tan orgullosos de lo que habían hecho.

—¿Ha subido la edad mental de estos niños?—pregunté.

—El promedio, un poco—replicó—, pero no es sólo la edad mental lo que cuenta entre ellos o con cualquiera, ya que hablamos de eso.

—¿Cómo lo logró usted?—pregunté.

—Los trato como a seres humanos—dijo simplemente.

Cuando terminé mi búsqueda, fué en otro lugar donde hallé una persona así. Sin siquiera mirar los edificios ni los terrenos, supe, cuando entré a la oficina y estreché la mano del callado, canoso señor que me saludó con una voz gentil, que había encontrado lo que anhelaba. Había algo en la manera como escuchaba. Era simpático, pero sin esforzarse. No estaba ansioso por convencerme. Dijo modestamente que no sabía si yo quedaría satisfecha con su escuela, pero que podíamos mirar los alrededores. De manera que miramos los alrededores, y lo que vi fué que la cara de cada niño revivía al vernos entrar a los pabellones, y se alzaba un clamor de voces para saludarlo y llamarlo por su nombre. Tío Ed, lo llamaban. Vi que sacrificaba tiempo para jugar con ellos y los dejaba que se le abrazaran a las rodillas y le esculcáran los bolsillos en busca de pedacitos de chocolatinas, muy pequeños, menos de lo que dañaría el apetito de un niño. Conocía cada chicuelo y sus ojos observadores notaban todo por todas partes. Saludó a los asistentes con cortesía, y cuando hacía una sugerencia—que Juanito, por ejemplo, debía tener una silla más pequeña para sentarse y, por lo tanto, las patas de la silla que más le gustara debían ser cortadas para que sirviera—el asistente convenía con él inmediatamente.

Los edificios eran agradables y adecuados, pero no se podían comparar en belleza a muchos que había visto. Lo que sentí fué la influencia del medio ambiente. Era comprensivo y libre y amistoso. Vi niños jugando en los patios detrás de los pabellones, haciendo figuras de arena y comportándose como si estuviesen en su propio hogar. Vi cierto lema repetido una y otra vez en las paredes, en papeles oficiales, colgando de la pared junto a la mesa del director. Decía: «La felicidad, primero, y todo lo demás vendrá después.»

El director sonrió al ver que mis ojos descansaban sobre aquellas palabras.

—Eso no es tan sólo sentimentalismo—dijo—. Es el fruto de la experiencia. Hemos encontrado que, no podemos enseñarle nada a un niño a menos que su mente y su corazón estén libres de angustia. El único niño que puede aprender es el niño que es feliz.

Sabía lo suficiente acerca de Pedagogía para darme cuenta de que este era un principio acertado en cualquier sistema de educación. Fué consolador y alentador hallarlo allí en la base sobre la cual estaba construido todo lo demás. Me dije que no indagaría más.

En un día de septiembre traje a mi niña al lugar que había encontrado. Caminamos por allí para acostumbrarla a los nuevos patios de recreo y fui con ella al rincón donde se encontraba su cama. Conocí la mujer que iba a ser su asistente, como también a la superintendente de niñas. La niña se asió a mis manos y yo a las de ella. No sé lo que ocurrió dentro de su pequeña mente, pero creo que había allí un presentimiento. Nunca nos habíamos separado, y el tiempo se acercaba cuando debía ocurrir una separación casi tan decisiva como la muerte. Regresaría para verla a menudo, y ella podría visitarme de vez en cuando; pero, sin embargo, la separación era inevitable. Se nos tendrían que separar. Aun a pesar de que estaba convencida de que

lo mejor para su seguridad sería encontrarle un refugio permanente, el hecho de que necesitaba un refugio para toda la vida, era la crueldad primordial.

En la tarde de aquel día, que al transcurrir fue tan terrible, el director me invitó a la sala de reuniones. Los niños estaban congregados para escuchar un poco de música. Con su manera bondadosa me pidió que me sentase sobre la plataforma con él y que le hablase a los niños por unos pocos minutos acerca de los niños de la China. Algunos de ellos, dijo, la comprenderán.

Hay momentos que cristalizan en un instante el significado de los años. Un momento así me vino cuando me paré en la plataforma de ese salón y vi delante de mí centenares de caras infantiles que me miraban. ¡Qué angustia se levantaba tenebrosamente en su pasado, cuántas lágrimas, qué espantoso desengaño y desesperación! Estaban allí de por vida, prisioneros de su destino. Y entre ellos, al igual que uno de ellos, mi hija debería quedarse de ahora en adelante.

El bondadoso hombre a cuyo lado estaba parada debió discernir algo de lo que sentí, ya que cuando vió que las palabras no me salían, contó un cuentecito e hizo reír a los niños, y entonces pude continuar de nuevo. Creo que nunca traté de interesar una audiencia tan ardentemente como en aquella media hora de charla con aquellos niños. No pude expresar lo que sentía mi corazón. No pude decirles que yo comprendía sus vidas mejor de lo que comprendía cualquier cosa, porque yo había vivido con una vida así. Tuve que decirles pequeñas cosas infantiles que ellos pudiesen comprender, y mi recompensa fue su risa fresca.

Cuando terminé, el director me llevó a un lado sola y me habló gentil y sobriamente. Nunca he olvidado sus palabras:

—Usted debe recordar—dijo—que estos son niños felices. Están seguros aquí. Nunca conocerán el sufrimiento o la necesidad. Nunca conocerán la lucha o la derrota, ni serán afiigidos por la tristeza. No se les hace ninguna demanda que no puedan llenar. Obtienen las alegrías que son capaces de apreciar. Su hija escapará a todo sufrimiento. ¿Por qué no recuerda eso y deje que le sirva de consuelo? Recuerde que hay una tristeza peor que cualquiera: ver sufrir a una persona amada sin poder ayudarla. Usted jamás tendrá esa tristeza.

Muchas veces desde aquel entonces, cuando al pensar en mi hija las aguas parecían cerrarse sobre mi cabeza, recordé aquellas cariñosas y sabias palabras. Mientras mi hija esté feliz, ¿por qué no he de ser lo suficientemente fuerte para cargar con lo que es una obligación?

La dejé allí y, cumpliendo la petición de la escuela, no la visité por un mes. Era la opinión del director que se necesitaría todo un mes para que las nuevas raíces se arraigaran, y ver a los padres hubiera retardado el proceso necesario. Me dirían, me prometió, si algo iba mal. De manera que partí contra mi voluntad, dejándola atrás por primera vez en nuestra vida.

No necesito hablar de aquel mes. Todo padre como yo sabrá de las dudas que me sobrecogieron. Dejar una criatura que no sabe escribir una carta, que no sabe siquiera comunicar con palabras lo que siente y lo que necesita, me pareció a veces el colmo de la crueldad. Estos pensamientos llegaron durante la noche, y sólo la esperanza de un futuro con la niña crecida en años y yo muerta, impidieron que saliese precipitadamente hacia la estación de tren más cercana. ¡Ah, qué vamos a hacer; hay muchos que conocen esas horas de la noche!

Sería agradable poder decir que cuando regresé a la escuela al fin del mes encontré a la niña feliz y bien. Por el contrario. Su angustiada carita, su lastimosa alegría al verme, revivió de nuevo todas mis dudas y estuve lista para empacar sus cosas y traerla al hogar.

La matrona, de edad ya madura, se mantuvo firme mirándonos.

—Ha sido bastante necia—dijo seriamente—. No quiso hacer lo que hacen los otros niños y ha llorado mucho. Tuvimos que contender con ella.

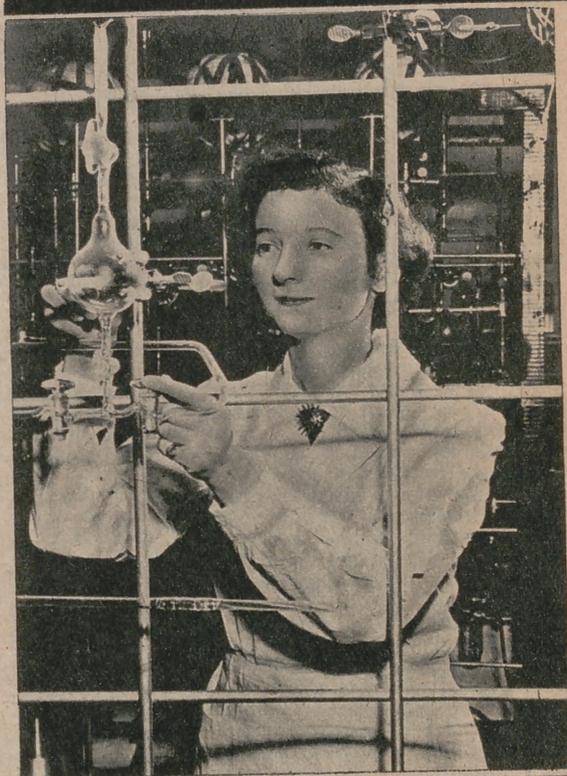
—¿Contender con ella?—pregunté.

—Sí. Cuando salió corriendo de la casa la tuvimos que restringir.

—Está acostumbrada a la libertad—murmuré—y claro está que corrió para salir en busca mía.



Las nuevas escuelas destacan por su sistema de iluminación y sus alegres colores. He aquí una típica aula donde se practican los modernos estudios de corrección de niños anormales.



En los colegios americanos para retrasados mentales se estudian todos los pormenores de los pequeños para desarrollar a los niños en sus máximas aptitudes. Esta profesora que aparece en la fotografía está encargada del Departamento de Psicología.

—No puede correr afuera sola—dijo la matrona—y debe aprender a obedecer. Cuando aprenda, será feliz como los otros.

La protesta se hizo espesa en mi garganta, pero me la tragué.

—La sacaré a una caminata—dije.

Tan pronto como salimos y nos encontramos a solas, se alegró de nuevo como un ruiseñor, pero se aferró a mi mano como para jamás soltarla. Salí en busca del director. Estaba allí en su oficina y me dió la bienvenida y le habló a la niña. Pareció conocerlo y no le temía, y esto quería decir que él mismo la había ido a visitar.

Empecé inmediatamente:

—Creo que no la puedo dejar aquí—le dije—. La matrona dice que la tuvieron que restringir o lo que sea. Pero seguramente comprenden que una niña así no puede ser feliz de repente sin el hogar que siempre ha tenido. Nunca ha estado entre extraños. No puede comprender por qué su vida está completa y repentinamente cambiada. ¿Hay que forzar a los niños hacia una rutina? ¿Tienen que caminar en filas para ir al comedor, por ejemplo?

Esto y mucho más dije. Permitted que lo dijera todo mientras sus ojos se posaron en nosotros bondadosos.

—No es posible que su hija viva aquí de la misma manera como ha vivido en su casa—dijo cuando terminé—. Aquí, ella es una entre muchas. Es cierto que recibirá atención individual, y se le enseñará y observará, pero no se puede manejar como si ella fuese la única niña. Esto significa alguna pérdida de libertad para ella. Usted debe comparar esta pérdida con la ganancia. Ella está aquí a salvo. Tiene compañía. Cuando aprenda a manejarse como las otras en las pequeñas rutinas que son necesarias en toda familia grande, llegará hasta gozar de sentirse unida al grupo. Ella tiene que aprender, señora. Pero confíese en que se le enseñará únicamente aquellas cosas que puede aprender y no se le forzará nada que esté fuera de su alcance. Trate de pensar en lo que será ella dentro de un año, dentro de cinco años. Trate de considerar justamente si este lugar es el que debe ser su hogar. No pierda una utilidad más grande por un pequeño disgusto presente.

Yo dije:

—Es muy difícil, porque ella no comprende por qué es todo esto necesario, aunque sea por su bien.

—Ninguno de nosotros comprende por qué—dijo con la misma voz suave—. Usted tampoco comprende por qué tuvo que tener una hija como ésta. Usted no puede ver que haya algo de bueno en ello.

Verdaderamente no podía.

—Usted no puede proteger a su hija contra todas las cosas—prosiguió—. Ella es una criatura humana y también debe cargar con su partecita común a toda vida humana.

Mucho más dije, y yo escuché sentada y la niña estaba contenta a mi lado. Cuando hubo terminado supe que él había hecho lo que se propuso: me había ayudado a encontrar fortaleza para pensar en lo que más le convenía a la niña.

Estuve con ella apenas durante un día, pues me dijeron que sería mejor si no me estuviese demasiado la primera vez. Luego me fui. Jamás olvidaré mientras viva que tuve que apartar los bracitos que se abrazaban a mi cuello y que no me atreví a mirar hacia atrás. Sabía que la matrona la estaba contentiendo con firmeza y sabía que no debía verla, no fuera que perdiese el coraje.

Los años han transcurrido desde aquel día. Vine a vivir a los Estados Unidos, no lejos de ella, y la visito a menudo. Ahora ya está acostumbada a mis idas y venidas, y, sin embargo, hay aún ahora un breve momento de apego cuando la dejo. «Quiero ir a casa», murmura una y otra vez. También viene a la casa algunas veces y se llena de regocijo por unos pocos días. Pero aquí está el consuelo que tengo hoy día. Después de pasar en casa una o más semanas, comienza a hechar de menos su otro hogar. Pregunta por «las muchachas», pide algún juguete o instrumento musical o disco fonográfico que ha dejado atrás. Por fin, casi deseándolo, regresa, después de asegurarse de que pronto la visitaré. La larga lucha se terminó. La adaptación ha sido completada. Cuando las horas de desvelo se acercan en la noche, me consuelo pensando que si muero antes del despertar, como dice la antigua oración infantil, su vida seguirá lo mismo que antes. Gran parte del dinero que he podido ganar ha sido gastado para otorgarle esta seguridad. Tengo un sentimiento de orgullo, pues ella no dependerá de nadie mientras viva, sea que esté yo viva o no. He hecho todo lo que podía hacerme.

Me doy cuenta de que muchos padres no son tan afortunados como yo he sido en poder darle seguridad a un hijo. Algunos de ellos se me han acercado con niños como la mía y me han preguntado lo que deben hacer. Me han dicho que disponen de poco dinero o que tienen otros niños y que lo que hay, debe ser dividido. El niño indefenso no puede tenerlo todo, a pesar de que se partan los corazones de los padres. Claro está que tienen razón. Hablando fríamente, si es posible hacerlo, los niños normales

son quizá de mayor utilidad para la sociedad que los niños indefensos.

Y, sin embargo, me pregunto si eso es así. Mi niña indefensa me ha enseñado tanto. Me ha enseñado paciencia, sobre todo lo demás. Vengo de una familia que se impacienta ante la estupidez y la lentitud, y absorbí la intolerancia de la familia hacia mentes menos capaces que las nuestras. Y luego se me puso a mi único cuidado esta mente lastimosa, combatiendo contra no sé qué dificultades. ¿Podría despreciarla por lo que no era falta suya? Esa hubiera sido realmente la injusticia más cruel. Mientras traté de hallar sus mínimas habilidades, estuve obligada conjuntamente por el amor y la justicia a aprender la tierna y cuidadosa paciencia. No siempre fué fácil. Para mi vergüenza, la impaciencia natural explotó una y otra vez y pareció inútil tratar de enseñarle. Pero la justicia razonó conmigo así: «Esta mente también tiene derecho a un completo desarrollo. Puede ser muy escaso, pero el derecho es el mismo que el vuestro, o el de cualquiera otro. Si le rehusa el derecho de saber, en cuanto a lo que pueda saber, hará el mal.»

Mi hija también me enseñó que la mente no es el todo de la criatura humana. Aunque ella no pueda hablarme claramente, hay otros medios mediante los cuales se comunica. Tiene ella una extraordinaria integridad de carácter. Puede percibir la decepción y no la tolera. Es ella una niña de gran pureza. No tolera hábitos que sean sucios y su sentido de dignidad es completo. Nadie se puede tomar libertades con su persona. Tampoco tolera la crueldad. Si alguna niña de su propio pabellón grita, se apresura a ver por qué, y si es porque otra niña le está pegando o si un asistente es demasiado rudo, se pone a llamar en voz alta y se va en busca de la matrona. A veces se le ha visto empujando con la mano a la transgresora. No aguanta la injusticia. Un asistente, riendo, me dijo un día:

—La tenemos que tratar con justicia o si no, nos da que hacer.

Lo que estoy tratando de decir es que hay toda una personalidad que no depende del todo de la inteligencia, y los niños mentalmente defectuosos, a menudo compensan por la carencia de otras buenas cualidades.

Este es un hecho muy importante que ha sido reconocido. Los psicólogos que trabajan con los niños mentalmente retardados en la Escuela de Entrenamiento en Vineland (Nueva Jersey) han descubierto que aunque el cociente de inteligencia sea verdaderamente bajo, un niño puede, en realidad, funcionar a un nivel mucho más alto debido a su percepción social, su sentido de cómo se debe manejar, su dignidad, su bondad, su deseo de hacerse querer. Basados en esta observación, diseñaron la Escala Vineland de Madurez Social, para complementar la Escala Binet, que fué traída de Francia y adaptada para uso en los Estados Unidos. Lo que es cierto en los niños retardados también es cierto en los normales. Una gran inteligencia puede ser una maldición para la sociedad, como lo ha sido frecuentemente, a menos que esté acompañada por cualidades del carácter que proveen madurez social, y el niño menos brillante que posee estas cualidades, es un ciudadano mejor y a menudo logra hacer más individualmente que los de alta inteligencia sin esas cualidades.

Actualmente esta Escala Vineland de Madurez Social es profusamente utilizada por las fuerzas armadas, en escuelas y universidades, en exámenes de aptitudes, dondequiera que individuos normales sean valorados. Debemos agradecer a los niños indefensos por habernos enseñado que la sola inteligencia no es suficiente.

Nos han enseñado mucho más. Nos han enseñado cómo aprende la gente. Las mentes de los niños retardados son mentes racionales, normales excepto que, estando arrestadas, los procesos se han movido lentamente. Aprenden de la misma manera que las mentes normales, pero se les tiene que repetir muchas más veces. Los psicólogos, al observar el proceso más lento, han podido descubrir, exactamente como en una película a velocidad reducida, la manera cómo las criaturas humanas adquieren nuevos conocimientos y nuevas costumbres. Nuestras técnicas pedagógicas para niños normales han sido vastamente mejoradas por lo que nos han enseñado los niños retardados.

(Concluirá)

ALEMANIA BUSCA Y RECUPERA SUS MUERTOS



EL GOBIERNO HA DEDICADO UN DIA, DECLARADO FIESTA NACIONAL, AL RECUERDO DE LOS CAIDOS EN LA ULTIMA GUERRA

LOS PERIODICOS Y LAS PERSONAS RELATAN HISTORIAS CONMOVEDORAS

LA sorpresa ha dejado de existir para los que en los últimos años han visitado con frecuencia Alemania. De tanto registrar hechos extraordinarios acaba uno por acostumbrarse a ellos, y desde que atraviesa la frontera no tiene otra preocupación que la de comprobar qué cosas nuevas han surgido o qué han sido restaurado.

Uno, personalmente, tiene siempre presente, como algo inolvidable, la primera vez que se enfrentó con la Alemania de la posguerra. En medio de una desolación, a la que las abundantes nevadas daban un aspecto de país casi abandonado, las ruinas dominaban por todas partes y le resultaba a uno difícil imaginarse que de todo aquello pudiera salirse adelante. Sin embargo, el milagro se realizó y lo que parecía imposible en los años inmediatamente posteriores a la terminación de las hostilidades se convirtió en habitual y corriente.

LA FILARMONICA DE BERLIN Y LA OPERA DE HAMBURGO, RECONSTRUIDAS

Ahora lo extraño es no señalar, cuando se permanece fuera de Alemania dos o tres meses, algún cambio extraordinario. En realidad, como ya hemos dicho antes, le cuesta ahora ya a uno trabajo comprender cómo no ha sido reconstruido del todo aquel edificio que en su última visita se inició la construcción.

Alemania vive dentro de un clima de vitalidad que le resulta a uno difícil imaginarse que hace escasamente unos años sufrió la mayor derrota que conoce la Historia. Por eso, cuando por las noches las luces y los anuncios luminosos borran las trágicas cicatrices de la guerra y las ciudades adquieren ese aspecto fantástico que les da el neón,

Normalidad absoluta entre circunstancias extraordinariamente anormales -- Los comunistas hacen "evoluciones de mentiras" en Berlín

uno se cree en medio de uno de los pueblos más prósperos de Europa, como lo proclaman los mil escaparates, repletos de todo cuanto puede imaginarse y preparados con ese gusto tan extraordinario que tienen los comercios alemanes y que, dicho sea de paso, suele ser silenciado con una injusticia que no llegamos a comprender el porqué, más cuando ni el propio París, con toda su fama, aventaja en este asunto a una ciudad alemana de segunda categoría.

Pero la recuperación de Alemania no es sólo material, como un observador demasiado superficial podría creer si se limita a contemplar ese maravilloso ritmo de reconstrucción que sorprende a cualquiera. Junto con los nuevos edificios, Alemania se restablece de todas sus heridas, y en algunos casos su salud es mejor todavía que antes de la guerra. Los alemanes, que, junto con esa inagotable capacidad de trabajo, han demostrado poseer también una capacidad no inferior de ilusión, destacan esta restauración del país dando una solemnidad y alegría enorme a cualquier acto que proclame el restablecimiento de alguna de las cosas que la guerra sacrificó.

Dos hechos, precisamente, han ocurrido en estos días que me han servido para comprobar esta ilusión que los alemanes ponen cuando ven que la guerra no ha sido capaz de hacer desaparecer para siempre alguna de las cosas que amaban. La recons-

trucción de la Opera de Hamburgo y de la Sinfónica de Berlín han tenido lugar mientras me encontraba en estas ciudades, y en ambas ocasiones la población de estas dos villas tan castigadas por la guerra ha sabido dar el realce que le corresponde a estos dos actos, que pueden simbolizar, entre muchos, la indomable voluntad del pueblo alemán por sobrevivir.

LOS CAIDOS VUELVEN A CONMEMORARSE

Pero hay todavía otra cosa que me ha llamado más aun la atención. No se trata ya de que Alemania recupere sus edificios y su actividad cultural artística, sino de la fuerza que va adquiriendo para poder sentirse libre totalmente, y ello consiste en lo que podría llamar algo así como la *recuperación de los muertos*.

En los años inmediatamente posteriores a la guerra existía en Alemania un hecho que chocaba extraordinariamente a cualquiera. Se trataba del silencio que el pueblo alemán observaba hacia los caídos de la última contienda. Por encima de todas las ideologías y de todos los juicios que se pudieran tener sobre el origen y desarrollo de la gran conflagración universal existe un sentimiento humano, que solamente el odio que caracterizó a la pasada guerra pudo silenciar y hasta censurar. En realidad parecía que nadie había muerto en Alemania durante aquellos espan-



Cementerios alemanes en la antigua Servia y en Italia

costumbre no interrumpida, aunque quizá algo acallada por las circunstancias. Los protestantes, que en esta cuestión de los difuntos, como en algunas otras, están ya muy de vuelta de sus antiguos radicalismos y siguen las orientaciones que en otro tiempo criticaron, dedican también este mes en recuerdo de los que fallecieron. Esta medida no es algo surgido precisamente en estos momentos, ya que cuando terminaron las guerras de liberación contra los ejércitos napoleónicos, las confesiones protestantes de Alemania decidieron dedicar el último domingo del mes de noviembre en recuerdo de los caídos en aquellas luchas. Posteriormente aquel recuerdo se extendió para todos los difuntos, adquiriendo esta fecha un carácter semejante al que los católicos damos al día 2 de noviembre. Hoy el protestantismo alemán, que tiende a encauzar y jerarquizar sus ritos y ceremonias, da a la citada fecha un carácter de extraordinaria importancia, que este año, además, al igual que los católicos en su fecha tradicional, se ha dedicado especialmente a los tan olvidados soldados.

Es curioso observar, y sirva esto como inciso, esta tendencia del protestantismo a superar sus fases de anarquía total. La propia pujanza del catolicismo alemán, y, en general, de todo el mundo, ha servido como acicate a los protestantes para reformar sus filas, bastante desorganizadas. Quizá el mayor símbolo de este intento de recuperación ha sido el Congreso Nacional que se celebró en Hamburgo durante el pasado mes de agosto, y en cuyas reuniones se abordó directamente el problema de dar mayor cohesión a las confesiones protestantes, dando una importancia superior a la liturgia y hasta buscando algo así como una dogmatización de creencias y opiniones.

Esta vuelta del protestantismo de muchos de sus anteriores excesos quizá lo refleje de una manera manifiesta precisamente la publicación de un libro de un protestante suizo, Max Thurian, *La confesión*, ampliamente comentado en todo el mundo y, naturalmente, en los medios protestantes alemanes, en el que aboga por el restablecimiento de la confesión en las iglesias protestantes con su categoría plena de sacramento y aduciendo en favor de esta instauración textos de Calvino y Lutero, que, según el citado autor, no dejan la más mínima duda sobre la opinión decididamente favorable a la confesión de estos dos portavoces del protestantismo alemán y suizo.

UN SERVICIO PARA LOCALIZAR LOS CADÁVERES DE SOLDADOS

Volviendo otra vez, después de esta digresión, a la conmemoración que Alemania ha dedicado este año a sus caídos de la última guerra, señalaremos también el ansia que todas las familias alemanas experimentan hoy por encontrar los restos de los suyos que quedaron en alguna tierra

tosos años. Ni una piedra, ni un monumento, ni una lápida recordaba aquel conjunto de ciudadanos que en cumplimiento de un deber sagrado y ajenos a cualquier partidismo político cayeron defendiendo a su patria.

Sólo en las iglesias católicas sencillos monumentos formados con cruces, flores y cascos, recordaban en un rincón oscuro a algunos de aquellos muchachos que cayeron en los campos de batalla que se extendieron desde Noruega hasta Africa del Norte. No se podía hablar de ellos, porque la guerra había sido mala y todo cuanto en ello estaba complicado era maldito. El silencio era tanto más llamativo cuanto que las ciudades alemanas se encontraban llenas de monumentos y recuerdos de los caídos de la primera guerra mundial, levantados, como es natural, por el cariño y el amor que cualquier ciudadano siente siempre por sus compatriotas caídos.

Hoy en ese terreno, como en tantos otros, las cosas han cambiado radicalmente. Por lo que a mí se refiere, pude apreciar el primer síntoma de esta nueva situación cuando coincidí el pasado verano en Hamburgo con el aniversario de la gran oleada de bombardeos que destruyó varios cientos de miles de edificios y

una cifra no muy inferior a ésta de habitantes. Aquella fecha fué conmemorada en toda la ciudad con banderas a media asta y con misas católicas y servicios protestantes por el alma de los fallecidos. Alemania se sentía ya con fuerza para recordar a sus víctimas, aunque éstas las hubiera ocasionado su actual aliado.

En esta nueva estancia en Alemania he podido ya registrar síntomas todavía más inequívocos de que Alemania no olvida el sacrificio de lo mejor de su juventud. Oficialmente, el propio Gobierno ha dedicado un día, declarado fiesta nacional, en recuerdo de los que murieron. El propio Adenauer ha presidido la ceremonia oficial de recordación. Durante el mes de noviembre, el mes de los muertos, Alemania ha estado constantemente recordando a sus caídos.

NUEVAS TENDENCIAS DEL PROTESTANTISMO

Católicos y protestantes han rivalizado en este espíritu de no olvidar a los soldados caídos. Para los primeros, que celebran aquí, como en todo el mundo, el Día de los Difuntos en aquel mes, no había más que seguir una

extraña. Un servicio especial, abarrotado de solicitudes, se encarga especialmente de facilitar información sobre este particular, y poco a poco todos los alemanes logran conocer por lo menos el lugar donde reposan los restos de alguno de sus deudos o familiares que desapareció durante la contienda. A este respecto, los periódicos y las personas relatan historias auténticamente conmovedoras, como es la del caso de una pobre mujer de Dusseldorf, que, tras de conocer el paradero del cadáver de su hijo, se pasó varios años ahorrando para luego trasladarse a Italia, el punto donde estaba, con el fin de colocar unas flores en la tumba del hijo muerto.

Junto con esta preocupación familiar existe también la colectiva, y en cierto modo estatal, por la conservación de los cementerios de soldados alemanes caídos en tierra extranjera. Actualmente existe una asociación nacional encargada de todas estas cuestiones, y durante este año ha organizado auténticas peregrinaciones a Andilly, que encierra 11.000 caídos; a Lommel (Bélgica), descanso de 40.000 soldados, y a mil sitios más donde reposan auténticas legiones de soldados alemanes. Salvo raras excepciones, estos cementerios de guerra se encuentran en perfecto estado de conservación, y desde este momento lo estarán todavía mejor, ya que dependen en cierto modo de la tutela de la asociación de que hemos hablado. Existen, sin embargo, casos en que no ocurre así, y precisamente en estos días la Prensa ha publicado fotografías e informaciones de algunos cementerios, como el de Trieste, en el que no se ha guardado la mínima consideración que requieren los muertos, llegándose al extremo de emplear las cruces como leña y de realizar auténticas profanaciones.

EL PASADO, PREOCUPACION PRIMORDIAL

En realidad, los muertos ejercen ahora en Alemania un papel más importante del que pudiera suponerse. No son sólo estos soldados caídos en el campo de batalla, sino también otros muchos muertos naturalmente. Gran número de figuras históricas, algunas de ellas desaparecidas recientemente, como es el caso del propio Hitler, son sometidas a nuevas investigaciones y a detenidos estudios con el fin de aclarar e interpretar el pasado de Alemania en los últimos cien años. Bismark, Hindenburg, Hitler, Guillermo II y otros muchos personajes artífices de los destinos germánicos, son protagonistas de una serie de libros debidos a la pluma de historiadores, ensayistas y periodistas. Este deseo de comprender el desarrollo histórico de Alemania en la última centuria y este hurgar en cierto modo en el pasado se refleja también en el enorme número de Memorias y libros en que antiguos generales, políticos retirados y economistas tratan de explicar su actuación durante el Nacional-socialismo y hasta en épocas an-

teriores, aduciendo para ello pruebas más o menos convincentes.

UNA REVOLUCION POPULAR DEMASIADO CLASICA EN LA PUERTA DE BRANDEMBURGO

También en la zona oriental, a pesar de su materialismo dialéctico oficial, se mira hacia el pasado, aunque éste en algunos casos sea mucho más reciente. Thaelmann sigue todavía estando de actualidad, y casi me atrevería a decir que lo he visto estos días en Berlín. Hace escasamente una semana, durante unos minutos me hice la ilusión de que iba a ser testigo en Berlín de unos acontecimientos importantes. La Puerta de Brandeburgo tenía arriada la bandera rusa, la Policía alemana filsoviética acordonaba los alrededores y varios camiones con banderas rojas vociferaban y gritaban lanzando propaganda desde los mismos.

El espejismo duró muy poco. La tranquilidad de la guardia rusa en el monumento al Ejército rojo, que impasible a todo menos al frío de la mañana se movía de un extremo a otro de aquel horrible recinto; la bonachona actitud de la Policía occidental, que contemplaba aquello como un espectáculo, y, finalmente, el atuendo demasiado de acuerdo con las descripciones literarias de una revolución, así como un tranvía de caballos, retirado desde hace varias décadas de la capital de Alemania, me hizo comprender que estaba viendo algo que no era del todo cierto.

Cuando el humo de unas supuestas descargas se disipó, los camiones, tras de atravesar la Puerta, desaparecieron, y la Policía filocomunista rompió su acordonamiento, y con su facha desaliñada y sucia distrajo su aburrimiento y calmó su frío jugando con una pelota de papel al fútbol, me di cuenta de que había estado viviendo escenas retrospectivas, algo que ya no pasa, porque hasta las revoluciones han dejado de ser románticas. Sencillamente, como luego me explicó amablemente un policía occidental, no había visto más que una escena de una película que los comunistas alemanes realizan sobre la vida de Thaelmann.

No obstante toda esta recordación del pasado y esta presencia de los muertos en la vida actual de los alemanes, su vitalidad no disminuye, y, como ya hemos dicho antes, la sensación de recuperación y de fuerza de este pueblo es extraordinaria. Para proclamarla ahí está Berlín con sus inmensas avenidas destruidas, pero con una animación y un espíritu que no lo posee quizá nin-

guna ciudad europea. En medio de sus ruinas surgen rascacielos. Hay que borrar la trágica cicatriz del pasado. Esta parece ser la consigna de los berlineses, al igual que la de todos los alemanes. Donde se pueda apuntalar lo que ha quedado, se apuntalará, y cuando esto no es posible, se construyen cosas nuevas.

LA UNIVERSIDAD LIBRE DE BERLIN CUMPLE CUATRO AÑOS

Ya hemos hablado de la Filarmónica reconstruida; pero precisamente en estos días hay todavía otra conmemoración más digna de destacarse. Me refiero al cuarto aniversario de la constitución de la Frei Universität, la Universidad Libre de Berlín, surgida como réplica y protesta por la soviétización de la antigua Universidad Humboldt. La Frei Universität reúne hoy a millares de estudiantes, muchos de los cuales asisten a sus clases, a pesar de vivir en la zona oriental de Berlín. Sus clases y conferencias se desarrollan en diversos hoteles de Rahlen, uno de los arrabales de Berlín, constituyendo una prueba de la capacidad alemana de hacer surgir lo que necesitan, como sea y de donde puedan.

Berlín espera las Navidades, estas Navidades que se anuncian en Alemania ya desde dos meses antes, consciente de su fuerza. Apoyado moralmente por todas las otras regiones alemanas, y también materialmente, ya que de todas partes llueven donativos para los que resisten a la injerencia soviética en el corazón de Alemania, su vida se ha normalizado totalmente en medio de la más completa anormalidad. Cuando uno recorre sus calles, llenas de armazones de casas, no se puede imaginar que en medio de aquellas ruinas hay librerías y casas de arte que presentan las últimas novedades culturales, establecimientos comerciales que ofrecen los productos más modernos de la técnica, y también espléndidos cafés y cines, muchos de los cuales surgen como por encanto tras de ruinosas paredes. Berlín no se preocupa de ciertos andrajos de los que no puede desprenderse y se resarce de esta obligada miseria cuando, por poner un ejemplo de los muchos que podían sacarse de todas las actividades humanas, es capaz de presentar en sus teatros diariamente un conjunto de obras en el que uno puede escoger, junto con óperas y creaciones dramáticas clásicas, las últimas producciones teatrales de todo el mundo.

José Manuel GARCIA ROCA

Enviado especial

Alemania no olvida el sacrificio de lo mejor de su juventud en la última guerra. Durante el mes de noviembre, el mes de los muertos,





LA VISPERA

Novela por J. V. TROUILLHET

I

A noche era brumosa, fría, húmeda, terriblemente heladora. Llovía y nevaba al mismo tiempo, mientras el viento silbaba en las calles desiertas, levantando el agua y la nieve y arremolinándola en los ventisqueros, junto al puente Runel. Era, en suma, una noche cruel de diciembre, cargada de frío, de pulmonías.

Daniel Aranegui caminaba de prisa, a pasos cortos y precipitados, casi corriendo, hacia su casa: una habitación situada en el último piso de la calle Ancha. El rostro de Daniel, medio oculto por el ancho cuello de su raído gabán, se sentía castigado brutalmente, como si lo pincharan con cientos de alfileres.

La lluvia, el viento, la nieve, el frío, la oscuridad casi completa de la calle, caían sobre él, abrumándolo y destrozándole las pocas ganas de vida que le quedaban.

En el silencio de la noche, sólo rasgado por alguna lejana bocina de automóvil y los silbidos del viento, se escuchaba el oscuro runrun de las aguas del río como una triste canción sobrecogedora. El escurrir de la lluvia desde los tejados sobre las lcsas de la acera era un tictac impresionante.

Daniel Aranegui sintió que el frío le penetraba hasta los huesos, y juntó sus manos, dentro de los bolsillos del abrigo, a su cuerpo. Le silbaban los oídos, la cabeza le daba vueltas y la vista se le velaba. Parecía que todos los elementos de la Naturaleza, desencadenados aquella noche, quisieran aniquilarle, destruirle, empujándole hacia la muerte. Sí, hacia la muerte. La muerte no estaba lejos; estaba allí mismo, sólo a dos pasos, en el puente Runel.

Sin embargo, Daniel permanecía insensible ante estas adversidades. Tenía tantas heridas su alma que se atrevía a reír ante el cruel destino. Sí, ¡ja, ja, ja, ja!... Y su carcajada, que quiso ser burlesca, sonó en la oscura noche con un eco de tristeza, de melancolía.

De repente se paró en medio de la tempestad. Su cabeza no se acordaba de nada. Su cuerpo no sentía nada. Había desaparecido la lluvia, la nieve, la humedad. Sacudió sus pies en la acera con fuerza. Luego sacó las manos de los bolsillos y se sacudió también el abrigo. Al notar el contacto húmedo del gabán se estremeció. «¡Dios mío! ¿Qué me pasa?», exclamó. Y emprendió, sin saber por qué, veloz carrera, chapoteando en el

fango. Parecía que el viento le empujaba contra las fachadas. Iba como perseguido por una manada de lobos hambrientos.

II

Agotadas sus fuerzas, Daniel se detuvo, tembloroso, jadeante, y se apoyó sobre la elegante barandilla de hierro, mirando fijamente, con los ojos muy abiertos, la tenebrosa profundidad que se abría a sus pies. No se veía nada. Sólo se oía el rumor del agua al correr río abajo. Pero Daniel en su esfuerzo logró ver las aguas turbias y negras del caudaloso río. Se estremeció. «¿Qué pasaría si me arrojara de cabeza sobre esta terrible oscuridad?», pensó. Y al instante le entró un deseo poderoso de morir, de terminar de una vez y para siempre. Todo se había perdido. ¿Qué le importaba a él la vida ya? Sí, todo estaba perdido. Era el fin, era la terminación. La sentencia ya estaba firmada, ¿a qué esperar pues?

Un estremecimiento le sacudió de pies a cabeza. Y, sin saber cómo ni por dónde, se sintió acompañado. Sí, allí, a su lado había una persona. Un bulto negro, desdibujado... Era un hombre.

Aquella mancha oscura se acercó a él hasta tocarle.

Daniel tembló.

—Mala noche, ¿verdad?

Daniel le miró. Sólo vió un bulto negro. Con la respiración entrecortada, contestó:

—Sí.

—¿No tiene frío aquí, apoyado sobre la barandilla?

—Sí. Pero yo no lo siento—contestó, algo más tranquilo Daniel.

—¿No lo siente?

—No, no lo siento.

—No le comprendo.

—Yo sí.

—¡Ah, ya!

Con aquella exclamación, aquel bulto, oscuro, negro, sin límites de forma, parecía burlarse de él. Daniel reaccionó.

—No es necesario que me comprenda. Sé cuidarme muy bien. Ya soy mayorcito, gracias.

Y quiso sonreír. Se volvió para mirarlo de frente, pero no vió a nadie. Miró en torno suyo con admiración y curiosidad, pero no había nadie. Abrió los ojos con fuerza y miró poderosamente a través de la noche. No había nada nuevo. Todo seguía igual que antes. La nieve seguía cayendo

pausadamente y no permitía ver a más de diez metros.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Por Dios! ¿Qué me pasa? Sí, ¿qué me sucede? ¿Cómo?... ¿Estoy soñando?

Y volvió a mirar recelosamente a su alrededor.

—Pero, ¿dónde estoy? Sí, ¿dónde estoy?... No, no. Sí, sí... ¡Por Dios!... Pero sí... ¡Oh, qué barullo!... ¡Ah, sí!...—concluyó, volviendo a mirar en torno suyo.

Y, experimentando un penoso sentimiento de sobresalto, abandonó pausadamente la vieja y fría barandilla del puente Runel.

Daniel Aranegui terminó de cruzar el puente. Al otro extremo, la calle parecía más oscura y tenebrosa. Subió a la acera y pegado a los edificios emprendió una marcha veloz.

No había andado cien metros cuando se detuvo. La luz potente de un globo blanco, que rasgaba poderosamente las tinieblas de aquella noche infernal, le había hecho detenerse en su precipitada marcha.

Daniel alzó la cabeza y llegó a leer la palabra: «Cantina». Y sin pensarlo más empujó la pesada puerta y entró.

Ante la clara luz sus ojos se entornaron. La turbia atmósfera le hizo carraspear y toser.

Era una sucia y pequeña taberna. Todas las mesas, excepto una, estaban ocupadas por muy diversos clientes. Un reducido mostrador de piedra roja cubría medio cuerpo de un hombre gordo, de pelo corto y cara redonda.

Daniel Aranegui avanzó hasta la mesa vacía, que estaba en el centro de la habitación. Se sacudió el abrigo, se quitó el sombrero y se sentó.

El hombre de pelo ralo salió del mostrador y, subiéndose la punta del sucio mandil hasta la cintura, se le acercó.

—¿Qué va a ser?—preguntó con voz gruesa, mirándole con sus ojillos parpadeantes.

Daniel alzó la cabeza y le miró por primera vez. Luego, como dándose cuenta dónde se hallaba, dijo:

—Una botella de vino.

El hombre gordo, con paso lento, se retiró detrás del mostrador. Cogió un golpeado embudo de porcelana y llenó una botella. Luego la limpió con el mandil y, tomando entre sus manos un vaso, se lo llevó a Daniel.

Daniel tomó un sorbo de vino y se pasó la mano por la cabeza. Nadie parecía haberse dado cuenta de su presencia. Trataba de coordinar sus ideas. De recordar lo que había hecho en aquel agitado día. Pero nada. Nada recordaba ni nada sabía. ¿Por qué estaba allí? ¿Dónde iba? ¿De dónde venía? ¿Qué le había pasado? ¿Qué le sucedía?... ¡Oh, qué terrible confusión de ideas reinaba en su cabeza! ¿Sería posible que se estuviese volviendo loco poco a poco?

Haciendo un terrible esfuerzo llegó a la conclusión de que aquel día no había ido a la oficina. Sí; no, no había ido. Estaba enfermo, se encontraba mal, le dolía el pecho, la espalda, las piernas... Pero no sólo había sido hoy. No. Hacía ya muchos días que no iba al trabajo. ¿Cuántos? No era posible saberlo. Se encontraba mal, muy mal. Sólo sabía que estaba enfermo. Sí, eso era: estaba enfermo... Ya recordaba... Ya podía recordar... Estaba enfermo. Y aquella mañana... Sí, aquella mañana...

III

Daniel Aranegui despertó de un sueño muy profundo. Empezó bostezando, desperezóse después y, por último, abrió los ojos. Mas, sin embargo, aun permaneció por espacio de algunos segundos con la sensación de continuar dormido, como si todavía no se hubiese dado cuenta de la realidad y continuara envuelto en una especie de nebuloso sabor de su sueño. Pero muy pronto volvió a la realidad. Estaba allí, en la cama, inmóvil, tapado hasta el cuello, viendo con perfecta claridad los mismos objetos, las mismas cosas de todas las mañanas. Las paredes de su alcoba parecían mirarle con igual mimo y gesto de animación que los otros días. Aquellas paredes blanqueadas, sucias, pardas, tostadas por el tiempo y el uso parecían saludarle con una sonrisa de satisfacción. E igual gesto parecían tener el armario, la cómoda, la silla y el amplio butacón forrado de color indefinido, viejo, pero cómodo, donde sobre uno de sus brazos aparecían en desorden, en completo abandono, sus ropas de uso personal, de las que se había despojado la noche antes.

Daniel Aranegui, haciendo un doloroso gesto de amargura, se incorporó. Su cara parecía decir: «Sí, no estoy en ningún sitio desconocido, no. Estoy en mi casa, en mi alcoba, en mi cuarto de dormir.»

Saltó de la cama y se precipitó sobre el espejo del armario de luna, observándose con detenimiento.

—Sí, verdaderamente no me encuentro nada bien—dijo—. Estoy pálido, demacrado, ojeroso... No, no he debido dormir bien esta noche. Mas la cosa es que no recuerdo haberlo hecho mal. Sí; no, no lo recuerdo.

Y bajándose el párpado inferior de un ojo con el índice hizo un gesto de ambigüedad, murmurando:

—Esto no va bien. Sí, será necesario visitar al médico. Sí, es preciso.

Una vez que Daniel se hubo expresado a sí mismo sus sentimientos, abandonó el espejo del armario de luna y se encaminó a la ventana. Abrió el visillo y miró a la calle con un gesto de avidez. Como si buscara algo con apasionado interés. Se le iluminó el semblante con una plácida sonrisa y pareció quedar satisfecho del examen. Cualquiera que le hubiese observado habría creído que Daniel había descubierto algo interesante y esperado, mas la realidad era que nada había visto y que nada había descubierto. Gruesas nubes cubrían el cielo presagando nieve o lluvia, o quizá las dos cosas a la vez.

Daniel se apartó de la ventana y con paso cansado pasó al cuarto de al lado, donde tenía un pequeño fogón. Encendió el gas, que produjo un vivo siseo, y se preparó el café.

Mientras hervía, echó agua en una palangana y se lavó de prisa, tiritando. Luego se peinó, se afeitó y se vistió, poniéndose muda limpia.

Hecho todo esto se sirvió el café en una taza grande, que terminó de llenar con leche, y se puso a desayunar parsimoniosamente. Su cabeza en aquellos instantes estaba vacía.

Cuando terminó de desayunar se levantó, se puso el abrigo y el sombrero y salió de casa. En el portal se encontró con la portera.

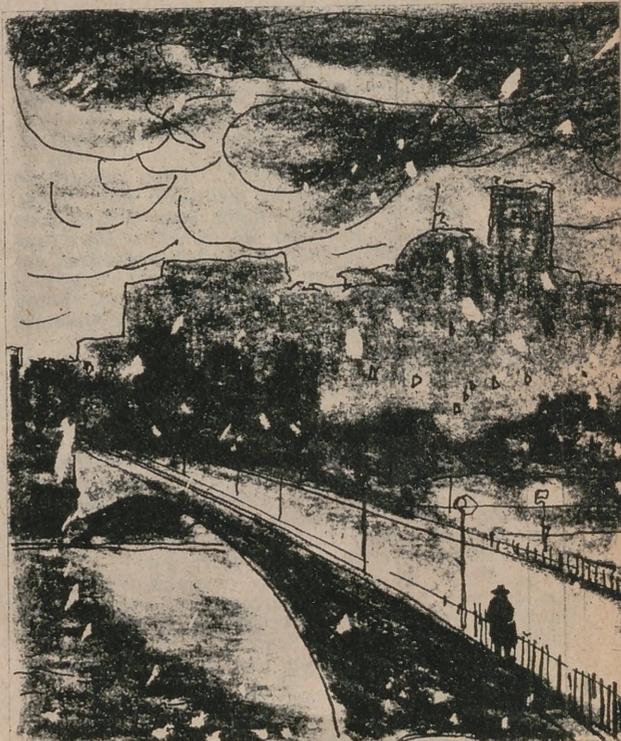
—¡Buenos días, don Daniel!—le saludó.

—¡Hola, buenos días!—contestó Daniel, mirándola de golpe, como si con aquel saludo volviese a la realidad, despertando de su anonadamiento.

—¿Descansó bien hoy, don Daniel—preguntó, afable, la portera.

—El diablo me lleve si sé realmente si he dormido esta noche o no, si he soñado o no. No lo sé—contestó de mal humor Daniel—. ¿Y por qué me lo pregunta?... ¿Se puede saber?

—No, no es por nada; yo sólo quería...



—Sí—la atajó Daniel—, sólo quería saberlo todo, indagarlo todo. Pues bien, nada sabrá, ¿me oye? Nada sabrá... Todo está en contra mía, pero... yo sabré salir de este atolladero. Yo sabré triunfar. Yo sabré... ¡Bah!... Puede usted subir cuando quiera a hacerme la habitación, ¿se entera?

—Sí, sí, señor. Yo le comprendo. Yo le entiendo perfectamente—dijo la mujer, dando a sus palabras la mayor afabilidad que pudo.

Daniel la miró de hito en hito. Estaba seguro de que aquella insignificante mujer lo sabía todo. Lo conocía todo. Aquella bruja sería capaz de vender a cualquiera por el solo placer de hacerlo. Sí, la conocía muy bien. De seguro que si pudiera le vendería a él por un par de monedas.

Después dijo en alta voz:

—¿Qué es lo que comprende?... ¿Qué es lo que sabe?

—No, no, nada... Que sé sus gustos: cómo quiere que le arregle la habitación, dónde debo poner las cosas... En fin, que le conozco ya todas sus costumbres.

Y su rostro ocultó una sonrisa de conmiseración, que Daniel, aunque la observaba, no llegó a descubrir.

Daniel Aranegui pareció conformarse con aquella respuesta, y, examinando minuciosamente a la portera, fué a decir algo que no llegó a pronunciar.

Segundos después salía a la calle sin decir nada. Indudablemente acababa, en aquel instante, de volver a su verdadera identidad mental.

Ya en la acera observó a la gente que iba de un lado para otro. Y, como si se hubiese orientado, de repente tomó con seguridad una dirección.

A medida que andaba, hablaba en voz muy baja:

—Soy un imbécil por no haberla contestado como se merece. Sí, un imbécil. He debido mostrarme como lo que soy, un caballero, un perfecto caballero, un señor de los pies a la cabeza. Sí, un señor. He debido de ser franco, llano, natural. Decir lo que pensaba. Nada de acobardarme, de dudar, de tratar de fingir. Me estoy descubriendo yo solo. ¡Maldita bruja!...

Daniel Aranegui creyó firmemente que acababa de cometer una tontería, una flaqueza, y se encolerizó de tal manera que arqueó las cejas, abrió la boca y lanzó a su alrededor, a los transeúntes, furiosas miradas de desafío.

Sin darse cuenta echó a correr. Huía de su persona. De él mismo.

La gente le miraba como una cosa rara, extraña. Jadeante, se detuvo, apoyándose en una pared. Instantes después continuó andando despacio.

—¿Está bien hecho?—se preguntó para sí Daniel—. ¿Me comporto normalmente? ¿Estará bien así?... ¿Me persiguen?... ¿Quién?... ¿Quién me persigue?...

Y volvió la cabeza hacia atrás.

—Bueno, bueno, ¿y qué me importa a mí todo esto?... La portera, la gente, los enemigos... ¡El diablo se los lleve a todos!

Y miró a un pobre viejo que por su lado pasaba, lanzándole una mirada avasalladora.

Los transeúntes le miraban con curiosidad; algunos se reían.

—Sí, es preciso, es necesario... Debo hablar con el médico. Sí, sí, no debo meditarlo más. Total, ¿qué?... No debo ocultarle nada. Debo decirle toda la verdad. Para esto son los médicos. Para que nos atiendan, nos cuiden, nos sanen nuestras enfermedades. Porque yo estoy enfermo, muy enfermo. Me duelen las piernas, el pecho... Estoy fatigado, dolorosamente fatigado. Sí, sí, hablaré en seguida con ese hombre.

Daniel se detuvo. Había llegado a la casa donde vivía su médico.

IV

Alejandro Ruiz Rubio, doctor en Medicina, se hallaba aquella mañana en su consultorio esperando las visitas de sus pacientes. Sentado tras su amplia mesa de estilo español, hojeaba una revista profesional. Estaba muy lejos de pensar la inesperada visita que iba a recibir.

Alejandro Ruiz Rubio no esperaba, ni tampoco deseaba, la visita de Daniel Aranegui. Así que ante su presencia se encontró de repente en una delicada situación. Mas como no podía evitarlo, su rostro se extendió en una amplia sonrisa de cumplimiento.

Daniel Aranegui se encontró, como siempre que

se hallaba delante de una persona, profundamente cohibido y sin saber qué decir ni qué hacer. Murmuró unas ininteligibles palabras, se azoró, se sonrojó y, por último, se dejó caer sobre el sillón destinado a los pacientes.

Alejandro Ruiz Rubio, que le observaba detenidamente desde que penetró en el despacho, carraspeó ligeramente, se arrellanó en su sillón y, mirando profundamente a Daniel, habló:

—Y bien, ¿qué le trae por aquí?

Daniel se movió, inquieto. Miró al médico con aire grave y, tragando saliva, dijo al fin:

—Doctor, lamento molestarle a usted una vez más y le suplico me perdone, pero...

Se veía claramente que Daniel Aranegui no sabía explicarse con facilidad.

—¡Bien!—exclamó el médico—. Ya le he dicho repetidas veces que siga usted mi régimen... Cambie de aires, cambie de vida... Debe divertirse, distraerse. Le convienen las diversiones, los bailes, la sociedad, las amistades... Le suplico, mi querido amigo, que debe cambiar su forma de vivir en seguida.

Daniel Aranegui sonrió bondadosamente y se apresuró a contestar al doctor que él vivía su vida; que era igual que cualquier otra persona de las que está poblado este pícaro mundo y que acudía a cines, teatros y otras diversiones.

—¡Bien, bien!—volvió a exclamar el médico—. Pero no es eso lo que yo quiero decirle. Usted debe hablar con la gente, tener amigos, no ir solo a todos esos sitios. Y, sobre todo, sentir la necesidad de distraerse, no hacerlo por mera rutina. Vamos a ver, ¿está ya más alegre que la última vez?

—Yo...

Y Daniel Aranegui enmudeció y dejó de mirar al médico.

—Así no iremos a ninguna parte—dijo severamente el doctor adoptando una actitud importante—. Debe tener amigos. Rodearse de amigos y divertirse como cualquier otra persona vulgar. Mientras persista en esa actitud melancólica, las cosas se complicarán e irá usted de mal en peor. ¿Me oye?

—Sí, sí, doctor... Pero es que a mí me gusta la tranquilidad. Soy hombre de costumbres tranquilas y me molestan extraordinariamente los barullos. Esto no creo que sea nada malo, ¿verdad?

—En su caso, sí que lo es.

Daniel se removió en el asiento. Notó que una ola de calor le subía al rostro. Se estremeció.

—Oígame, doctor, ¿estoy muy mal?

Y miró con ojos penetrantes y ansiosos al médico.

Alejandro Ruiz Rubio encendió un cigarrillo y, como si no hubiera oído la pregunta de Daniel, le interrogó muy despacio:

—¿Usted bebe?

Daniel dió un brinco en el asiento.

—No, no. No, señor. Ni una gota.

—Pues debería hacerlo. Necesita estimularse. Muy poco, con moderación, pero debería beber algo.

Daniel se encontró acobardado, cohibido, y bajó la vista.

Hubo un prolongado silencio entre los dos. Alejandro Ruiz Rubio miraba recelosamente a Daniel, y éste, a su vez, contemplaba al doctor con asombro.

—Verá usted, doctor, yo siempre he creído que...

—¡Bien! ¿Qué es lo que cree, qué es lo que cree?...—preguntó el médico.

—No, no. Nada, nada...

—¿Entonces?

Daniel tardó en contestar.

—¡Estos malditos enemigos!

—¿Enemigos?

—Sí, doctor. Enemigos, enemigos...

—Pero ¿qué dice? No le comprendo.

—Perdóneme, yo no sé explicarme bien.

—Ya lo veo, ya—contestó el doctor empezando a impacientarse.

—Creo que ya se lo he explicado otra vez—dijo tímidamente Daniel—. Sí, ya se lo he dicho en otra ocasión. Verá, desde que maté a mi padre...

—¿Que mató a su padre?

—Sí, doctor. ¿No lo recuerda ya?

Y Daniel miró al doctor con un extraño brillo en sus ojos.

Alejandro Ruiz Rubio, expulsando el humo de su cigarrillo, exclamó:

—¡Ah, ya! Siga, siga...

—Pues, como le iba diciendo..., desde entonces, a los pocos días, me persiguen...

—¿Quién le persigue? Pero ¿quién?
 —Sí, me persigue, me acorrala mi enemigo. La sombra, el hombre...
 El doctor se impacientó e hizo un gesto de desagrado, de contrariedad.
 —Pero ¿de qué me habla? ¿Qué me dice?... Me parece que está usted divagando. Se aparta del tema principal.
 —No, mi querido doctor, no. He tenido ya varios encuentros con él.
 —¿Con él? Pero ¿quién es él?
 —El es él..., mi hombre, mi pesadilla, mi perseguidor.
 Alejandro Ruiz Rubio le miró con una clara expresión de conmiseración.
 —¡Ah, ya! Le comprendo, le comprendo muy bien.
 Y le sonrió bondadosamente.

Daniel, ante aquella amabilidad, se sintió mejor, más seguro de sí mismo, y continuó:
 —Sí, me he encontrado varias veces con él en la calle. La última fué ayer. Sí, ayer por la tarde... Sí, sí, ayer por la tarde... Iba yo... Bien, pero ¿qué digo?... ¡Ah, sí! En la calle... ¿Y sabe lo que me hizo?
 —No. ¿Qué le hizo?
 Me miró, me sacó la lengua, burlón, y echó a correr calle arriba.
 —¿Y usted?
 —¿Quién? ¿Yo?
 —Sí, usted—dijo, casi colérico, el doctor, cansado ya de tanta charla estúpida.
 —V. corrió también detrás de él.
 —¿Le alcanzó?
 —No, no pude alcanzarle; desapareció como si la tierra se lo hubiera tragado.
 Y dicho esto, como si tuviera una gran fatiga, enmudeció.

—Y bien. ¿Esto es todo?—preguntó el doctor, deseando acabar de una vez.
 Daniel alzó la cabeza al oír la pregunta y le miró con miedo.

—No, doctor; aun hay más.
 Alejandro Ruiz Rubio acercó el sillón a la mesa e impaciente dijo:
 —Veamos. ¿Qué más tiene usted que decir? ¡Hable! ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?...
 —No, doctor, no. Dejémoslo por ahora. Otro día—respondió Daniel, acobardado ante la actitud del médico—. Todo se aclarará. Llegará la hora en que todo se aclarará... Sí, sí..., todo se pondrá en claro..., en claro..., ¿verdad, doctor?

—¡Bien, bien! Como quiera, como usted guste—contestó el médico, viendo con satisfacción que la visita tocaba a su fin.
 Pero su asombro fué grande cuando vio a Daniel ponerse de pie, apoyar sus manos sobre la mesa, mirarle fijamente a los ojos y decir:
 —Usted no me comprende, doctor, no me comprende. Es usted un cretino, un estúpido...
 Alejandro Ruiz Rubio se levantó perplejo, colérico.

—¿Qué dice?... ¿Cómo?... ¿Qué quieren decir sus palabras?

—No, nada, doctor, nada—contestó tímidamente Daniel—. Yo quise decir... ¡Bien, bien!... Le pido perdón. Sí, le pido perdón. No sé, no sé lo que me digo... Sí, eso es: no sé lo que me digo... Perdóneme. Usted me perdona, ¿verdad?

Se produjo entonces un silencio, un largo silencio. Los dos hombres permanecían de pie separados por la amplia mesa. Los dos se observaban de muy distintas maneras. Al fin, Daniel susurró:

—Permítame..., sí, permítame que me retire. Lo siento, lo lamento... Siento haberle molestado... Yo..., yo...

Y, sin saber cómo continuar, Daniel Arriagui comenzó a caminar de espaldas. Luego se volvió y se dispuso a salir de la habitación.

Alejandro Ruiz Rubio le agarró del brazo.
 —No se preocupe, Daniel; todo se arreglará. Cambiará de aires. Mañana iré a verle a su casa. Mañana por la mañana le visitaré. Espéreme. Ya verá, ya verá como todo se arregla.

Y, mientras le daba cariñosas palmaditas en la espalda, le condujo hasta la puerta.

—¿Qué, qué es lo que se arreglará?—preguntó Daniel bobaliconamente.

—No se preocupe. No piense en nada. Distráigase y no se preocupe.

—Bien, doctor, bien. Confío en usted.
 —Sí, eso es lo que debe hacer: confiar en mí.



Y dicho esto le abrió la puerta y le tendió la mano.

—Hasta mañana.
 —¡Adiós, doctor, hasta mañana!
 Y Alejandro Ruiz Rubio vió cómo bajaba las escaleras. Luego cerró la puerta, frunciendo el ceño.

V

Cuando Daniel se encontró en la calle, una ráfaga de viento le hizo volver a la realidad. Y todo cuanto de bondad había sentido por el doctor se trocó en furia.

—¡Este hombre está loco!—exclamó—. Sí, loco de remate. ¡Pues no quiere el muy animal que cambie de aires!... ¡Como si el hombre pudiera vivir respirando distintos gases o vapores!... ¿Qué habrá querido decir con eso de cambiar de aires?...

Y al hablar de esta manera accionaba con las manos en muy diversos gestos.
 Se paró en mitad de la calle. La gente le observaba con cierta curiosidad. Pero Daniel no se daba cuenta de ello. Para él era la cosa más lógica y natural del mundo hacer lo que estaba haciendo.

De repente tuvo una idea; sí, una idea. Cosa rara en él, mas la verdad era que de improviso se había metido una idea en su cabeza. No iría a comer a casa. Sí, no iría a comer a casa. Hacía mucho tiempo que no comía en un restaurante y de pronto le había apetecido comer fuera de su casa. Sacó la cartera y contó el dinero repasando pausadamente entre sus dedos los billetes de Banco. Sí, había bastante, lo suficiente para una buena comida, y aun le sobraría, si le sobraría.

Y, con este pensamiento en su turbia cabeza, echó a andar calle adelante, dispuesto a darse un paseo, mientras llegaba la hora de comer.

Daniel, a medida que andaba lo observaba todo con cierta curiosidad. Se paró delante de un comercio de muebles. ¿Para qué serviría aquel cajón tan bonito, lustrado y pulido, con aquellas puertas de cristales en su parte superior?... ¿Y aquella mesita tan reducida, con una pipa en el centro?... Allí no podía comer ninguna persona; ni un niño. ¿Para qué serviría aquel trasto inútil?

Después de estas reflexiones, Daniel abandonó aquel escaparte y siguió su camino, obsesionado por la mesita enana.

Sin darse cuenta se detuvo a mirar un comercio de calzado. El escaparte estaba repleto de diversos modelos de zapatos, pero Daniel sólo veía la pequeña mesa con la pipa en el centro. Sí, era bonita aquella mesita. No servía para comer ni para nada, pero ¿qué duda había de que era bonita? Sí, aquella mesa era una cosa muy linda, una de esas cosas inservibles que sólo poseen los ricos. ¿Y por qué no él? Sí, él podía tenerla también. ¿No tenía dinero? ¿Pues para qué lo quería?... Y sin dudarle más atravesó la puerta y se encontró dentro de la tienda. Con paso firme y mirada al-

tanera se dirigió al primer dependiente que encontró. El hombre aquel iba con una gran pila de cajas de cartón entre sus manos.

—Por favor. ¿Quiere decirme el precio que tiene la mesita del escaparate?

El dependiente le miró por entre las cajas.

—¿Qué mesa?

Daniel contestó seguro, imperturbable.

—La del escaparate.

El dependiente le volvió a mirar, esta vez de arriba abajo y de abajo arriba, con un gesto muy particular. Luego dijo:

—Lo lamento, caballero, pero en el escaparate no hay ninguna mesa. Debe estar usted confundido.

Daniel le miró sorprendido, atónito; volvió la cabeza hacia la puerta de entrada y, señalando con el índice, dijo:

—Allí.

El dependiente le sonrió, comprensivo.

—Allí no hay ninguna mesa, señor.

Daniel se sonrojó hasta la punta de las orejas.

—¿Cómo?... ¿Qué dice?... No es posible... Si yo... No... No puede ser. Si está allí—y señalaba el escaparate, mientras decía:— Sí, allí, junto a otras cosas mayores. Tiene una pipa en el centro. Sí, en el centro. Es muy chiquita, muy mona, muy delicada... Quiero saber cuánto vale. Sí, ¿cuánto vale?

—Lo siento, señor, de veras que lo siento. Pero nosotros no vendemos mesas. Sólo vendemos zapatos. ¿Desea el caballero algún par?

La timidez abandonó despiadadamente a Daniel, que fué presa de la excitación.

—¡Al diablo los zapatos! ¡El demonio se los lleve todos!—gritó—. ¡A la porra los dependientes que no saben atender a los clientes!...

—Pero ¿qué dice, señor?

—¡Déjame en paz!... ¡Querer venderme unos zapatos!... ¡Habrás visto idiota semeja...te!...

—¡Señor!

—¡Al diablo el señor! ¡¡Déjame en paz!... ¡Hemos terminado!

Y dando media vuelta salió a la calle.

La concurrencia de la zapatería, que era mucha, reía. Daniel, al oír las risas se volvió y desde la misma puerta, dirigiéndose a todos, dijo:

—Reír, reír a más y mejor. ¿Qué culpa tengo yo de que el mundo esté lleno de necios que no me comprendan? No puedo saber que hay de malo en que un hombre honrado, como yo, quiera comprar una mesa, aunque ésta no sirva para nada. Cada cual es dueño de sus actos, y si yo quiero una mesita, no tiene por qué parecerle mal a nadie, y yo no tengo por qué dar una explicación de por qué la quiero. ¿No está así bien?

Y sin esperar la contestación salió a la calle. Desde allí pudo oír aún las risas que salían de la tienda. Daniel no comprendía por qué la gente podía reírse sin motivo.

Andando despacio y con mucho empuje llegó Daniel al restaurante. Entró decidido y se sentó en una de las mesas del rincón. Era una sala

muy amplia y estaba llena de gente. Al poco rato el camarero, solícito, se le acercó. Daniel eligió tres platos de la carta, y mientras se los servían, desdobló la servilleta y se la puso sobre el pecho, sujetando una de las puntas en el cuello de su camisa. A los pocos minutos vió venir al camarero, que conducía a un señor hasta su mesa.

—No le molestará, ¿verdad?—dijo.

Daniel contestó:

—No, no; encantado.

Y miró al hombre, que, a su vez, le miró a él. El desconocido pidió la misma comida que Daniel.

Cuando el camarero se hubo retirado, los dos hombres se observaron en silencio. Minutos después charlaban animadamente.

El camarero sirvió a los dos el mismo menú. Daniel no se daba cuenta de que cada vez que el camarero se acercaba a la mesa le miraba extrañado, ocultando bajo su bigote una risa de escepticismo.

A los postres, el desconocido cambió de conversación, que hasta ese momento había sido trivial, y de repente dijo:

—¿Se ha fijado en aquella joven que está sola en esa mesa?

Daniel se volvió para verla.

Y a partir de este momento la conversación entre los dos se puso de tono escabroso. El desconocido, hombre muy jovial, contó un chiste subido de color. Y al final Daniel soltó una carcajada.

—¡Es estupendo, estupendo!—repetía, entre convulsiones de risa.

Se le acercó el camarero.

—¿Le pasa a usted algo, señor?—preguntó, respetuoso.

Daniel se volvió a mirarle.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—Pero ¿qué dice este idiota?—dijo disgustado, mirando a su compañero de mesa y esperando la aprobación de sus palabras.

Pero, ¡oh, sorpresa!, su compañero de mesa había desaparecido. En su lugar no había nadie. Daniel se volvió, asustado, al camarero.

—¿Dónde ha ido este señor?—preguntó con el rostro encendido.

—¿Qué señor?

—El que estaba aquí, conmigo.

—Ahí no ha estado nadie—explicó el camarero, sorprendido.

—¿Cómo? ¿Qué no había nadie?...

—No, nadie se ha sentado a su mesa.

—Pero si lo ha traído usted mismo...

—¿Yo?... El señor creo que sufre un error.

—¿Un error?...

Y Daniel, tembloroso, viendo entonces la sonrisa del camarero, se levantó de golpe y, llevándose las manos a la cabeza, exclamó:

—¡No puede ser!... Estaba ahí... ¡Ahí!

Y alzaba la voz ante la curiosidad de los comensales.

POESIA ESPAÑOLA

CANTO A LEON, por Eugenio de Nora; SONETOS, por José Hierro; JOSE MARIA SOUVIRON, por Leopoldo Panero; SABEDLO DE UNA VEZ y VIDA NUEVA, por José María Souvirón; LA MUSA UCRANIANA EN EL EXILIO, por Dmytro Buchynskyj; POEMAS, por Ernesto Mejía Sánchez; DOS POEMAS, por Eduardo Cote Lamus; MORIRA ABRIL Y YO CON EL, por C. Fernández Luna; ESPRONCEDA, HISTORIADOR, por Fernando Díaz Plaja; LA HERMOSURA SENCILLA (Concha Zardoya), por Pablo Cabañas; EL VAGABUNDO (Luz Pozo Garza), por Juan Emilio Aragónés; ES EL AIRE UN SUSURRO, por Rafael Melero; ELEGIA, por Jaime Campmany; DOS POEMAS, por Miguel de Salabert; ESPEJOS, por Rafael Lasso de la Vega, marqués de Villanova, y las habituales secciones: Revistas, Textos, Noticiario, Reseñas y Estafeta.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS :: Administración: Pinar, 5 MADRID



El camarero le cogió del brazo.
—Es mejor que salga a la calle. El aire fresco le hará bien.

Daniel le miró sorprendido.

—¿El aire fresco?... ¡Valiente animal!...

Y sin ver la nota arrojó un billete, cogió el gabán, se puso el sombrero y abandonó el restaurante sin esperar el cambio.

VI

Cuando Daniel Aranegui se dió cuenta de sus actos, vió que se hallaba en el centro de la cantina gesticulando y hablando solo. Toda aquella gente le observaba con recelo, y el cantinero, tras su mostrador de piedra roja, le miraba insistentemente, pensando que aquel hombre estaba completamente borracho y que había que echarle de allí como fuese, si no quería tener contacto con la Policía por escándalo en su establecimiento.

Daniel, al advertir los rostros de los concurrentes a la cantina, se ruborizó. Se miró a sí mismo y, avergonzado y con el alma oprimida, volvió a su mesa y se sentó. La botella estaba vacía, tan vacía como su cabeza, que empezaba a darle vueltas y a enturbiar más su ya nebuloso pensamiento.

El cantinero había salido del mostrador y se dirigía hacia su mesa. Daniel lo advirtió torciendo los ojos. No se atrevía a mover. Un sudor frío le envolvía.

El hombre de pelo cepillado apoyó su mano sobre la mesa y le miró desafiante.

Daniel notó que la sangre se le helaba. Todos los parroquianos de aquella noche le miraban con los ojos muy abiertos. Se veía bien a las claras que había en ellos un general deseo de lanzarlo de allí como cosa peligrosa y maligna.

Daniel se levantó tembloroso y sin mirar al hombre gordo arrojó un estrujado billete sobre la mesa, se puso el sombrero y salió raudo a la calle, tropezando con un taburete y derribando una mesa. Atravesó la calzada, cubierta de nieve, y no dejó de correr hasta que su cuerpo chocó violentamente con un transeúnte. El hombre mascullo una maldición por el empujón y, disgustado y hablando entre dientes, se alejó de prisa, como si quisiera recuperar rápidamente los segundos que había perdido con aquel inoportuno encuentro.

Daniel se apoyó en la pared. Todas sus fibras nerviosas se estremecían. Vacilante y trémulo, se pasó la mano por la frente. Estaba llena de sudor, a pesar del frío que hacía.

¿Qué le pasaba? ¡Por Dios! ¿Qué le sucedía? ¿Cómo podía comportarse así?... ¿Cómo es esto, Dios mío? Sí, ¿cómo es esto, cómo es esto?... ¿Estoy soñando?... ¿Me estoy volviendo loco?... No, no, ¡por Dios! Esto no puede ser.

Es imposible decir el tiempo que Daniel permaneció parado, de pie, apoyado sobre la fachada de aquel edificio. ¡Imposible! Cuando volvió a darse cuenta de sus actos, emprendió veloz carrera. No vacilaba; corría seguro, firme, camino de su casa. Era una carrera loca, sin freno, como si fuese perseguido por una fuerza extraña, imposible de sujetar.

Daniel Aranegui entró en el portal jadeante. Apenas podía respirar. Tomó aliento y comenzó

a subir las escaleras. Cuando llegó a su piso, casi no podía tenerse en pie. Con más dificultad aún abrió la puerta y entró de un salto. Luego cerró con un portazo. Encendió la luz y, sin quitarse el abrigo ni el sombrero, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Estaba terriblemente fatigado.

Pero no pudo descansar por mucho tiempo. Llamaron a la puerta, y Daniel, con el alma trastornada, gruñendo, se levantó y abrió.

En la oscuridad de la escalera, recortado por la luz de su habitación, descubrió un bulto negro, deforme... Daniel se estremeció. Quiso gritar, mas no pudo. Tenía un nudo en la garganta, imposibilitándole toda voz. Acababa de reconocer en aquella forma desdibujada al desconocido que le hablase en el puente Runel.

—¡Buenas noches!

Daniel no contestó.

El desconocido traspasó la puerta y entró en la habitación, cerrando de un golpe. Sin quitarse el abrigo ni el sombrero, se sentó en el sillón.

Daniel le siguió sin oponer la menor resistencia. ¿Para qué? Sabía que habría sido inútil. Y, al fin y al cabo, tenía ganas de encontrarse con aquel desconocido cara a cara para saber a qué atenerse. Se sentó a los pies de su cama y, sin mirarle, se atrevió a decir:

—Y bien. ¿Qué es lo que desea de mí?

El desconocido rió con una risa burlona, fuerte, hueca...

—¿Aun no lo has adivinado?

Daniel, temblándole las piernas, contestó, tímidamente:

—No.

—Eres un necio, Daniel. Eres un necio. ¿Aun no sabes quién soy yo?

—No.

—Pues deberías saberlo, ¡caramba! Yo soy, tú. Y rió con estrépito.

La carcajada de aquel hombre penetró en el alma de Daniel como un cuchillo frío y mortífero.

—¿Yo?—preguntó, asustado.

—Sí; tú, imbecil. Tú. Tu otro yo. Tú. ¿Me comprendes?

—No.

—Ya sabía yo que no me comprenderías, imbecil. Eres corto de entendimiento, ya lo sé. Pero no te preocupes. No tengas miedo. No voy a hacerte mal alguno. Al contrario, voy a ayudarte.

—¿A ayudarme?

—Sí, hombre, sí. A ayudarte. Mira, ¡fíjate bien: tus enemigos quieren tu vida...

—¿Mi vida?—interrumpió Daniel, sofocado y tocándose el cuello con la mano.

—Sí, tu vida. ¡Y no me interrumpas! Quieren tu vida. Pero no la conseguirán. Debes abandonar tu timidez. Arrojarla del cuerpo como se arroja lejos de sí una enfermedad. Debes tener amigos, muchos amigos. Y debes divertirte como se divierte cualquier hombre de tu edad. También debes tener una amiga; sí, una amiguita...—y sonrió pícaramente, para continuar:—Una amiguita que te haga más llevadera tu vida. Las mujeres siempre ayudan a vivir. No olvides esto.

Cruzó una pierna sobre la otra y miró a Daniel irónicamente.

Daniel también había cruzado una pierna sobre

la otra y estaba ya mucho más tranquilo que al principio. Sin temblarle la voz, dijo:

—Pero es que yo nunca he tenido éxito con las mujeres.

Y bajó la vista.

—Pues es una recomendación muy sana la que te hago, querido Danielín.

Daniel abrió sus ojos al oírse llamar tan familiarmente. Se sentía mucho mejor que al principio y le agradaba la presencia de aquel hombre.

—Te agradezco mucho estos consejos. No sabes cuánto te los agradezco. Yo ya creía que no contaba con ningún amigo. ¡Y se es tan feliz sabiendo que alguien le quiere! Porque yo quería mucho a mi padre. Pero... No puedes suponerte cuánto siento haberle matado... ¿Crees tú que me descubrirán algún día?

El hombre aquél soltó una tremenda carcajada, que asustó a Daniel.

—Pero si tú no has matado a nadie—dijo.

—¿No?

—Pues claro que no. Fué tu padre el que quiso matarte a ti. Recuérdalo bien. Llegaste a casa después del trabajo y le encontraste furioso; se abalanzó sobre ti y entonces tú te defendiste dándole en la cabeza con una silla. Ahora se la están arreglando por fuera y por dentro en el sanatorio.

—¿Sanatorio?

—¡Pues claro, hombre! En el sanatorio.

—No sé, no sé. Todo es muy confuso para mí. Pero si tú lo dices, será cierto.

—No debes dudar.

Daniel Aranegui se encontraba muy contento, como hacía mucho tiempo que no se encontraba. Primero, porque ya estaba tranquilo, después del susto que se había pasado. Luego, porque ya no tenía a sus enemigos, a los que estaba seguro de derrotar en compañía de aquel hombre. Y después, porque se sentía querido por alguien, y no solo y abandonado, como había estado hasta ahora.

Estas reflexiones le llevaron a ofrecer a su visitante un vaso de jerez.

—¿Te gustaría tomar un vaso de vino añejo que guardo con mucho mimo?—preguntó Daniel, mirando bondadosamente a su huésped.

—Eso no se pregunta. Se sirve—contestó familiarmente el visitante.

Y Daniel se levantó de la cama y se fué al cuartucho de al lado, de donde a los pocos minutos volvió con una bandeja entre sus manos, dos vasos y una botella.

—Aquí está—dijo, jovial.

Y miró al sillón donde había dejado sentado a su amigo.

La respiración se le cortó y el corazón se le paralizó. El sillón estaba vacío. En el sillón no había nadie sentado. Angustiado, se llevó las manos a la cabeza, dejando caer la bandeja con los vasos y la botella, que se hicieron añicos al estrellarse contra el suelo.

VII

Los rayos de sol que se filtraban a través de la ventana despertaron a Daniel Aranegui, que yacía en la cama con el abrigo y el sombrero puestos, tal y como llegara la noche antes a su casa.

De un brinco se sentó en la cama, frotándose los ojos. Tenía frío.

—¿Cómo era posible todo aquello?—se preguntó. ¿No había sido un sueño?

E instintivamente miró a los pies de la cama. Y, ¡horror!, allí yacían despanzurrados los vasos y la botella, con la bandeja a su lado.

—¿Cómo se explicaba esto?

Y tapándose los ojos con las manos se echó de nuevo en la cama.

¡Oh, era horrible! Aquel miserable se burlaba

de él. Le perseguía, le acorralaba... ¡Y él que llegó a creer que era un amigo!... El muy hipócrita... Siempre desaparecía en el instante más crítico, dejándole sumido en un mar de confusiones. Pero esta vez sería la última. Sí, sería la última. Y allí mismo, en la cama, se prometió bajo juramento que tan pronto como le viera de nuevo le mataría. Sí, le mataría con sus propias manos. Le estrangularía en cuanto le viese.

Sofocado de angustia, de cólera, Daniel Aranegui se imaginó a su perseguidor entrando de nuevo en la habitación. Daniel se acurrucó detrás del sillón y cuando estuvo a su alcance saltó sobre él y, agarrándole por el pescuezo, comenzó a apretar poco a poco, furiosamente, el cuello de su víctima, mientras exclamaba palabras ininteligibles, viendo cómo las piernas se le doblaban, los brazos manoteaban al aire y, por último, caía sobre la alfombra de los pies de su cama, estrangulado.

Daniel Aranegui rió. Rió con una risa loca, escalofriante. Juntó sus manos e hizo sonar sus huesos: crag-crag-crag. Luego, estúpidamente, se las frotó una contra la otra.

Unos golpes dados en la puerta le sacaron de sus meditaciones.

—¿Qué quieren decir esos golpes?... Alguien llama.

Y de un salto se incorporó.

—¿Será él?

Y, presa de un pánico indescriptible, se acercó a la puerta.

Volvieron a llamar.

Con los ojos brillantes y muy abiertos, Daniel recorrió el pestillo. Estaba dispuesto a todo. Un gesto de decepción se grabó en su rostro al ver al recién llegado.

Alejandro Ruiz Rubio, doctor en Medicina, entró en la habitación.

—Parece asustado, Daniel. ¿Qué tiene?

—Nada, doctor. Pase usted. Creía que era él.

—¡Ah, él!...

—Sí, doctor.

—¡Bien, bien! No tiene ya por qué preocuparse. Ya estoy yo aquí para arreglar todo eso. No es necesario que pase. Veo que se disponía usted a salir.

—Yo, doctor, pues...

—Está usted con el abrigo y el sombrero puestos.

—Pues sí, doctor, pero...

—Bueno, bueno, vamos ya. Ya le dije ayer que hoy vendría a verme, y aquí estoy. Ya está todo arreglado. Cambiará de vida, cambiará de aires. Tendrá amigos, muchos amigos. Abajo tengo un coche que nos espera.

—¿Un coche?

—Sí, un coche. Venga conmigo.

Y Daniel se dejó conducir dócilmente, como un niño, por el doctor Alejandro Ruiz Rubio.

Bajaron las escaleras y entraron en el coche. En seguida éste arrancó. Daniel Aranegui se volvió hacia el doctor.

—Yo creo que nada malo he hecho. ¿verdad?... Yo creo que nada malo he hecho, ¿verdad?...

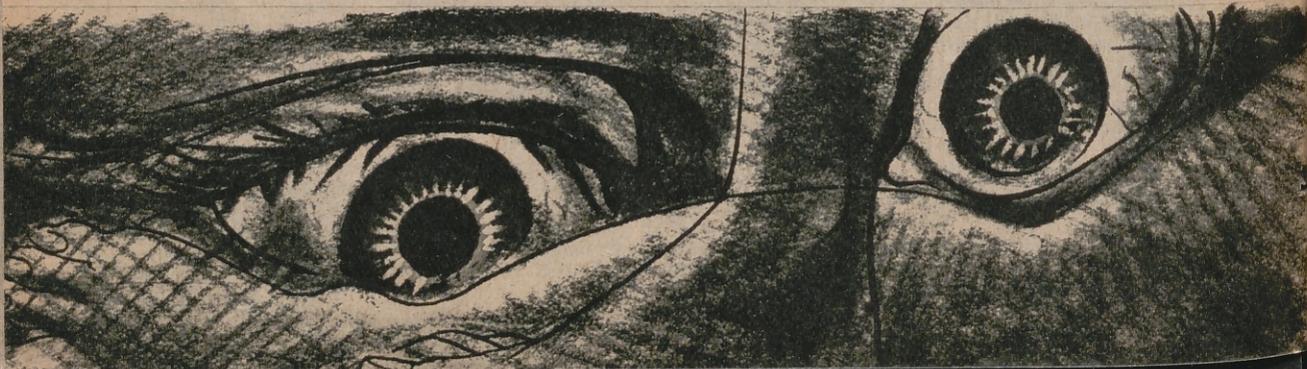
Alejandro Ruiz Rubio, doctor en Medicina, le miró complaciente.

—No, Daniel; no ha hecho usted nada malo. A partir de ahora todo cambiará. Tendrá una nueva casa con una habitación muy blanca y una cama muy blanca también. Dispondrá de un jardín muy bonito para pasear y estará rodeado de atenciones y de amigos.

Y mientras Daniel se pasaba las manos por la cabeza, el coche seguía avanzando, avanzando, dejando atrás la ciudad.

F I N

(Ilustraciones de Gabriel.)



CAZA DE PATOS EN LA ALBUFERA

LA ESPERA EN EL BOCOY "HACIENDO" EL PATO

BANDADAS QUE NUBLAN EL CIELO DE VALENCIA

Las mañanitas de patos son duras de pelar. Para la caza del pato, lo que se necesita—además de los patos—es que haga mucho frío. Si el mar está borrascosillo; si sopla el cierzo y luce un poco el sol, los patos se dan como el agua.

¡Y cuántas emociones! No hay manera de dormir tranquilo. Muy de madrugada ya hay que ponerse en camino. Las tiradas se hacen los sábados; sólo unos pocos sábados del año. Cuando más entusiasmados están los patos en las balsas de arroz, he aquí que un amanecer cualquiera de cada matojo de los que flotan en el agua, salen lenguas llameantes de pólvora, cuyo lenguaje ellos, los pobres, no saben muy bien si es grito de júbilo o perdigonada traidora. Todo está contra los pobres patos una vez que se decidieron a pisar los encharcados arrozales. Sobre la superficie de los lagos—superficie lisa que juega un poco a simular oleaje—están casi quietos y como adormilados los cimbeles, patos de madera, que le dan el timo al más pintado. El pato necesita comer, y aquí está su perdición.

—¿Le gustaría asistir a una cacería de patos?

—¡Hombre!, no me lo diga dos veces.

Todo era cosa de ponerse al habla con el Ayuntamiento de Sueca, que es quien hace y deshace en esto de la cacería de patos. Todo consistía en que el Alcalde tuviera a bien considerarme invitado. De otro modo sería imposible, porque los «puestos» se pagan muy caros y, además, no es fácil conseguirlos. Las tiradas suelen durar poco más de un mes y todo en ellas está perfectamente estudiado. Todo cazador tiene que someterse a las ordenanzas, y



el encargado de hacerlas cumplir es el teniente de alcalde de Sueca.

—Pero tendrá que estar en la puerta del Ayuntamiento a las cinco y media de la mañana; no lo olvide.

Lo ideal habría sido—creo yo—dormir en Sueca y escuchar ya desde la noche anterior los prodigómenos de la caza. En cada

«puesto» vienen a aposentarse por término medio, cuatro cazadores. Los hay, como es natural de toda la región. Los 62 «puestos» que tiene Sueca casi siempre están cubiertos.

Los «puestos» mejores son los que van de Este al Oeste. Llegan a pagarse, por los derechos a cazar en ellos una temporada, cantidades bastante regulares: sesen-



La espera en el bocoy es larga y muchas veces penosa, pero siempre es recompensada



Un cazador de patos en plena actividad. La barca navega entre los arrozales recogiendo las piezas de-
rribadas

ta mil pesetas, sesenta y cinco mil, cincuenta mil, según... Claro que esto tiene su compensación, porque aparte del goce del momento—que es toda una mañana de tirar y volver a cargar si los patos pican—tiene el aliciente de que si la caza fué buena el producto de la subasta de estas aves deja sus buenos miles de duros. No todo es deporte, hay también ganancia.

Sali de Valencia a las cuatro y media. El Balilla de mi amigo Manolo—que lo conozco igual desde 1939—se portó bien. A eso de las cinco y media entrábamos en Sueca. No hizo falta preguntar demasiado. Frente al edificio del Ayuntamiento había una buena fila de coches. Otros iban llegando. Frente al Ayuntamiento hay un Casino suntuoso, y allí nos dirigimos. Las mesas del inmenso salón estaban llenas de cazadores que hablaban de anti-guas cacerías con un fervor loco. Todos vestían abrigo de atenedos de caza y bebían coñac o anís.

—¿Y usted no se ha traído escopeta? — me preguntó Vicente García, el presidente de la Junta de Tiradas.

—Pues, no.

Al rato vino y me trajo dos, para que eligiera. Ya se iba apoderando de mí un nervosismo extraño, hasta tal punto, de que no estaba en nada de lo que me decían, a pesar de que eran cosas muy interesantes. El Reglamento de la caza del pato en Sueca data del 1800, y en él se regulan y detallan todas las incidencias y situaciones de las tiradas. El teniente de alcalde está asistido por técnicos de la Sociedad de Cazadores, más tres interventores, uno de Sindicatos, otro de la

Policía de Riego y el último del Hospital de la Caridad. Hay que tener en cuenta que un 20 por 100 del beneficio de cada tirada va a parar al Ayuntamiento y un 5 por 100 a cada una de las siguientes entidades: Hospital,

SINDICATOS Y POLICIA DE RIEGO

—¿Y por qué no nos vamos ya — se me ocurrió preguntar.

—Estamos esperando que el cura termine la misa.

—¿La misa de cazadores?

—Sí, y además que el cura nos va a acompañar a la partida.

—Pues otro cañac.

Yo había visto la caja de cartuchos que me habían preparado. Habría allí unos mil. Calculen. A mí hoy—me decía para mí mismo—se me revientan los oídos de tanto disparar o me sangran las manos. Y ya soñaba con una barca repleta de patos, matados todos ellos por mí escopeta.

—Visenté: ¿cuántos mataste el último día?

—Pasa los doscientos.

Me parecía tropezar ya con patos en la penumbra del amanecer. Por fin, apareció don Rafael, el cura. Entró diciendo:

—¿Estamos todos?

—Sí—contestaron las voces roncadas del madrugón y del coñac.

—Andando.

Este momento fué muy bonito, porque los cazadores fueron metiéndose cada uno en su coche, con gran solemnidad y silencio. Otros muchos deberían ya estar en las casitas que hay junto a los arrozales inundados. Nos pu-

simos en marcha. Sueca dormía. Sueca es un pueblo rico, con unos veinte mil habitantes. La tierra vale aquí como plata líquida y estancada. Aquí todo es arrozal, y todos los vecinos, más o menos, tienen su hanegada o su centenar de hanegadas. Unos mil doscientos propietarios de arroz tienen Sueca. Una hanegada de tierra—que deben ser unos ochocientos metros cuadrados—debe valer de las quince mil a veinte mil pesetas. Quizá antes valían sólo mil. Cada hanegada de tierra vendrá a producir de quinientos a ochocientos kilos de arroz, depende. El arroz se vende a unas cuatro pesetas y pico el kilo, si la venta es libre. Hay siempre un cupo forzoso a unas tres pesetas el kilo. El Sindicato se encarga de los abonos y de préstamos. Los Sindicatos en estas zonas son verdaderas Hermandades y tienen una gran fuerza económica y social.

Sueca dormía envuelta en sus millones de gavillas de arroz, que son las que le han dado al pueblo asiento y riqueza. Las casas, los Bancos, las calles, todo respira prosperidad y holgura. Un bracero viene a ganar en Sueca unas 50 pesetas diarias, pero si se decide a hacer más jornadas puede quintuplicar el jornal, aunque esto ya casi es un derroche de salud, porque la tarea es incómoda a más no poder, ya que hay que permanecer metido en unos quince centímetros de agua, arrancando las matas con las dos manos. Cuando el arrozal se inunda, que es desde septiembre hasta marzo, el bracero de Sueca acude en los pueblos próximos a las faenas de la naranja. Es precisamente cuando el arrozal está



CALMANTE VITAMINADO

Quita el dolor
y Tonifica los nervios

PRECIOS	
UNA TABLETA ...	0,75
CAJA DE DOS ...	1,50
TUBO.....	8,90



REMEDIO EFICAZ
CONTRA DOLORES
NERVIOSOS,
DE CABEZA,
REUMATICOS,
CATARROS, GRIPE,
ETC.

LABORATORIOS
PEREZ GIMENEZ
AGUILAR DE LA FRONTERA
(CORDOBA)



Sobre el fondo de la barca, patos de todos los colores y tamaños. En su camuflaje, el cazador apunta cuidadosamente

convertido en lago cuando florece la flor simpática y exótica del pato.

Los alrededores de Sueca no son más que carretera y agua. Los faros del coche iban tanteando los cañaverales. De vez en cuando nos paraban. Eran los puestos de vigilancia. También los braceros de Sueca se emplean en estos menesteres de la caza. Se les llama «celadores», y su misión es delicada. Al mando de un cabo se preocupan, entre otras cosas, de que el nivel del agua no se altere. El pato tiene ya su que-rencia por cierta altura de agua, y ni en más agua ni en menos le gusta ser cazado. Un gran motivo de litigio podría ser que el nivel del agua variara un dedo en determinado «puesto». Podría ser o una martingala para frustrarle la caza o un modo de perjudicársela al vecino. Los celadores son verdaderos técnicos en este oficio.

—Cada año, al empezar la temporada, se establecen calendario y condiciones. Entonces se subastan los «puestos» y se dice si ha de valer cebarlos o no. Algunos años se ha prohibido y a alguien le costó el «puesto» no cumplir esta orden.

—¿Cuál es el mejor cebo?

—Se les suele poner arroz. Ellos rastrean con el pico en la arena de los lagos, y cuando encuentran algo duro se lo tragan. Pero también les gustan extraordinariamente los granos de uva.

—¿Y se les pone mucho arroz?

—Hasta mil kilos se han llevado a tirar en esta zona que estamos cruzando ahora.

Ahora se explica uno bien que los patos lleguen a caer como moscas. Ellos están tan confiados todos los días de la semana endureciéndose el buche, y de repente un día, sin que nada aparentemente haya cambiado, resulta que cada matorral es una escopeta.

Todavía era de noche. Dejamos el Balilla y nos dispusimos a acercarnos a pie a la zona acotada.

—¡Ese cigarro!—me ordenaron.

Nos íbamos acercando a los «puestos». Sólo se escuchaban nuestras pisadas sobre el barro, y a veces, ni eso. Llegamos a una casita y entramos. Sobre una mesa redonda había media docena de vasos y un porrón de coñac.

—No es buen día del todo.

—¿Por qué?

—Sería necesario más frío. Y que soplara el viento de otro modo. Y no estaría de más que pu-

ciera salir el sol. Pero estas nubes...

—Si no nos llueve será mi lagro.

Ya estaban los dos barqueros preparados. Cada «puesto» tiene sus barcas. No hay otro modo de entrar en el bocoy. Ni de salir. Sólo también en barca se podrán recoger después las piezas, logradas.

Fuimos subiendo a las barcas con gran cuidado. Cada cazador colocabá su morral y su escopeta. Nadie hablaba. Al cabo de unos minutos la llanura de agua se vió invadida por unas sombras que transitaban entre sombras. Cada barca buscaba su «puesto». En aquel momento, cien, doscientos, trescientos cazadores se deslizaban sobre el agua buscando el escondite.

—Callarse todos.

Era sobrecogedor. Por el cielo parecía correr una sierra silbante que fuera cortando las nubes como si fueran de percal. Eran patos, patos en bandadas. También, de vez en cuando, se escapaba de entre los matorrales algún avefría.

—Este es su sitio—me dijeron.

Con gran tiento me metí en mi tonel. El bocoy es un tonel que está por fuera rodeado de arbustos—para despistar—y dentro tiene una banquetita sujeta con dos cadenas. Los pies descansan sobre unos trozos de arpillera. Al alcance de la mano hay un bote, sujeto con un hilo, para si al cazador se le presenta alguna necesidad perentoria. No hay mucha facilidad de movimientos, pero tampoco se puede decir que sea una cámara de suplicio. Lo más terrible es que hay que permanecer allí, sin asomar las orejas hasta el momento preciso, desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde. No vale levantarse, ni hablar, ni mover la escopeta. Lo que hay que hacer es tener paciencia, estar quieto y esperar. En el bocoy de al lado se metió el teniente de alcalde, y en el de más allá, con enormes precauciones, el sacerdote, don Rafael, a quien el tonel le venía enteramente justo.

Seguían pasando patos. Patos que daban la sensación de algo misterioso, patos que parecían ir hablando entre sí y que cruzaban el cielo a una velocidad vertiginosa. No me atrevía ni a respirar.

Allí estaban doscientas o trescientas escopetas esperando la señal que tenía que dar el tenien-

te de alcalde, que yo tenía a mi lado.

—¿Ya?

El teniente de alcalde se puso a imitar al pato. Era un reclamo tan perfecto que más, de una vez pensé si no tendría dentro del tonel un saco de patos prisioneros. Y el reclamo se repetía, en mil tonos diferentes, en varios kilómetros a la redonda. Eran unos reclamos deliciosos, reclamos de pato volando, reclamos de pato en el agua, reclamos de pato mareado, reclamos de macho, de hembra... vayan ustedes a saber. Los patos seguían pasando a millares. Se les oía, pero aún no se les veía. Coloqué mis dos primeros cartuchos.

—¡Ya vienen, ya vienen!—grité.

El cura, desde su tonel, me amonestó por lo bajo:

—Nada de ya vienen, sino derecha, izquierda, por el centro, a tantos metros.

El teniente de alcalde seguía incitando a los patos. Ya estaba endureciéndose el cielo. Se les veía entre las nubes, en triángulos perfectos, rasgando el aire como cuchillos. Delante del bocoy teníamos cien o doscientos patos falsos, patos de madera que movían el cuellocito y la cola como si fueran de verdad. Estaba listo a disparar sobre ellos, tan reales me parecían.

Sonaron muy lejanos varios disparos.

—Ya dieron la señal en La Albufena.

—Toque la corneta ya—reclamó el cura.

Sonar la corneta y empezar a sonar estampidos a diestro y siniestro todo fué uno.

No bajaban por nuestro lado. Pasaban muy altos y se movían entre las nubes como cartabones en manos de un delineante experto. Creo que el «guía» va dejando el turno al siguiente, y así va corriendo el vértice del ángulo que rompe el aire renovándose constantemente el «guía», sin que se altere la formación geométrica perfecta de la bandada.

No valía la pena disparar. Era más bonito verlos, aunque era incómodo a veces, porque no se ha inventado todavía un modo de hacer girar redondamente el cuello.

—No tire, van muy altos.

En el inmenso charco cundían los reclamos como si fuéramos ranas al atardecer. Los patos parecían mirar y querer fijarse, pero pasaban de largo. A veces daban la vuelta y proseguían. Los



Al caer la tarde en la Albufera regresan los cazadores en sus barcas llenas de patos

veíamos descender por otros «puestos». Sonaban disparos a granel.

—Uno, uno—grité.

Se incorporó la escopeta del teniente de alcalde y la del cura. Disparamos los tres. Estaba revoloteando sobre los cimbeles. No dimos. Un nuevo estampido a mi derecha lo tumbó. Era el secretario del Delegado de Trabajo de Valencia. El pato herido cayó sobre el agua con el pico estirado. Era negro.

Ya estaba roto el fuego. Un fuego que no iba a interrumpirse en toda la mañana, pero que iba a exigirme muchas horas de calma. Para unos minutos de emoción hay que saber conservar la sangre fría muchos cuartos de hora de inactividad, frío y tensión. Unas agujetas, como si de repente me hubiese puesto reumático, se iban apoderando de mí.

El vuelo de los patos era desconcertante, con unos quiebro, y unos descensos, y unas elevaciones que requieren mucho instinto y costumbre. El pato suele volar a más de doscientos kilómetros por hora, y todo era verlos y no verlos. Es cuestión de segundos el aposentarlos bien los perdigones. Hay que aprovechar cuando van a pararse y cuando aletean contra el viento.

—Hoy están tontos—dijo el cura.

—¡Ya vienen, ya vienen; muchos, muchos...!—exclamé.

—No diga ya vienen, ya vienen; diga «izquierda», «derecha» refunfuñó don Rafael.

—Los del «puesto número 7» se están hinchando—comentó el teniente de alcalde.

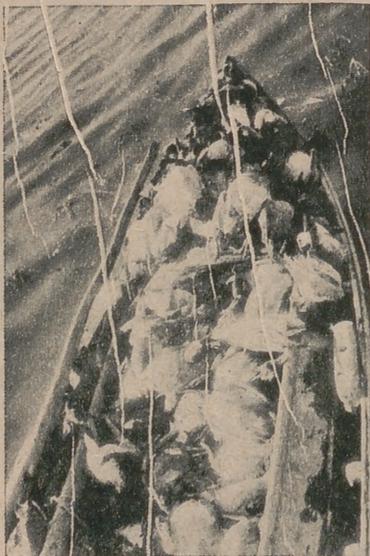
Efectivamente, nuestros vecinos disparaban a placer. Después de cada descarga de seis o siete tiros solían escucharse dos o tres tiros sueltos. Era que los estaban rematando.

No todos los patos eran iguales. Los había rabilargos, silbones, y unos patos de alas cortas muy bellos. Yo creo que había hasta patos de corral. Dicen que durante la última guerra mundial, por estas costas levantinas los patos

caían sobre los pueblos a espuestas. Los mataban incluso con cañas. Estos patos, si se paran en Valencia, es como tomándose un descanso o unas vacaciones turísticas. Ellos vienen del Norte y van hacia el África. Tienen una resistencia enorme. Palpando sus carnes se les nota lo fuertes y bien organizados que están. Y lo limpios.

—¡A ellos!

Cada vez que sonaba ese grito, el aire se llenaba de plumillas y un bando de patos luchaba por salirse de la barrena de fuego. Caían sobre el agua. Muchos de los heridos hufan a esconderse entre las matas flotantes. Otros se sumergían. Dicen que los patos prefieren suicidarse a que los sacudan con pólvora. De vez en cuando alguno sacaba la cabecita. Otras veces, uno se creía que era la cabecita y era la cola. La corriente lo iba dejando junto a las cercas de los arrozales. Al terminar la jornada, cada pato es



La proa de la barca enfila la tierra con su preciado cargamento valorado en munición, arroz y muchas horas de paciencia

de quien lo tiene en su coto. Todo puede ser que el suyo lo tenga otro, pero también él puede recoger los de otros. Esto ya es cosa de suerte.

Tenía los miembros entumecidos, pero no me daba ni cuenta. De rato en rato tomaba un trago de coñac. Ningún cazador había fuerte ni sacaba la cabeza del bocoy. Lo más jaranero que se puede hacer dentro del tonel es el reclamo. Los caños de las escopetas se movían imperceptiblemente entre la hierba.

Por regla general, los patos dan una primera pasada al amanecer. Luego se van al mar, a descansar un rato seguramente. Luego vuelven a la golosina del arroz. Pero esto no quita para que haya bandos durante toda la mañana, bandos que pasan muy altos, bandos que se deciden a bajar, bandos que se dispersan y pierden la unidad. De vez en cuando también pasa un pato solo, despistado.

—¡A eso!

Y suenan docenas de tiros. El pato va cruzando los «puestos» jugándose el tipo. Porque un sábado les da por tirarse a una parte y otro a otra; es un misterio.

—Están hinchados—comentó don Rafael—y por eso no se tiran.

—Sí, será cosa de ir prohibiendo el cebo—agregó el teniente de alcalde.

Eran ya las doce. Quedaba una hora. A otros, las escopetas deberían estar quemándoles. Nosotros no teníamos mucha suerte. Ahora que, eso sí, tantos cartuchos como patos. Nos portamos como los buenos.

Seguían pasando ágiles, vibrantes, hermosos. Aquello parecía justamente la guerra; los disparos se sucedían remotos o cercanos, pero instantáneos, delirantes, certeros.

La tierra que da el arroz—que es una fuente de riqueza incommensurable—y que da también materia para el papel y las pajas, sirve para este apasionado deporte de la cacería de patos donde todo es línea, movimiento y belleza. El cazador, porque se hace parte del paisaje, porque se confunde con los arbustos, con la tierra y con el agua; el pato, porque, dueño del espacio, desafía la rapidez del tiro y aun en las barbas del cazador se juega preciosamente la vida. Belleza, porque el pato cae elegante, y aun herido tiene aletazos de envidia para los que inaccesibles vuelan hacia el mar.

A la una sonó la corneta, y más bien puedo decir que me secaron que saliera de allí. Fui rematando en barca algunas piezas. El cura y el teniente de alcalde se quedaron en el bocoy. Iban a tomar un bocado y un trago. Creo que se quedaron allí toda la tarde. Porque también a la puesta del sol el pato suele tirarse a la laguna.

Realmente hay que tener afición para sobrellevar con júbilo la jornada, sobre todo cuando los patos no se dan bien. Pero muy bien valen la pena todas las impacencias e incomodidades cuando hay que apretar el gatillo cada dos minutos.

Gracián LOAYSA

DE DRIVEWAY 520, OTTAWA, A LA MADRILEÑA CALLE DEL NUNCIO

FECUNDA LABOR APOSTOLICA DE MONSEÑOR ANTONIUTTI



EL edificio 520 de la avenida Driveway, de Ottawa, quizá pase inadvertido para la inmensa mayoría de los habitantes de la capital canadiense. Ni se habrán dado cuenta, incluso, de que su principal inquilino—un prelado de nacionalidad italiana—lo ha abandonado hace escasas semanas, después de haber residido en él quince años largos. No ha sido propiamente un abandono, sino un relevo. Ya está designado otro eclesiástico, italiano también—monseñor Panico, hasta ahora nuncio en Perú—para hacerse cargo de la Delegación Apostólica en el Canadá, cuya sede es el edificio en cuestión.

Ya habréis adivinado quién es el primer prelado a que nos referíamos: monseñor Hildebrando Antoniutti, ahora Nuncio en Madrid, donde ha presentado esta misma semana sus credenciales al Jefe del Estado español. La Prensa católica canadiense ha resaltado este nuevo nombramiento—la Nunciatura española es de las de primera clase y la segunda en antigüedad entre todas las del mundo—y señalado los méritos que monseñor Antoniutti ha puesto de relieve a lo largo de los tres lustros de permanencia al frente de la Delegación Apostólica de la Santa Sede en Ottawa.

DE QUEBEC Y OTTAWA A LA BAHÍA DE HUDSON

Sus cualidades personales quedan condensadas—en la mente de los lectores canadienses—por esta frase, enviada por las agencias informativas al dar cuenta de su traslado: «Hombre de carácter apacible y austeras costumbres que ha vivido apartado de los círculos políticos de Ottawa.» Este apartamiento tiene dos claras explicaciones. De un lado, la propia austeridad de su espíritu; de otro, la esencia de la misión de un delegado apostólico, que es el representante de la Santa Sede en países con los que el Vaticano no tiene relaciones diplomáticas.

Pero si el ciudadano corriente y más aún el que desempeña cargos oficiales ha tenido pocas ocasiones de ver el rostro y oír las palabras de monseñor Antoniutti, los católicos—que suponen un 45 por 100 de los habitantes del extensísimo país—son testi-

gos de la incansable y eficaz labor realizada por el delegado apostólico que durante quince años, en cumplimiento de la misión inherente a su cargo ha visitado todas las diócesis del Canadá, desde las catorce sedes metropolitanas, enclavadas casi todas ellas en importantes ciudades—Quebec, Ottawa, Toronto, Vancouver— a los Vicariatos de las misiones esquimales, alguno de ellos, como el de la bahía de Hudson, con una extensión de dos millones de kilómetros cuadrados.

«HAS HECHO LO QUE NO HIZO NUESTRO REY.»

Para estas tierras apartadas e inhóspitas fueron las primeras visitas de monseñor Antoniutti allá por 1939, a los pocos meses de encargarse de la Delegación Apostólica. Y todavía recuerdan emocionados los misioneros las muestras de devoción y júbilo con que los diversos poblados esquimales recibieron al representante del «Gran Sacerdote de Roma». Uno de los jefes de aquellas regiones, en el discurso de bienvenida, le dijo con lágrimas en los ojos. «Hace poco tiempo nuestro Rey estuvo visitando esta nación, pero no vino a visitar a los esquimales. Tú, sin embargo, enviado del Vicario de Cristo, has querido en su nombre acercarte a nosotros. Dile de nuestra parte al «Gran Sacerdote que ora» seremos toda la vida fieles a la religión que vuestros misioneros nos han enseñado.»

Fácil es comprender la emotiva satisfacción con que cumpliría el representante del Papa la segunda de las obligaciones anejas al cargo de delegado apostólico que, a tenor del canon 267, párrafo 2 del vigente Código de Derecho Canónico, debe «visitar las iglesias y regiones católicas del país y dar cuenta del desarrollo de la religión en ella al Romano Pontífice».

MONSEÑOR ANTONIUTTI Y LA JERARQUÍA CATÓLICA CANADIENSE

La población católica de todo el Canadá—lo es casi la inmensa mayoría de los territorios de lengua francesa, en una proporción del 98 por 100—está actualmente dividida en catorce arzobisados o sedes metropolitanas, de las

que son sufragáneos 35 obispados, ocho vicariatos apostólicos y una Prefectura, además de tres exarcados para los católicos de rito oriental (rutenos). Inmediatamente sujeta a la Santa Sede se halla, además, la archidiócesis de Winnipeg. Pues bien; durante la misión de monseñor Antoniutti han sido nombrados 50 prelados y el delegado apostólico ha asistido personalmente a la consagración de 33 de ellos.

El constante aumento de católicos, que incluso se extiende de manera palpable en los territorios de lengua inglesa, ha llevado consigo la ampliación de circunscripciones eclesiásticas. Dos arzobisados, diez obispados, tres vicariatos apostólicos y los tres exarcados rutenos han sido creados mediante las gestiones de monseñor Antoniutti.

Al término de su labor ha podido presentar a Su Santidad el panorama consolador de un catolicismo en auge en este vasto país donde trabajan apostólicamente 16.000 sacerdotes y tienen casas religiosas 81 congregaciones masculinas y 169 femeninas.

AUMENTO EN LAS VOCACIONES ECLESIÁSTICAS

Es precisamente la floración de vocaciones uno de los mejores exponentes de este avance que la religión católica ha experimentado en el Canadá. A este respecto, es curiosa una estadística hecha por el padre jesuita Antoine Fortier, tomando como base 1.642 familias de los territorios de lengua francesa. De los 21.016 hijos que entre todas ellas reúnen, 7.580 vieron colmada su vocación eclesiástica; 1.352 en el sacerdocio—entre esos sacerdotes figuran 16 obispos y siete arzobispos—y el resto en comunidades de monjas o como hermanos legos.

DE DELEGACION APOSTOLICA A NUNCIATURA

Probablemente extrañará a l lector que un país en que abunda tanto el catolicismo—la secta protestante más numerosa no llega al 21 por 100 de la población total—no tenga aún relaciones diplomáticas con la Santa Sede. La misma Prensa católica del país planteaba la cuestión no hace mucho tiempo.

El «Montreal Matin», órgano

del jefe del gobierno provincial de Quebec, escribía: «Sólo las naciones anticatólicas pueden considerarse al Vaticano como una potencia de la que puede recelarse cualquier cosa. Las demás deben aproximarse a la Santa Sede.

El Vaticano vería de muy buen grado el establecimiento de estas relaciones. Lo prueba el hecho de que el nombramiento de delegados apostólicos recae siempre en personas de historial diplomático muy acreditado en la Secretaría

de Estado de la Santa Sede. El sucesor de monseñor Antoniutti, monseñor Juan Panico, ha desempeñado el cargo de delegado apostólico en Australia y Turquía y últimamente incluso ha estado al frente de una Nunciatura: la del Perú. Y el propio monseñor Antoniutti, a pesar de su juventud cuando tomó posesión de la delegación apostólica de Ottawa —tenía entonces cuarenta años recién cumplidos— había sido secretario de la delegación en China, delegado en Albania y encar-

gado de negocios en España.

El hondo afecto y el buen recuerdo que los años de su estancia en Canadá han dejado en su espíritu le hará, sin duda, desear que no esté lejos el día en que el edificio 520 de la avenida Driveway de Ottawa albergue entre sus muros a un eclesiástico con la misma categoría representativa del que habita en Madrid el palacio de la calle del Nuncio, número 13.

Gerardo RODRIGUEZ

EL EMBAJADOR DE CANADA HABLA DE SU PAIS Y DE LOS ESPAÑOLES

HABLAR con el señor Pope no ha sido tarea fácil. Cuando fui al hotel Ritz para ver de localizarle me comunicaron que había salido de Madrid. No sabían dónde había ido. No sabían nada de su persona. El conserje me dijo que era un hombre muy amable. El portero añadió que además de ser amable era bueno. Me dijo también que le acompañaba un perro de enormes dimensiones. «Pesa 72 kilos».

—aseguró.
Dos días después el embajador estaba de nuevo en Madrid. En la Embajada conseguí hablar con él. La planta que ocuparán las oficinas está en plena organización.

El señor Pope responde totalmente a lo que me habían dicho en el hotel. Es un hombre amable y casi aseguraría también que el portero tenía razón al llamarle bueno. Hombre de edad madura, aunque no viejo aún, habla con lentitud y serenidad. Su secretaria me había dicho que estaba casado y tenía cuatro hijos. El embajador me lo confirma.

—Me casé en el año 1920— afirma—. Mi esposa es de origen belga, y tengo, efectivamente, cuatro hijos, tres de ellos varones.

—¿Qué representa hoy Canadá en el mundo?

—*Importantisimo.* Su interés primordial se encamina a contribuir en la medida de todas sus posibilidades a la seguridad del mundo occidental. Las intervenciones de mi país en la N. A. T. O. así lo atestiguan.

—¿En qué situación económica se halla su país en la actualidad?

—El país atraviesa un momento de gran prosperidad. Los yacimientos petrolíferos y las minas de mineral de hierro son fuentes de gran riqueza. En ellos se basa la potencia industrial del Canadá.

—¿Aumenta la población?
—Indudablemente. Hay trabajo y mucha gente se marcha allá. Canadá está lleno de magníficos operarios. Singularmente los indios constituyen una mano de obra de excelente calidad.

—¿Aun quedan indios?
—Pocos. Su presencia apenas se nota.

—Señor Pope. ¿Qué ha sido lo más importante de su vida?



—Sin duda alguna ser nombrado primer embajador del Canadá en España. Cuando me ofrecieron el cargo, antes de que terminaran la lectura del telegrama ya había contestado que sí.

—¿Conocía ya nuestro país?
—En absoluto. Es la primera vez que vengo aquí. He recibido en España una fortísima impresión. Decir favorable sería poco. España, ¡maravillosa!

—¿Qué espera conseguir en nuestro país?

—Existía una evidente laguna en las relaciones entre el Canadá y España. Faltaba una Embajada de nuestro país. España es un país de primera línea y de gran importancia. Lo que yo pretendo y quiero conseguir es hacer que las relaciones entre nuestros países tengan la importancia que de ellos cabe esperar. Ese es el mensaje que quiero darle al pueblo español. Asegurarle que todo mi esfuerzo irá encaminado a estrechar ese primer abrazo oficial.

—¿Dónde estaba usted antes de venir a España?

—Era embajador de mi país en Bélgica.

(El señor Pope se interrumpe un momento. Mira por la ventana. Luego exclama:)

—¿Qué sol tienen ustedes! Así se trabaja a gusto.

—¿Cuáles son sus aficiones personales, señor Pope?

—Me obsesionan la historia y las antigüedades. En España espero encontrar «momentos afortunados» en ambas cosas. Todos los sábados salimos con mi esposa «a descubrir» una ciudad española. He visto ya Segovia y Toledo. ¡Maravillosa! Será preciso repetir el viaje para comprender todo mejor. España me llena de actividad.

(En este momento del diálogo ocurrió algo inesperado: El perro, «Basko», se levantó y lanzó un ladrido enorme. Un ladrido de 72 kilos. Luego, como si tal cosa, volvió a tenderse en la alfombra.)

—¿Cuál es la historia de ese perro, señor Pope? O no la tiene...

—Claro que sí. Es un servidor más de la Embajada del Canadá. En el año 1948, estando en Alemania, le regalaron uno a mi hija. Todos le tomamos un gran cariño. El perro murió al cabo de un año. Entonces decidí reemplazarle. Tardé ocho meses en localizar uno que me gustara. Al fin lo encontré en Munich. Tenía tres meses. Fui a buscarle con el coche. Desde entonces no se separa de mí.

—¿Vive con usted en el hotel?

—Sí. Es un gran camarada. Cuando murió el que tenía mi hija me había dado cuenta ya de que un perro es un servidor más. De todos modos no esperaba, se lo digo sinceramente, vivir con un perro en el hotel.

—¿Le reporta algún beneficio?

—Pues, la verdad es que le estoy muy agradecido. Tengo que sacarle todos los días dos veces a pasear. Le llevo al Retiro. Es indudable que también el paseo es bueno para mí.

* * *

La entrevista con el señor Maurice Pope no pudo prolongarse más. Para él estos días son de intenso trabajo. Amablemente me tendió la mano. Todo ello sin prisa. La impresión que causa este hombre es excelente. Después de conocerle se desea devolverle ese primer abrazo oficial que ha venido a darnos.

Pedro ANGELET

Un buen libro, el mejor regalo



tamaño 21x28 cm.

NUEVA EDICION 1953

La mejor obra de consulta!

DICCIONARIO HISPANICO UNIVERSAL

¡Más de 60.000 ejemplares vendidos garantizan su gran utilidad!

Texto revisado y puesto al día; seis mapas y numerosos grabados nuevos; aumentada notablemente la terminología técnica. Papel de la mejor calidad; sólida encuadernación. Esta novísima edición supera a las anteriores, ya que la experiencia de largos años ha permitido presentar una obra cuya gran amplitud la convertirá en su mejor colaborador sean cuales sean sus actividades.

Por su claridad, su exactitud y ordenación es insustituible

Obra sin precedentes, fruto de una concepción totalmente distinta a cuantos diccionarios y enciclopedias existen en nuestra lengua es, en su clase, único en el mundo y un verdadero Diccionario de Diccionarios, pues contiene:

- 1 Un diccionario completo de la Lengua Española con todo el léxico de Ciencias, Artes y oficios, americanismos, etc.
- 2 Las equivalencias en Francés, Inglés, Alemán, Italiano y Portugués, de todas las palabras españolas.
- 3 Un completísimo Diccionario Enciclopédico, Histórico, Geográfico, Biográfico, Mitológico, etc.
- 4 Vocabularios especiales en Francés, Inglés, Alemán, Italiano y Portugués.
- 5 Vocabulario caló (gitano)-español y español-caló (gitano). Vocabulario de Germanías.
- 6 Un extensísimo Diccionario de Sinónimos, que contiene más de 175.000 palabras.
- 7 Un interesante repertorio de frases célebres y voces y locuciones latinas y extranjeras.
- 8 Un vocabulario de terminología técnica moderna, usada en radio, televisión, ciencias físico-químicas, electricidad, energía atómica, etc., etc.

2.765 páginas con
 450.300 artículos.-6.695 grabados.- 1.000 retratos.- 106 mapas en negro y colores.- 26 láminas en negro.- 19 en colores.- 9 en huecograbado y 50.000.000 de letras.



Esta obra debe hallarse al alcance de la mano y sobre la mesa de trabajo de toda persona culta, sea cual fuere la actividad a que se dedique.

PRECIO DE LA OBRA (2 tomos)

Encuadernación tela y oro: AL CONTADO, Ptas. 475, a reembolso sin otro gasto.
Encuadernación especial lamapiel y títulos en oro ley: AL CONTADO, Ptas. 550 a reembolso sin otro gasto.
A PLAZOS, Ptas. 540, o sea, 60 a reembolso y 12 mensualidades de ptas. 40 cada una
A PLAZOS, Ptas. 625, o sea, 75 a reembolso y 11 mensualidades de ptas. 50 cada una

40 PTAS. MENSUALES **13 MESES DE CREDITO**

CARTA DE PEDIDO O. L. A. P.
 DATOS PERSONALES

Nombre y apellidos: _____
 Edad: _____ profesión: _____
 Domicilio: _____
 Población: _____
 Provincia: _____
 Empleado en: _____
 Domicilio simple: _____

Muy Sres. míos: Sirvanse restituirme, a la mayor brevedad posible, un **DICCIONARIO HISPANICO UNIVERSAL** (2 tomos) en encuadernación (1) corriente, especial, que me comprometo a pagar (1) Al contado, Ptas. _____ el primero de Ptas. _____ a reembolso, y los restantes de Ptas. _____, el día 1º de cada mes, hasta su liquidación

Firma: _____

(1) Téchele no no deseado

Recórtese o cópiese esta carta y remítase a OLAP ORGANIZACIÓN LIBROS A PLAZOS DIPUTACIÓN, 296 - BARCELONA

EL LIBRO QUE ES
MENEJTER LEER

EL MUNDO SILENCIOSO

Por el capitán J. Y. COUSTEAU con F. DUMAS

THE SILENT
WORLD

by CAPTAIN J. Y. COUSTEAU



El capitán de corbeta Jacques-Yves Cousteau es un oficial de artillería naval francés. Frédéric Dumas, el hombre con mayor experiencia en las inmersiones submarinas, es un empleado civil del Grupo de Investigaciones Submarinas, fundado por Cousteau y Felipe Taillez en 1945. En la actualidad estos hombres realizan investigaciones oceanográficas por todo el mundo, juntamente con el profesor Picard y su famoso «Batiscajos».

El relato de estas aventuras tiene todo el encanto de las novelas de Julio Verne, con la ventaja de que se cifren estrictamente a la verdad escueta de sus experiencias. La penetración de los misterios marinos prende el interés del lector con fuerza irresistible, y al hacer el resumen sentimos dejar en el tintero tantas y tantas peripecias apasionantes que no caben en nuestro espacio.

«The Silent World», por el capitán J. Y. Cousteau, con Frédéric Dumas. Editado por Harper and Brothers, Nueva York, 1953; 266 páginas. Precio, 4 dólares.

EL HOMBRE PEZ

UNA mañana de junio de 1943 me dirigí a la estación del ferrocarril de Bandol en la Riviera francesa para recoger un cajón de madera que me enviaban de París. Era un aparato nuevo y prometedor, el resultado de años de lucha y de sueño, un pulmón automático de aire comprimido para los descensos submarinos, según lo habíamos imaginado Emile Gagnan y yo. Lo llevé corriendo a Villa Barry, donde mis camaradas Felipe Taillez y Frédéric Dumas me esperaban. Los niños en Navidad no abren sus paquetes con mayor ilusión que nosotros en aquellos momentos para ver el primer «aqualung». Si funcionaba bien sería una verdadera revolución en los descensos submarinos.

Se trataba de tres cilindros, no muy grandes, de aire comprimido conectados con un regulador que parecía un reloj despertador. Del regulador salían dos tubos que se unían en una pieza que se ajustaba a la boca. Con este equipo sujeto a la espalda y una máscara impermeable con ventanilla de vidrio sobre los ojos y la nariz intentábamos hacer vuelos libres por el fondo del mar. Las botellas contenían aire a 150 veces la presión de la atmósfera. A duras penas contenía mi agitación e impaciencia para discutir con calma el plan de la primera inmersión. Dumas, el mejor buzo libre de Francia, se quedaría en la orilla listo para acudir en mi ayuda si fuese necesario. Mi mujer, Simone, se quedaría nadando en la superficie con la cara hundida y un tubo para respirar, observándome a través de su mascarilla. Si observaba que algo marchaba mal, Dumas podría llegar a mí en pocos segundos. Dumas era capaz de bajar desnudo a 60 pies de profundidad.

Me recliné suavemente sobre el agua y Dumas sujetó a mi cinturón siete libras de plomo. Me

hundí suavemente hasta tocar la arena. Respiraba aire fresco, sin el menor esfuerzo. Oía un leve silbido al hacer las inspiraciones y luego el borboteo de las pompas de aire que expulsaba. El regulador ajustaba la presión exactamente a mis necesidades. Cuando terminé de bajar vacié lentamente mis pulmones y continué el aliento. Al disminuir mi cuerpo de volumen volvió a bajar nuevamente. Entonces llené el pecho de aire y me quedé así por unos momentos. Con la misma suavidad volvía hacia la superficie.

Mis pulmones tenían un nuevo papel que desempeñar, como si fueran un mecanismo sensible para el lastre de un globo. Volví a respirar normalmente, incliné la cabeza y nadé hasta 30 pies de profundidad. No noté el aumento de la presión del agua que a esa profundidad es doble que en la superficie. El «aqualung» me proporcionaba automáticamente aire a mayor presión para compensar el aumento de la de fuera. A través de los frágiles alvéolos pulmonares esta contrapresión era transmitida a la corriente sanguínea y se comunicaba instantáneamente a nuestro incomprendible cuerpo. Mi cerebro no tenía la menor noticia subjetiva de la presión. Me encontraba perfectamente, salvo un ligero dolor en el oído medio. Bestecé, como se hace en un avión al aterrizar, con el fin de que se abrieran las trompas de Eustaquio y se pasó el dolor. No llevaba tapones en los oídos, pues esto es muy peligroso debajo del agua. Se crea una cámara de aire dentro del oído, y al aumentar la presión interior y no aumentar la exterior del oído, se puede romper el tímpano.

Experimenté el «aqualung» en todas las posturas y con todos los movimientos posibles. Hablé y reí dentro de mi máscara y nada interrumpía el ritmo del aire comprimido. Libre de la gravedad, volaba a mis anchas por el espacio. Era capaz de avanzar a una velocidad de dos nudos sin mover para nada los pies ni las manos. Bajé sesenta pies, que es una profundidad a la que había llegado muchas veces sin ningún aparato que me ayudase. Ya llevaba quince minutos debajo del agua. Tenía suministro de aire para más de una hora. Decidí seguir hasta que el frío me obligase a subir. Luego me dirigí a una cueva cuya entrada era tan estrecha que rozaba mi pecho contra la parte más baja y oía el ruido que hacían sobre mi espalda las botellas de aire comprimido al pegar contra la roca. Sentía que algo me decía que no debía entrar, pero también sentía algo más fuerte que me impulsaba a hacerlo. La gruta era de pequeñas dimensiones y estaba literalmente abarrotada de langostas. Parecían moscas gigantes posadas en el techo. Respiré con ritmo rápido y pequeñas inhalaciones para no tocar sus antenas y espinas. Arriba, en la superficie, estaba la Francia ocupada y hambrienta. Pensé en la cantidad de calorías que pierde el que bucea dentro del agua fría. Escogí un par de langostas de buen tamaño y las arranqué con cuidado del techo, sin tocar sus espinas. Las llevé hasta la superficie. Mi mujer había estado observando todos mis movimientos, y al verme subir bajó a mi encuentro. La entregué las langostas y volvía a bajar mientras ella subía. Simone nadó hasta una

roca donde había un señor pescando con caña. De pronto vió aparecer a una joven rubia que llevaba un par de langostas, y le dijo: «¿Quiere tener cuidado un momento de estas langostas?» El pescador se quedó con la boca abierta. Simone volvió a realizar pequeños descensos otras cinco veces para recoger mis langostas y llevarlas a la roca.

Yo di por terminada la prueba y volví a salir por el sitio que había entrado. El pescador no pudo ver más que a mi mujer. El hombre no salía de su asombro cuando Simone recogió la pesca y le dijo: «Quédese con una, son muy fáciles de coger, si se hace como lo he hecho yo.»

BORRACHERA SUBMARINA

El primer verano que utilizamos el «aqualung» fué una época memorable. A pesar de la guerra y de la ocupación de mi país, pudimos practicar cuanto quisimos teniendo como base la Villa Barry, donde vivíamos Dumas, Tailler con su mujer y su hijo, Claude Houmbreque, el técnico de cine y su esposa y Simone y yo con nuestros dos hijos.

Los descensos submarinos servían, en primer lugar, para alimentarnos, aunque la verdad es que necesitábamos muchísimas calorías para resistir aquellas pruebas. Poco a poco fuimos perfeccionando nuestra técnica y ganando experiencia. Ya habíamos bajado con éxito a más de 22 brazas y Dumas quería conocer los límites de la resistencia humana con nuestro aparato. Teníamos conocimiento teórico de un fenómeno de crispación, a veces fatal que se presenta cuando los buzos bajan mucho y tienen que soportar grandes presiones. En Norteamérica lo llamaban la «contracción griega», porque los obreros que trabajaban a gran presión en la cimentación del puente de Brooklyn subían a veces con el cuerpo retorcido en una postura similar a la que caprichosamente adoptaban las esculturas de mujeres griegas, con una cadera más alta que otra. La causa de esto es que, al respirar el buzo a gran presión, se multiplica el nitrógeno, el gas inerte que constituye el 78 por 100 de la atmósfera. Este nitrógeno no es totalmente expulsado, sino que llega a entrar en disolución en la sangre. Cuando el buzo pasa a una presión menor deja de estar disuelto, vuelve a su estado gaseoso, por el mismo principio que hace que surjan burbujas en una botella de champagne al disminuir la presión, cuando se quita el tapón. En el fondo del mar esta intoxicación del nitrógeno produce una verdadera borrachera, con la única ventaja sobre el alcohol de que sus efectos se pasan instantáneamente y al día siguiente no duele la cabeza. La historia más curiosa de este fenómeno me fué contada por sir Robert H. Davis, historiador de las exploraciones submarinas e inventor del primer aparato para escapar de los submarinos hundidos. Hace años, durante la construcción de un túnel bajo un río, una comisión de políticos bajó a las obras para celebrar el enlace de las dos ramas del túnel. Allí bebieron champagne y quedaron desilusionados porque no hacía burbujas. La causa era la gran presión a que se encontraban todos sometidos: el dióxido de carbono no quedaba libre, sino que seguía disuelto y no hacía burbujas. Cuando los padres de la patria salieron a la superficie, el vino almacenado empezó a borbotear, hinchando las paredes de sus estómagos y causándoles grandes dolores y un concierto de erupciones. Uno de los dignatarios tuvo que ser llevado abajo para comprimir nuevamente el champagne.

GRUPO DE INVESTIGACIONES SUBMARINAS

Cuando terminó la ocupación alemana fui destinado a Marsella, a un centro de reclutamiento de marineros. Aquello no me gustaba, y para convencer al ministerio de Marina de que era más útil como buzo, me marché a París y presenté las películas que habíamos sacado debajo del agua al almirante Lemonnier. Al día siguiente regresaba a Tolón con la orden de continuar mis experimentos. Me acompañaba Tailler, y a Dumas le contratamos como especialista civil. Constituimos el «Grupo de Investigaciones Submarinas». Felipe, que tenía más graduación que yo, se hizo cargo del mando. A partir de entonces dispusimos de barcos y toda clase de elementos técnicos.

LOS TESOROS SUBMARINOS

Las leyendas sobre tesoros son fantásticas en un 90 por 100. De todas formas no puedo imaginar peor catástrofe para el patrón de una embarca-



Guy Morandière arranca un pulpo de la roca, a 90 pies de profundidad, y trata inútilmente de jugar con el animal, que huye envuelto en una nube de tinta. El pulpo es inofensivo. ¿No ha leído las ensas terribles que dice de él Víctor Hugo?

ción que el descubrir un tesoro de verdad. En primer lugar está obligado a informar del hallazgo a la tripulación y hacerlos los contratos usuales en los salvamentos, con participación en los beneficios para todos. Luego tienen que juramentarse para guardar el secreto. A la segunda copa, en el bar de un puerto, el secreto suele dejar de serlo. Realizando un estudio muy cuidadoso, y aun cuando se trate de un cargamento de oro, los gastos de la empresa apenas suelen dejar un margen prudencial de ganancias. Luego vienen los impuestos, que son enormes, y detrás los pleitos, o entre varios Estados o entre varios supuestos propietarios. En fin, es una calamidad. Sólo he visto enriquecerse rápidamente a un aficionado a la caza submarina de la Riviera francesa, que hizo el salvamento de la carga de un barco hundido en las islas de Cabo Verde, sin más auxilio que el de un bote, un negro, un «aqualung» y un cazamariposas. Obtuvo la contrata para recuperar el cargamento de un barco hundido y se metía dentro hasta llegar a las sacas de cacao. El cacao

floja y las sacas se apiñaban contra el techo de las bodegas. Habría sido muy trabajoso sacarlas una a una. Este señor se limitaba a rasgar las sacas con un cuchillo. Los granos de cacao subían solos a la superficie. Arriba, un negro, con un cazamariposas, iba llenando el bote. Al cabo de unos meses este deportista había logrado una ganancia superior a las ochocientas mil pesetas. Esto demuestra que sí que hay tesoros en el fondo del mar. Pero no tantos como cree la gente.

EL MUSEO SUMERGIDO

En el Mediterráneo hay tesoros maravillosos que esperan al hombre a una profundidad accesible a sus pulmones. Este mar, cuna de la civilización, encierra un maravilloso museo de las culturas más antiguas. Personalmente lo que más nos gusta es descubrir, enterrado en el fango, algún barco de la época precristiana.

Frente a Túnez fuimos capaces de recuperar numerosas piezas de un barco romano que se hundió cuando traía tesoros acabados de robar en Grecia. Por las piezas arquitectónicas recuperadas, los técnicos llegaron a la conclusión de que se trataba de un palacio o templo ateniense que se llevaban, hecho piezas, a Roma, en el siglo I antes de Jesucristo. Algunos capiteles, enterrados en la arena, estaban totalmente limpios de algas y moluscos y conservaban su primitiva belleza al ser sacados al sol nuevamente, por primera vez después de dos mil años.

A CINCUENTA BRAZAS

Nuestro grupo seguía estudiando el fenómeno de la borrachera submarina, y queríamos probar el límite de las posibilidades humanas. En 1947 iniciamos una serie de penetraciones más profundas. Con el fin de registrar inequívocamente las inmersiones, lanzábamos una sonda que cada cinco metros llevaba una tablilla barnizada de blanco. En cada inmersión se descendía todo lo posible y en la última tablilla alcanzada se firmaba con un lápiz indeleble y, si se podía, se escribían las sensaciones que el organismo registraba. A

doscientos pies, de profundidad sentí el gusto metálico del nitrógeno comprimido y se apoderó de mí la borrachera submarina. Me agarré a la sonda y suspendí el descenso. Mi mente tenía una alegre vaguedad. Luché desesperadamente para fijar mi cerebro en la realidad de las cosas. Con el lápiz logré escribir: «El nitrógeno sabe muy mal». Volví a bajar y, de pronto, percibí una mayor claridad, porque la luz de mi reflector era devuelta por el fondo del mar. El final de la sonda estaba a unos veinte pies de altura del suelo. Me paré en la penúltima tablilla y miré a la última, cinco metros más abajo. Echando mano de mis últimos recursos bajé los cinco metros hasta alcanzar doscientos noventa y siete pies de profundidad. Había bajado más que nadie. Firmé en la tablilla y empecé a subir, arrojando todo mi lastre. Pero para salir al paraíso de arriba hay que pasar primero una temporada en el purgatorio. A veinte pies de profundidad esperé cinco minutos para que se produjera la descompresión. Luego subí a diez pies, donde tuve que pasar otros diez minutos.

El único efecto después de esta prueba fue un poco de dolor en los hombros y las rodillas que me duró cosa de media hora. Tailleux llegó luego hasta la última tablilla, escribió un mensaje en el que puso varias tonterías y salió con un dolor de cabeza que le duró dos días. Dumas tuvo que luchar contra una borrachera submarina monumental. Fargues y Morandière bajaron a igual profundidad y se encontraron tan bien, que habrían sido capaces de hacer algún trabajo ligero.

Después entonces probar a mayor profundidad, con cuerdas atadas a la cintura y otro hombre a mitad de camino para facilitar el salvamento en caso necesario. Maurice Fargues bajó el primero. De vez en cuando mandaba señales convenidas que significaban «todo va bien». De pronto se acabaron las señales. Jean Pinard, el hombre encargado de su salvamento, descendió inmediatamente. A ciento cincuenta pies vió con horror el cuerpo inerte de Fargues. Se había saltado el aparato de su boca. Inmediatamente fué izado y durante doce horas estuvimos haciéndole la respiración artificial. Pero todo fué inútil: había muerto. El fallecimiento de tan magnífico compañero y las lecciones de aquel verano, nos demostraron que los trescientos pies constituyen el límite que se puede alcanzar buceando con aire comprimido.

EPILOGO

Las personas con sentido práctico suelen preguntarnos que por qué bajamos al fondo del mar. La respuesta más acertada es la que dió el infortunado Mallory, a quien le preguntaba por qué quería subir al Everest: «Porque está ahí».

La vida en tierra, el ámbito de los animales y las plantas, es una capa muy delgada. El espacio vivo en los océanos tiene unos doce mil pies de espesor y, por lo tanto, tiene un volumen más de mil veces mayor que la zona viva terrestre.

Empezamos a bucear por bajo el agua por mera curiosidad. Esto nos hizo estudiar la fisiología de las inmersiones, y produjo el pulmón de aire comprimido. Nuestros trabajos se dirigen ahora hacia la Oceanografía. Creemos que todavía está por venir la Era del Mar, pero que no puede tardar. Desde la antigüedad ha habido hombres que han tratado de penetrar en el mar. Hay bajorrelieves asíricos que nos hablan de descabellados intentos de inmersión con vejigas hinchadas. Leonardo de Vinci desarrolló algunas ideas impracticables de aparatos respiratorios. No cabe duda de que el hombre tiene que penetrar en el mar. Tenemos que buscar nuestro sustento en este inagotable depósito. La carne y los vegetales del mar tienen una importancia vital para la humanidad. La necesidad de sacar recursos minerales y químicos del mar está claramente indicada a por las intensas luchas políticas y económicas en torno a los yacimientos petrolíferos costeros en Texas y California. Estos yacimientos petrolíferos se encuentran, sin embargo, a doble distancia de la que pueden alcanzar los buzos. En cuanto los centros de investigación de las grandes empresas industriales presten atención a este problema, se podrá rebasar el límite hasta ahora alcanzado. Hará falta un equipo mucho mejor que el «aqualung»: se trata de un pulmón bastante primitivo dado el nivel actual de la ciencia. Pero lo que no nos cabe duda es que quien lo intente tendrá también que mojarse.

Distribuidor para España

A. B. Original-Odhner

Göteborg (Suecia)

Torpedo Werke A. G.

Frankfurt (Alemania)

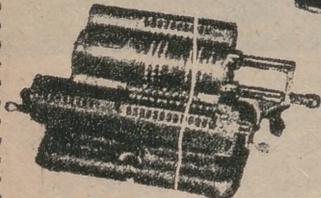
Calculadoras «PITAGOR» fabricadas con los mejores aceros extranjeros



Máquina de escribir «TORPEDO»



Sumadoras «ODHNER» con su teclado científico de pulsación supersuave



Calculadoras «PITAGOR»

Manuel del Palacio
Importador de máquinas de oficina de Alemania y Suecia

Oficinas y Exposición:
PLAZA DE CANALEJAS, 6 - Tel. 218435
Almacenes y Exposición:
ARLABAN, 10 - Tel. 312141

Gal



*El regalo ideal
para estas fiestas*



Distinguido, eterno,
siempre bien recibido...
...uno de estos dos
famosos productos GAL.

JABON HENO DE PRAVIA
AGUA DE COLONIA AÑEJA



LUCES DEL MADRID NOCTURNO

CUANDO LA
PUERTA DEL SOL
SE QUEDA
SIN GENTE

VIDA DE LOS NOCTAMBULOS EN NOCHEBUENA

La noche de Madrid tiene su prólogo en las barras de los bares americanos. Pero no todo el público que toma el aperitivo en ellos antes de cenar formará parte de esta noche. Muchos no se dejan seducir por el medio «gin-fizz», por el «martini» o la combinación. Muchos beben su par de copas por aquello de que las copas deben ir en parejas, como los enamorados; discuten su quiniela en la fugaz tertulia de la barra, y después de lanzar tres miradas seductoras a una señora rubia, alta y gruesa que lleva una hora sentada sola en una mesa del bar, se marchan a su casa. A cenar y a dormir. Han terminado la noche casi antes de empezada. Desde luego, antes de que la empiecen los demás.

LA NOCHE ES JOVEN

Estas señoras rubias, gruesas y solas son el primer personaje extraño de la noche de Madrid. Parece que siempre les han dado plantón. Jamás llega la persona a la que esperan. O quizá no esperan a nadie. Por supuesto, no hacen caso alguno de las miradas y los guiños de los «barristas», y en un instante que nadie ha conseguido ver todavía pagan—digo yo que deben pagar—y se van. Desaparecen en la noche... y hasta la próxima. Por mucho que uno dance luego no las vuelve a encontrar en ningún sitio.

El misterioso eclipse de las rubias gruesas marca la hora primera de los auténticos noctámbulos, de los que empiezan a vivir cuando el resto de los mortales empieza a dormir. Casi todas las mesas del bar están ya vacías. Y sólo quedan ellos en la barra, formando pequeños gru-

pos, como los restos de un ejército en retirada. Pero no están derrotados. Ni piensan retirarse, ni mucho menos. Es su hora, la hora en la que ya pueden empezar a hablar en familia, porque conocen por sus nombres a todos los camareros, al encargado, a la chica del guardarropa y a los botones. Y, claro está, todos éstos, a su vez, les conocen por sus nombres a ellos. ¡Pues no faltaba más!

—¡Oye, Rafael, otro «martini»! El penúltimo, como siempre. ¡Ah! Pongo más flojo, que la noche es joven todavía.

Esta es su frase sacramental, su consigna permanente, su divisa. «La noche es joven todavía.» Al oírse se movilizan los demás. Y cuando parecía todo terminado y los «barman» descansaban del pasado ajetreo y se iba aclarando un poco la atmósfera, cargada del humo dulzón del tabaco rubio, empieza de nuevo el guirigay de las conversaciones, el tintineo del hielo en las coteleras, el crujido del celofán de las cajetillas terminadas, las risas y los planes sobre el porvenir de la noche, que es todavía joven. Para ellos, tanto como una recién nacida.

«DON LUIS, SU TAXI»

Ante la penúltima copa cada peña plantea la operación «J. N.», la juerga nocturna. Aunque esto sea una redundancia, porque, como dicen ellos, ¿acaso puede hacerse una juerga diurna?

Mientras el botones busca un taxi se discute sobre el sitio donde se irá a cenar, a «tomar algo». Casi nunca se puede decidir por acuerdo unánime; hay que recurrir al sistema de la mayoría. Está claro, si uno de la

peña no se «arranca» e invita a todos los demás. Porque entonces desaparecen todos los motivos de divergencia y llegan con facilidad a un acuerdo pleno los partidarios de la cena «a la española», en una tasca, y los de la cena «a la moderna», en una cafetería. En este tiempo el bar ha vuelto a animarse con los que vienen a tomar un café antes de meterse en un cine o en un teatro. Pero éstos generalmente no son en la noche de Madrid más que un coro de fondo, que desaparece pronto. Toman su café se van al cine, reciben su ración de fantasía, hacen cola en el autobús y a casa.

Volvamos al bar. El botones ha encontrado el taxi.

—Don Luis, su taxi.

La peña paga. Recoge sus gabardinas y sus abrigos directamente del guardarropa, porque la chica se ha ido hace rato. Y van saliendo:

—¡Adiós, don Luis! Hasta mañana.

—Adiós, Rafael.

—Adiós, don Carlos. Adiós, don Alfonso. Divertirse.

—Adiós...

EL CAFE NO SE TOMA EN LAS CAFETERIAS

Durante la cena en la cafetería, como, por lo general, todo está limpio, todo está bucho, sirven pronto y además lo hacen unas señoritas muy simpáticas, que tienen un cierto aire de enfermeras, se mantiene fácilmente esa alegría, medio verdadera, medio artificial, de los aficionados a la noche.

Las cafeterías son una de las instituciones que más van a influir no sólo en el cambio de horario de que ahora hablan los

periódicos, sino también en la evolución de las costumbres. Porque es seguro que si durante el siglo pasado nuestros abuelos hubieran sido clientes de una cafetería jamás habrían llegado a ser conspiradores. Ni a ser siquiera aficionados a las intrigas y a los folletines. En un café de Madrid que le gustaba a Carrere, sobre un diván de peluche rojo, no había más remedio que hablar mal de Maura o de Sagasta. En una cafetería es imposible. Se puede hablar de Di Stefano, de la paga extraordinaria de Navidad, de Marilyn Monroe y, a lo sumo, de un negocio de importación de huevos belgas. Pero apenas de nada más. La «enfermera» vigila el menor gesto de sus clientes.

—¿No le gusta el «sandwich» al señor? ¿Quiere un poco más de mostaza? ¿Está dura la carne?

Y le pregunta con un tal tono de voz, de «voz de fondo» de película de amor, que todos encuentran fresco el pescado, tierna la carne, estupendo el vino y deliciosa la tarta de manzanas.

También los clientes se interesan por ellas.

—Oiga, señorita, ¿está usted tan guapa y tan simpática todas las noches?

Esto a pesar de que la luz fluorescente da un tono cadavérico a las caras y saca unos matices a la pintura de los labios verdaderamente insospechados.

—Es muy amable el señor, pero también tengo días que no me pillan de humor y puede que entonces no le pareciera tan guapa.

—No me lo diga, que me da mucha pena.

Y así, mezclando la conversación con las frases dirigidas a las chicas y con los saludos a los conocidos que aterrizan por allí unos minutos a repostar, se cena pronto. Cada uno paga lo suyo, y mientras se hacen las cuentas, a las que siempre hay que añadir la propina para que resulten divisibles sin tener que cobrar ni pagar céntimos, se empalma otra vez la charla:

—¿No toman café los señores?

Y los señores están de acuerdo en no tomarlo en la cafetería. Ironías de los nombres. Por algo dicen los filósofos que las cosas son lo que son, independientemente de como se llamen.

—No, lo tomaremos en... (y aquí un nombre de bar de la Gran Vía), si usted no se enfada.

—¡Anda! ¿Por qué me iba a enfadar yo?

—Porque tiene cara de ser algo rabiosilla.

—¡Qué guasón es usted! Lo mismo me dice Florentino.

—¿Habéis oído? ¿Y quién es ese Florentino? Que vamos a tener celos...

—Mí novio; un chico de Soría que trabaja en el cine.

—¿Es actor?

—No, señor. Electricista, maneja los focos.

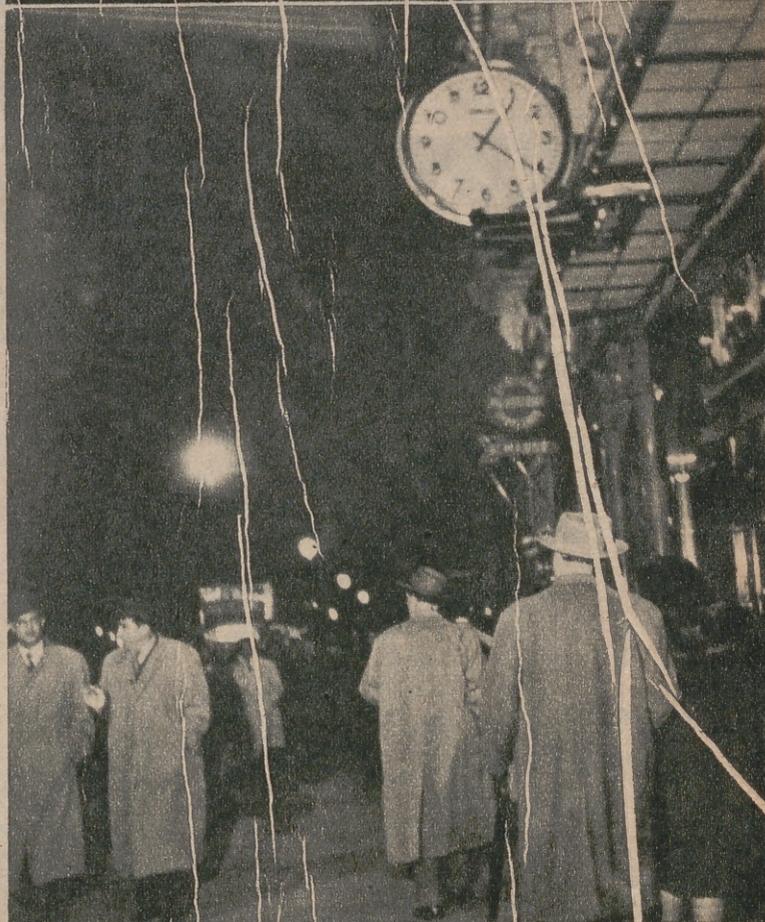
Y la cafetería queda atrás, con su azulada claridad, con su limpieza de sanatorio, con sus platos combinados, propios de una película en colores, con su leve olor a mantequilla, a nata y a tomates.

LA MASONERIA DE LOS NOCTAMBULOS

La noche ha entrado en una



Los noctámbulos de última hora son aquellos que aun se resisten a descansar, suelen frecuentar las salas de fiesta o efectuar un recorrido interminable seguidos por otras acompañantes



No es la hora clave de los noctámbulos todavía. Las gentes salen de los lugares de esparcimiento y llenan por unos momentos las calles de la ciudad.

nueva etapa. Se han ido, ¡me!lio vacíos, los últimos autobuses. El Metro ha apagado su aviso luminoso y ha corrido el cierre metálico de sus puertas.

En las calles quedan ya sólo los «nocturnos» auténticos, los verdaderos ciudadanos de la noche. Y los serenos, que corren de portal en portal apaleando las calles.

Y entonces, en una hora indefinida, se cuaja una atmósfera nueva y la ciudad ofrece unos perfiles inéditos. Las calles son todas más anchas y más rectas. Y todas las casas más altas. Y todas las fachadas más iguales. Empiezan a sonar los ruidos que no se oyen durante el día: las pisadas, las conversaciones, el motor de los coches, la lluvia... Y cambia de pronto el trato de las gentes. Reina la fraternidad de los noctámbulos. Todos se miran como conocidos. Todos se tratan como cómplices. El taxista admite cinco viajeros en su coche sin protestar ni advertir por adelantado que cobrará un suplemento. La vieja que vende el tabaco ofrece su mercancía con una sonrisa maliciosa. Le falta poco para murmurar, complacida: «¡Oh, loca juventud!», o algo así, cuando entrega una cajetilla de «Ideales», con un gesto comprensivo propio de mejor ocasión.

La luna de diciembre está quieta en el cielo y una señal de tráfico guía incansable su ojo amarillo.

EL RITMO, LA VERDAD Y LA MENTIRA DE LA NOCHE

Toda la vida de la noche se

mueve ahora al son de los tambores y de los «foxes» lentos. Y de algún que otro pasodoble, y de algún que otro chotis vuelto a la vida del calor del que lleva el nombre de Madrid.

Entre las «boites» y las salas de fiestas no hay mucha diferencia. Al menos, juzgando a ojo, por lo que se ve. Baile y parejas. Parejas y baile. A la «boite» se lleva ya la pareja. En la sala de fiesta, se encuentra. En las salas de fiestas hay números de atracciones más largos, montados en un plan más teatral; en la «boite» se reducen casi siempre a una cantante y un humorista o un trío de bailarines folklóricos. Aquí paran las diferencias. En ambos sitios existe el convenio tácito de aminorar la luz cuando la música toca una pieza de ritmo lento. En ambos se bebe «gin-fizz» que no saben a «gin-fizz», «combinaciones», que saben a nada y «martinis» que saben a todo. A todo menos a lo que deben saber.

Las peñas de hombres solos prefieren, naturalmente, las salas de fiestas.

Ellos reconocen el terreno antes de tomar posiciones. Y pronto, en poco menos de media hora, cada uno ha escogido su ángulo. Se dispersan por la sala.

La noche es larga y todavía joven. Pero faltaba poco para que la voz gangosa del animador o la voz mimosa y levemente ronca de la animadora cante su última y absurda canción: un «bailón» que todas las chicas de la sala creen bailar mejor que la Maripano. ¡Y échele usted posturas, amigo!

Bailan cansadas las parejas, esperando cada vez con más ansia, aunque no lo digan, que se termine el baile, que cierren el local y no quede excusa para no salir al aire fresco de la noche. A ese aire donde sabe mejor que nunca todas las noches el pitillo que se enciende en la puerta.

HACIA LOS BARRIOS BAJOS

Las salas de fiestas se han ido quedando vacías. Pero aun hay muchos para los que no ha terminado la noche. Quizá porque desean agotar todas las posibilidades de la noche de Madrid ofrecida. Quizá porque es demasiado pronto para ellos. Y la vida nocturna se desplaza hacia las afueras, hacia los barrios bajos, donde la noche

termina mucho más tarde. Es otra hora: la de las churrerías.

Estas churrerías madrileñas tienen un aspecto parecido al que deben ofrecer los tenebrosos hornos de Pedro Botero. Hay clientes solitarios con aire de auténticos condenados que estuviesen sufriendo pena extraña. Tan extraña casi como la clientela: un albañil que ha salido del turno de noche, un linotipista que acaba de dejar el taller del periódico, un diplomático que baja de su «C. D.» o una pareja que, en traje de noche ella y de «smóking» él, se emborrachan espiritualmente con ese chocolate especial, tomado en minúscula jicara, que desaparece nada más haber mojado la segunda porra.

A estas churrerías llegan, de recalada, los últimos viajeros de la noche, que, atiborrados de chocolate y churros, se pierden luego en el dédalo de las calles irregulares y oscuras. Y los extranjeros, no sabiendo que admirar más, si la técnica del churrero o la heterogénea mezcla de la clientela, sólo saben decir:

—Muy típico, muy típico...

LA GRAN VIA, SIN GENTE

Han pasado veinticuatro horas. Son las once de la noche del día 24 de diciembre de 1953. Por los mismos lugares en los que ayer paseaban centenares de personas, por las mismas esquinas en que se daban cita grupos de amigos para sacar una entrada del cine o del teatro o para irse a bailar a una sala de fiestas de moda, sólo pasean ahora, silenciosamente, los serenos. De cuando en cuando, un solitario y fugitivo peatón cruza rápidamente la calle y se mete en la boca del Metro. Los cafés están cerrados y los anuncios luminosos no se encienden como las otras noches. Ningún taxi, ningún automóvil particular. Dentro de una hora, exactamente, comenzará la misa del gallo y se podrá escuchar, resonando en las paredes de las iglesias, el alegre «Gloria a Dios en las alturas», como un aniversario sonoro y diáfano del Nacimiento de Dios.

A esta misma hora, todas las casas de la ciudad conmemoran el acontecimiento. Presidiendo la mesa está el padre, rodeado de los hijos pequeños o mayores y teniendo enfrente o a su derecha a la madre, que, runca como ahora, se siente más satisfecha de ser vínculo y motor de la paz fuerte de la familia.

En la ciudad hay todavía hombres y mujeres que no pueden cenar o pasar esta noche en familia. Son los que tienen que velar por un buen público, por una vida en peligro de sus semejantes, por la previsión de una posible catástrofe o por el cumplimiento de un deber que no puede retrasarse.

En una bocacalle, enfrente justo del apagado cartel de una actual película de estreno, una pareja de guardias pasa lentamente con zancadas largas y reposadas. Es la pareja de servicio. Uno de ellos, joven, apenas lleva un año en la capital. Es soltero y vive en una pensión. El otro hace ya seis años que se caso y es padre de un precioso trío de rapazuelos de cinco, tres y dos años.



No espere la hora!

para deshollinar su chimenea.

No espere que la chimenea se le obstruya para llamar al deshollinador o a los bomberos.

DESHOLLIN resuelve todos estos inconvenientes, evita toda clase de molestias y le previene de enormes peligros!

DESHOLLIN es un preparado químico empleado con gran eficacia en el extranjero y su uso es tan fácil que solo debe frotarse el paquete entero al fuego. En pocos minutos quedará libre de hollín.

DESHOLLIN

LIMPIA QUÍMICAMENTE CUALQUIER CONDUCTO DE HUMO DE ABAJO A ARRIBA



De venta en DROGUERÍAS Y FERRÍTERÍAS

UN A EXCLUSIVA DE COMERCIAL HIEDRA

AV. REP. ARGENTINA, 41 · BARCELONA

DEPOSITO EN MADRID: ENRIQUE PASTRANA, TELEF. 31 70 57

El joven habla:

—Si no hubiera tenido servicio me habría marchado al pueblo, allá con mi madre, que la pobre está muy viejecita. Pero desde aquí le he mandado una buena caja de turrón y un gran paquete de peladillas, que a ella siempre le gustaron mucho.

—Tú, en medio de todo, estás soltero; pero en mi casa, mi mujer estará dando de cenar a los pequeños, que, a buen seguro, dirán: «¿Por qué no viene papá a cenar con nosotros?»

La pareja de servicio sigue lentamente su camino.

SOBRAN BILLETES DE FERROCARRIL

Hemos llegado a la estación. Dentro de unos minutos saldrá un tren expreso.

—Ayer—nos dice el revisor—este tren iba completamente abarrotado. Hoy, ya ven ustedes, en las siete unidades de que consta el convoy apenas irán una docena de viajeros, sin contar la pareja de Guardia Civil, el policía de servicio, los maquinistas, el guarda frenos y las mujeres encargadas de los lavabos. Vengan conmigo y daremos una vuelta por el tren.

Sentado en un departamento de primera clase hay un señor de unos treinta y cinco años, rubio y con aspecto de montañero. Es un extranjero solitario que aprovecha sus vacaciones para escalar y esquiar en las montañas de España.

Dejamos al montañero en su departamento, fumando una vieja pipa de tabaco rubio de Virginia.

En el vagón de tercera clase los viajeros son ya más numerosos. Había dos soldados que iban de permiso.

—Hoy mismo nos han dado el permiso para ir estas Navidades a casa—nos dijo un artillero de poblados bigotes, con un lejano aspecto de mariscal prusiano destinado en la reserva—. Allá en nuestro pueblo (porque los dos somos del mismo lugar) no nos esperan hasta Año Nuevo, pero hemos aprovechado y pasaremos nuestra primera Nochebuena en el tren.

—Bueno, en todas partes se pueden cantar villancicos.

LOS BOMBEROS Y LAS TELEFONISTAS

Hemos vuelto a la ciudad. Antes de llegar a la plaza de España pasamos por un parque de bomberos. Desde fuera se pueden ver los rojos camiones esperando el próximo fuego.

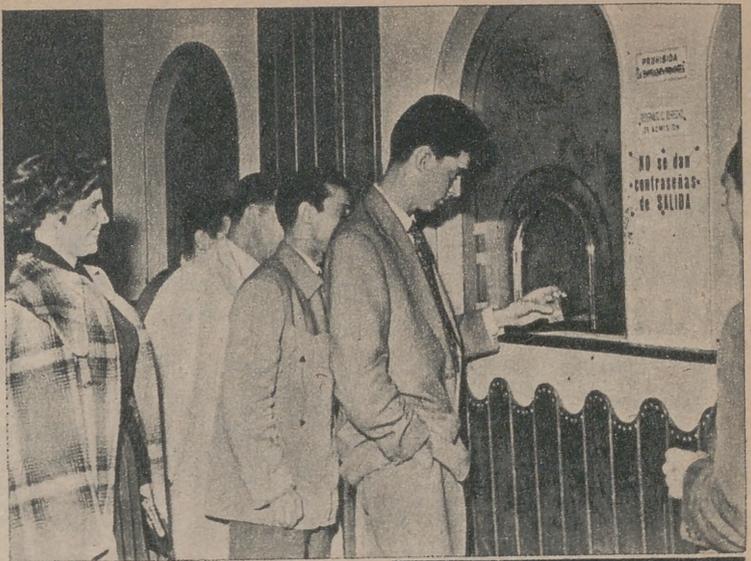
El auto-bomba, el camión de la escalera y el coche de las mangas están dispuestos, alineados y estáticos, como en un día cualquiera.

En el cuarto de guardia descansan los bomberos de servicio. Todos, es inevitable, piensan en esta noche que les ha tocado guardia.

Seguimos hacia arriba. Las fuentes de la Puerta del Sol están iluminadas. Y el reloj de Gobernación, también. Por un cruce de peatones pasan dos personas. Un sacerdote y una mujer.

—Quiero que mi marido se confiese, señor cura.

—Claro que sí, mujer. ¿Tú crees que en una noche como es-



En la taquilla de un Club nocturno los jóvenes visitantes esperan impacientes la medianoche

ta no es posible que se haga algún milagro?

Por la calle de la Montera baja un grupo de tres personas cantando aquello de «Esta noche es Nochebuena».

Al llegar a la esquina de la Red de San Luis sale una multitud de muchachas. Algunas llevan en el brazo una cesta de Navidad. Son las empleadas de la Telefónica. Mientras que en Belén los pastores tal vez se comunicasen con ruido de calderos o, simplemente, a grandes voces, en estos tiempos aventajados, según los sabios dicen, las gentes se felicitan por teléfono.

—Chica, hoy he estado en el cuadro de Barcelona. Ha habido el mismo trabajo que todos los días. Pero qué gusto, chica. Hoy nací para llamarlo para solicitar conferencias a fábricas ni para concertar negocios de importación y exportación. Hoy todo el mundo ha dicho sencillamente: «Felices Pascuas».

—Pero tú has tenido suerte, te ha tocado una de las cestas.

Todos los años, entre las empleadas que han de quedarse haciendo servicio en la Nochebuena se sortean varias cestas. Y una de ellas le ha correspondido a una madrileña alta, morena y graciosa.

Tiene tres novios por teléfono: uno en Sevilla, otro en Vigo y otro en Bilbao. No conoce a ninguno ni ninguno se le ha declarado todavía. Pero, como ella dice:

—Hay que tenerlos en reserva...

LA HORA DEL ANIVERSARIO

Son las doce menos diez y las calles toman una singular animación. Gente que va a la misa del gallo. La misa del gallo es la auténtica misa familiar.

Va el padre encabezando la comitiva; la hermana mayor con el novio que pronto será el marido, la otra hermana llevando de la mano a los hermanillos pequeños, el hermano que hoy no se fuma la misa como hizo otros domingos.

A la vuelta los serenos felicitan las Pascuas. Es la noche en la que reciben la mayor propina del año. En los otros días, el padre se mandó hacer una llave para cuando viene tarde de trabajar—o de echar una partidilla de cartas con los amigos, cosa que

ya sabe la mujer aunque no lo diga—, y el hermano mayor, a la salida de los cines, se acuerda de Molowny y regatea hasta a la sombra del sereno con tal de ahorrarse la pesetilla para comprar tabaco rubio.

—Vaya, Manolo, ahí va el aguinado.

Y Manolo, un sereno de Somió, abriendo los ojos al ver las cinco pesetas relucientes, exclama.

—Muy felices, señor, muy felices en compañía...

HERMANOS DE LA MISMA SANGRE

Hoy el último Metro no lleva ningún pasajero. Cosa rara pero es así.

—Otras Nochebuenas—relata el jefe de tren—siempre iban tres personas en el último. Nadie en comparación con los días corrientes, en los que sobre todo los sábados, el tren siempre va lleno de gente que trabajan de noche o de madrugada que sale de los espectáculos.

Los últimos tranvías van también igualmente, veloces hacia las cheras. Algún último no lleva nada más.

Pasamos por un departamento de guardia de un amigo nuestro. Nos acordamos de vernos por última vez en una noche señalada.

Esta noche, Manolo, yo y los demás, como las demás, como las demás, de extraordinario, alguna bebida y nada más. Me acordé de decir que jamás me acordaría de ningún día.

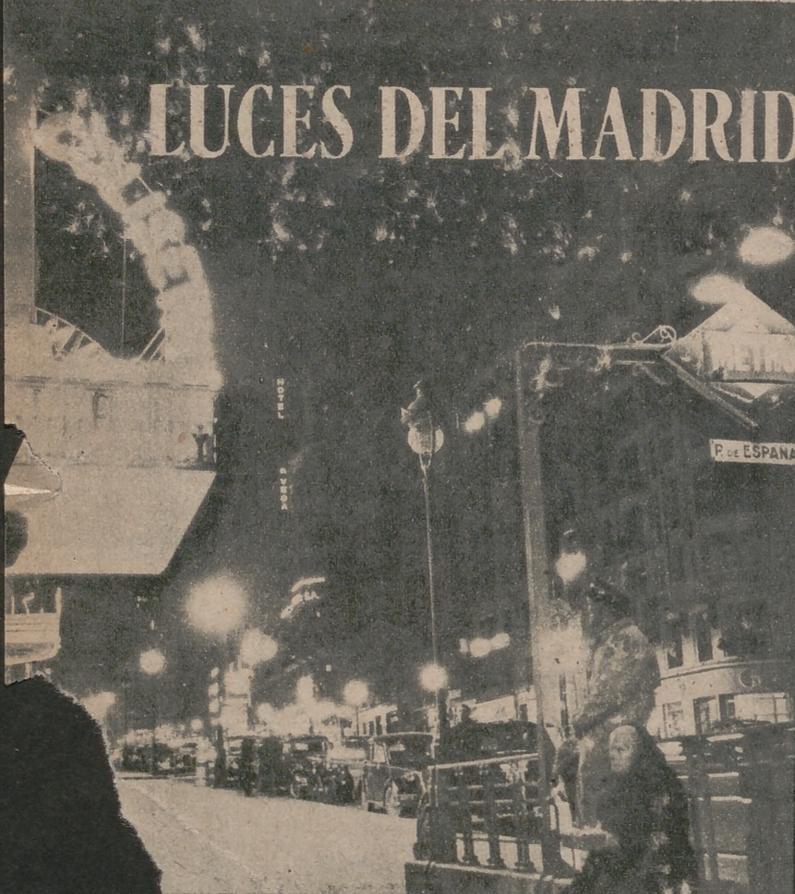
Las Pascuas. Las Pascuas. Han ido y vienen. Hay serenos que se acuerdan de las Pascuas.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

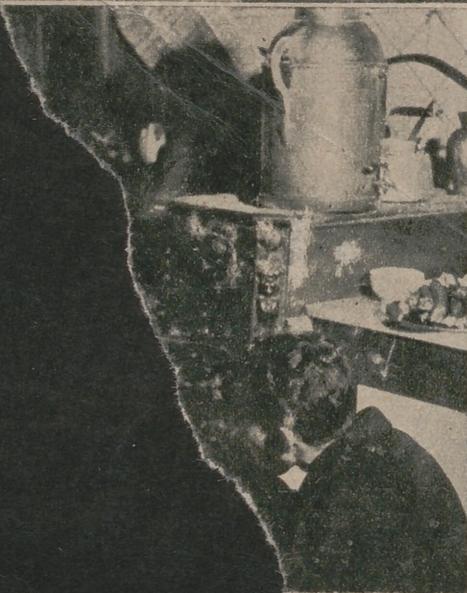
precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

LUCES DEL MADRID NOCTURNO



GENTES DE LA CIUDAD EN NOCHEBUENA

En este número ofrecemos a nuestros lectores, a partir de la página 60, un interesante reportaje de nuestros redactores Jalcá y Deleyto sobre la vida del Madrid nocturno.



DEL SOL SE QUEDA SIN TRANSEUNTES